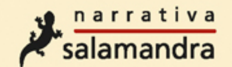
LA GUERRA PRIVADA DE SAMUELE

ANDREA CAMILLERI





Andrea Camilleri

LA GUERRA PRIVADA DE SAMUELE

y otras historias de Vigàta

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



La prueba

1

Como Nenè Scozzari vivía en Vigàta y sólo había instituto de secundaria en Montelusa, todos los días tenía que salir en el coche de línea de las siete de la mañana y volver en el de las dos de la tarde. Sin embargo, cuando en la segunda mitad de 1942 la guerra empezó a causar estragos y no había día (o noche) en que los aviones americanos e ingleses no bombardearan y ametrallaran, viajar se volvió muy peligroso, ya que el enemigo disparaba contra todo lo que se moviera y muchas veces el coche de línea acababa ametrallado e incluso alguno de los pasajeros se dejaba la piel. En consecuencia, los padres de Nenè hablaron con una pariente de Montelusa que acogió en su casa al jovencito, el cual cursaba tercero de secundaria. Nenè tan sólo volvería a Vigàta el sábado por la tarde y luego se marcharía otra vez a Montelusa el domingo por la noche en el último coche de línea, el de las nueve. Con eso sus traslados, y los peligros derivados de ellos, se reducirían en gran medida.

En tercero B, que era la clase de Nenè, había una compañera, Gina, que le hacía tilín. Y él también debía de gustarle a ella, porque, cuando sus ojos se encontraban por casualidad, les costaba bastante apartarlos y mirar hacia otro lado. Sin embargo, Nenè era tímido y no daba con la forma de decirle lo que sentía.

Un día en que Gina necesitaba el diccionario de latín y Nenè se lo prestó, sus manos se rozaron. Sintieron los dos una especie de calambre, como si hubieran tocado un cable eléctrico. Se miraron, se sonrieron. Y surgió entre ellos un diálogo acelerado y en voz baja:

—¿Quedamos?

—Sí —dijo ella.

—¿Dónde?

—En el parque.

—Sí, pero ¿dónde?

—Tú espérame al lado de la fuente.

—¿Cuándo?

—A las cinco en punto.

A la hora del almuerzo no consiguió comer nada. Y, cuando se fue a su cuarto a hacer unos deberes, se le antojó que las líneas de las páginas se retorcían. Estaba emocionadísimo. Entonces lo dejó todo, se desnudó y se lavó de pies a cabeza como no se lavaba desde hacía años. En el pelo se echó medio envase de brillantina Linetti.

Por el camino, Nenè se dijo que Gina no había elegido buen sitio para la cita. Aquél era un punto muy concurrido, puesto que la fuente se encontraba en mitad de un espacio rodeado de bancos que casi siempre estaban ocupados por asistentas, soldados, chavales, jubilados o estudiantes. Y, en efecto, al llegar tuvo la impresión de estar en el cine un sábado por la tarde, porque en los bancos no cabía ni un alfiler. Se sentó en el borde de la pila en cuyo centro estaba la fuente. No se sentía cómodo, ya que le dio la sensación de que todo el mundo lo miraba y se preguntaba con qué chica habría quedado. Llevaba cinco minutos esperando cuando un viejo se levantó del banco que tenía justo delante y, al pasar a su lado, rió desdentado, diciendo:

—Esperas en balde, no va a venir.

Sin embargo, justo cuando ya había decidido marcharse la vio. Gina estaba sentada en el extremo de una especie de bosquecillo, a una veintena de metros de distancia, y le hacía señales para que se acercara.

Al llegar a su lado se dio cuenta de que estaba sofocada.

—¡Llevo un cuarto de hora haciéndote gestos y tú sin levantar la vista!

Se había enfadado.

—No se me ha ocurrido que…

—Venga, andando, no hay que perder más tiempo. Me queda sólo una media horita.

Perder no perdieron ni un minuto. Se pasaron la media hora con los

labios pegados. Luego Gina anunció:

—Tengo que irme. Mañana a las cinco aquí, ¿de acuerdo?

Y así quedó claro desde un primer momento quién mandaba.

Una semana después, en el momento de despedirse, Gina dijo:

—Yo así no puedo seguir.

Nenè sintió que se le partía el alma. ¿Quería dejarlo? No le dio tiempo a preguntárselo antes de que la muchacha añadiera:

—¿Tú el sábado que viene tienes que irte a Vigàta obligatoriamente?

—Obligatoriamente no.

—Pues entonces avisa de que a lo mejor no vas.

—¿Y eso?

No le contestó y se marchó. El viernes después de comer, también cuando llegó el momento de despedirse, Gina le preguntó si había advertido a sus padres. Nenè contestó que sí. Entonces ella le comunicó que al día siguiente, sábado, podrían verse en su casa, porque sus padres iban a irse a un terreno que tenían en Raccadali.

—¿A las cuatro te va bien? Te cuento dónde vivo.

Hicieron el amor de las cuatro a las ocho.

—Mañana domingo vente a almorzar aquí. Cocino yo —dijo Gina antes de darle un beso y cerrar la puerta a su espalda—. Total, mis padres vuelven a las tantas.

En toda la noche, Nenè no consiguió pegar ojo, pensando en lo que había sucedido e iba a seguir sucediendo. A la mañana siguiente les dijo a sus parientes que se iba a estudiar a casa de un compañero que lo había invitado a comer. Antes de ir a ver a Gina compró seis *cannoli*. Nada más llegar, ella le dio un beso y lo hizo pasar al comedor antes de volverse a la cocina.

Nenè se dio cuenta al instante de que la mesa estaba puesta para tres. Se sorprendió. Luego dedujo que Gina habría invitado a Gemma, su amiga del alma. La radio estaba encendida y en ese momento

retransmitían el parte de guerra. Aunque elegían las palabras con cuidado, quedaba claro que la cosa no pintaba bien.

Entonces Gina llevó a la mesa los espaguetis con salsa y salió de nuevo al pasillo. Nenè oyó que llamaba a una puerta y decía:

—Lollo, a comer.

De golpe y porrazo, Nenè se encontró empapado de sudor frío. ¡Lollo era su hermano! ¡Seguro que la cosa acababa a torta limpia! ¿Cómo iba a aguantar un hermano que su hermana se liara con un chico delante de sus narices? ¡Era inconcebible! Mientras, Gina ya se había sentado a la mesa.

—Le he pedido a Lollo que se quedara en casa para evitar que a los vecinos les diera por...

—Hola, Nenè —dijo Lollo al entrar y sentarse.

—Hola —logró contestar Nenè con la garganta seca.

Se habían conocido hacía un tiempo en la reunión fascista de los sábados y cuando se veían intercambiaban algunas frases. Lollo tenía un año más que su hermana y estaba matriculado en Ingeniería en la Universidad de Palermo, aunque ahora las cosas habían cambiado.

Nenè se había puesto demasiado nervioso, demasiado incómodo, para saborear la pasta, que estaba bien preparada.

Una pregunta lo acuciaba: ¿qué tenía que hacer al acabar el almuerzo? ¿Dar las gracias, despedirse y marcharse? Se había imaginado una tarde como la del día anterior o, en realidad, mejor incluso que la del día anterior, porque se le había ocurrido probar un par de cosas nuevas, pero al final se iba a quedar compuesto y sin Gina.

De segundo, la muchacha sirvió salmonetes fritos. A saber dónde los había conseguido.

Al acabar de comer, Nenè tuvo claro que había llegado el momento de abandonar aquella casa. Se levantó.

—El baño está al fondo del pasillo —dijo Gina.

Atontado, se fue hacia allí. Y cuando volvió al comedor, Lollo había desaparecido.

—Mi hermano se ha excusado —anunció ella—, pero tiene que estudiar y...

—¿Ha salido?

—No, está en su cuarto.

No quedaba esperanza alguna. Habían perdido una gran oportunidad.

—Y nosotros, ¿cuándo nos vemos? —preguntó entonces Nenè.

Gina lo miró sorprendida.

—¿Tienes algo que hacer?

—No, pero…

—Pues ¿por qué quieres irte? Tú y yo ahora nos vamos a mi cuarto hasta la noche.

A media tarde, Nenè hizo una sola pregunta sobre Lollo.

—Oye, ¿tu hermano no tiene celos?

Gina lo miró atónita.

—No. ¿Por qué iba a tenerlos?

Él cambió de tema.

Antes de que acabara el curso, Nenè consiguió pasar otro sábado y otro domingo con Gina, con Lollo en casa. Luego llegó el verano y no hubo exámenes de final de la secundaria porque los americanos habían tomado Lampedusa y sus aviones aparecían para bombardear en un abrir y cerrar de ojos, sin que la sirena de alarma tuviera siquiera tiempo de sonar. Y entonces la familia de Gina y Lollo se trasladó a Raccadali, mientras que la de Nenè se fue a Serradifalco, a la casa de campo de una pariente lejana.

Nenè y Gina se despidieron entre lágrimas, jurándose amor eterno y prometiendo volver a verse en cuanto las cosas mejorasen.

Nenè consiguió volver a casa cuatro meses después, cuando ya hacía uno que los americanos habían tomado Vigàta y Montelusa. Al día siguiente de su regreso, un sábado, cogió el coche de línea al acabar de comer y se marchó a Montelusa. Quería saber si Gina seguía en Raccadali.

Durante los cuatro meses que habían pasado separados, le había

escrito una carta semanal, pero no había recibido ni una sola respuesta. No le echaba la culpa a ella, simplemente pensaba que bajo aquella lluvia de bombas era difícil que el correo llegara a su destino.

Ya antes de llamar a la puerta oyó una música de bugui bugui procedente del interior. Se alegró: eso quería decir que Gina había vuelto. Lollo salió a abrirle. Se dieron un abrazo, emocionados. Luego el joven lo hizo pasar al comedor y quitó el disco del radiogramófono.

—¿Está Gina?

—No. Se ha quedado en Raccadali. Sólo he vuelto yo.

—¿Y sabes cuándo...?

—No puedo decirte nada. Aunque, la verdad, ¿qué pintan aquí? Papá trabajaba en la federación fascista, así que se ha quedado a dos velas. A lo mejor encuentra algo que hacer en el Ayuntamiento de Raccadali.

—Oye, ¿puedes decirle a Gina que he vuelto?

—Claro, pero...

—Pero ¿qué?

—No creo que le resulte fácil venir.

—¿Y eso?

—Tendría que encontrar una buena excusa para convencer a papá. ¿Qué motivo tendría para venir? En cuanto reabra la Universidad de Palermo, tiene pensado matricularse en Letras.

—Pero ¡yo quiero verla!

—No puedo hacer nada. Bueno, sí que puedo echarte una mano. El lunes tengo que ir a Raccadali. Le digo que has vuelto. Tú te vienes aquí el miércoles por la mañana y te cuento lo que me haya dicho. ¿Te parece?

No había otra posibilidad.

—Sí. Oye, ¿sabes si ha recibido mis cartas?

Lollo se echó a reír.

—Las entregaron todas juntas hace diez días. Un paquete de veinte centímetros de grosor. Se las di a Gina.

¡Por eso no había contestado! No le había llegado ni una sola de sus cartas.

—Muy bien. Gracias por todo. Nos vemos el miércoles.

Lollo lo acompañó a la puerta.

Sin embargo, en el recibidor Nenè se fijó en algo que no había visto al entrar. Encima de una silla estaba, abierto, el bolso que Gina llevaba siempre encima y que no soltaba nunca, bajo ningún concepto. En un instante, mientras una punzada de dolor le atravesaba el corazón, comprendió no sólo que sí había vuelto, sino también que estaba en su cuarto con otro.

Se metió en el portal de un edificio derribado por los bombardeos y se quedó allí de pie durante cuatro horas vigilando la entrada de la casa en la que vivía Gina. No pensaba en nada; en la cabeza sólo tenía una fuerte marejada.

A las siete y media vio salir a Gina con un soldado americano, un veinteañero atractivo.

2

Nenè sintió una honda desesperación. Volvió a Vigàta, se acostó y se pasó tres días y tres noches en cama, sin probar bocado.

De vez en cuando se levantaba, iba al baño, bebía un vaso de agua y volvía a acostarse. No leía, no escuchaba la radio... Se quedaba boca arriba mirando el techo.

Al tercer día, su madre, preocupada, llamó al médico.

Nenè no protestó, se dejó reconocer abandonándose a las manos del doctor ni más ni menos que como si fuera una marioneta y contestando a sus preguntas con dificultad.

—¿Te duele aquí?

—Mmm.

—¿Sí o no?

—No.

—Enfermo no está —le dijo por fin el médico a la madre en un aparte.

—Entonces, ¿por qué está así?

El doctor ya había visitado a algún que otro muchacho con los mismos síntomas.

—Para mí que es un desengaño amoroso. Distráiganlo.

Nenè tenía tres amigos, Ciccio, Fofò y Matteo, y tres amigas, Lina, Susina y Michela, que era prima lejana suya. Salían juntos y a menudo, por la tarde, daban cuerda al gramófono y bailaban.

La madre de Nenè, para distraerlo como había recomendado el médico, empezó a invitar a casa a esos amigos.

Y un día, cuando estaban todos escuchando música americana por la radio, se abrió la puerta y entró, de forma completamente inesperada, Lollo.

Nenè pegó un respingo en la silla en la que estaba sentado, taciturno y melancólico. Fue a su encuentro, lo agarró del brazo y lo arrastró

hasta el pasillo.

—¿Te manda Gina?

—Olvídate de mi hermana, es lo mejor.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—A verte, para saber cómo estabas.

Nenè le agradeció mucho aquella especie de gesto de amistad.

Y se lo presentó a sus amigos. Desde aquel momento, Lollo pasó a ser el octavo de la pandilla.

La cuarta vez que fue a Vigàta para pasar un rato con sus nuevos amigos, quedó claro para todo el mundo que había perdido la cabeza por Susina Lavafiori, cuyo verdadero nombre era Assunta.

Susina irradiaba una belleza natural y era la única de las chicas de la pandilla que se maquillaba, con lo que conseguía parecer aún más guapa. Tenía los ojos grandes, oscuros y profundos, y una boca... Una boca que nada más verla provocaba unas ganas irrefrenables de pasar la lengua muy muy despacito por esos labios siempre rojos y como hinchados, y lamerlos igual que un helado.

También Nenè había soñado con esa boca, pero había borrado el sueño porque entre los miembros de la pandilla no podía haber más que amistad.

A Lollo se le permitió no respetar esa regla por haber sido el último en llegar. Y no cabía duda de que a Susina el muchacho le gustaba mucho.

Así pues, todo el grupo se hizo cómplice de los dos enamorados. E incluso Nenè, al ayudar a Lollo, casi llegaba a olvidarse de Gina.

Cuando iban a dar un paseo por el campo, dejaban que Lollo y Susina se apartaran para luego reaparecer entre los demás, acalorados y con las piernas temblorosas como si estuvieran borrachos. Y, si se ponían a bailar, los amigos no sólo fingían no ver que aquellos dos acababan en la habitación de al lado, sino que incluso les cerraban la puerta.

Al cabo de ocho meses, Lollo, acompañado de su padre, Giuliano, se personó en casa del ingeniero jefe del Ayuntamiento de Vigàta, Cosimo

Lavafiori, padre de Susina, para pasar a ser oficialmente el novio de la joven.

Quiso llevar también consigo a Nenè, el cual, aunque indirectamente, había sido el responsable de aquel noviazgo.

Un noviazgo que obligó a Lollo y a Susina a adaptarse a las normas impuestas por la tradición; esto es: no podían seguir formando parte de la pandilla; no podían volver a verse sin que estuviera delante Agatino, hermano de ella de ocho años de edad y espía nato. Lollo podía ir a ver a Susina a su casa los martes, los jueves y los sábados después de comer, pero en presencia de la madre de la chica, Giovanna, y los domingos por la tarde podían dar un paseo del brazo por el corso, pero a dos pasos de distancia del ingeniero, de su señora esposa y de Agatino.

De todos modos, podía darse que Agatino, corrompible con una suma variable que iba de las cien a las doscientas liras, se fuera al cine y dos horas después volviera a reunirse con los novios en un punto acordado previamente. Y que luego, una vez en casa, le dijera a su madre que en ningún momento había perdido de vista a la parejita.

Para Nenè fue una lástima, sin duda alguna, no seguir viendo a Lollo, aunque en el fondo quizá era mejor así; le recordaba demasiado a Gina. En cambio, la ausencia de Susina sí que supuso un disgusto considerable para él, puesto que, de las tres muchachas, era la que más confianza le tenía. Hasta el punto de contarle cosas que no les habría dicho a sus amigas.

Por ejemplo, que el abogado Tirinnanzi, amigo de su padre, en una ocasión la había agarrado en un pasillo, le había dado un beso y, mientras la besaba, le había metido la mano por debajo de la falda.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada.

—¿Por qué?

—Pensé que no podía hacer gran cosa, no había tiempo. Y me entró curiosidad.

O aquella otra vez que, cuando había ido a recibir una clase particular de latín a casa del profesor Stompanato, éste la había recibido en bata. Resultó que explicaba las cosas paseando y de vez en cuando, al moverse, se encargaba de que se le abriera la bata y, como no llevaba ropa interior, le exponía todo el instrumental.

—¿Y tú qué?

—Yo, cuando me di cuenta de que lo hacía adrede, me quedé mirándolo fijamente y luego hice una mueca como sorprendiéndome de lo pequeña que la tenía.

Con esas confidencias, Nenè se sentía contento y al mismo tiempo descontento. Contento por el privilegio de que su amiga le tuviera confianza y descontento porque Susina, al hacérselas, no lo trataba como a un hombre.

Un viernes, por la mañana, cuando se dirigía al café, oyó que lo llamaban. Era Susina, que salía de la peluquería.

Como el pueblo entero sabía que eran amigos y además que había sido él quien había impulsado el noviazgo, por no hablar de que sin duda sería el testigo de Lollo en la boda, podían charlar con total libertad sin que nadie murmurase.

—Nenè, ¿podrías dejarme la llave de la casa de San Girlanno?

Era la casita de campo de su madre, en una aldea que quedaba apenas a un kilómetro del pueblo.

La pandilla había ido con frecuencia de excursión o a bailar.

—Claro.

—Pero no puedes contárselo a tus padres.

—Muy bien.

—La necesito pasado mañana después de comer. Basta con que por la mañana se la des a Lollo y esa misma tarde a última hora te la devolverá. Vamos a tener que pagarle quinientas liras al muy cabrón de mi hermano Agatino.

Era inútil preguntar nada más. Hizo lo que le había pedido su amiga.

Al cabo de una semana, Lollo fue a ver a Nenè.

—Dice Susina que si puedes volver a prestarnos la llave.

—Le habéis cogido afición a la cosa, ¿eh?

Lollo no contestó.

Aquella noche se acercó a devolvérsela, pero en lugar de estar contento apareció con una cara larguísima.

—¿Te has peleado con Susina?

—Vamos a dejarlo. Estoy desesperado.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? ¡Pues que Susina es una imbécil y no quiere entender las cosas!

—¿Y qué tiene que entender?

—¡He dicho que vamos a dejarlo!

Y se marchó. Nenè se quedó convencido de que habrían tenido la típica pelea de novios, quizá algo más seria de lo habitual.

Pero se equivocaba.

Al llegar el domingo por la tarde, Lollo y Susina no dieron el paseo habitual por el corso.

Y a la mañana siguiente Ciccio se presentó en casa de Nenè jadeando.

—¡Lollo y Susina han roto! ¡Ya no son novios!

La cancelación de un noviazgo oficial no era algo que uno pudiera tomarse a la ligera.

Siempre resultaba muy difícil, para una muchacha que ya hubiera estado comprometida, encontrar un segundo pretendiente. El motivo era muy sencillo: nadie sabía hasta dónde había llegado la natural exploración del muchacho en el, llamémoslo así, territorio de la muchacha. Y un territorio explorado, aunque sólo fuera en parte, ya no podía llamarse virgen. ¿Encaja el razonamiento?

Así pues, en esos casos lo mejor era tratar de llegar a la raíz del problema que había provocado la ruptura e intentar resolverlo de forma que el noviazgo pudiera retomarse.

De ahí que Nenè, un día en que la señora Giovanna y su hija le hicieron una visita a su madre, se buscó la excusa de leerle un poema y

se llevó a Susina a su cuarto.

La joven estaba aún más guapa de lo habitual, no parecía que la ruptura la hubiera afectado demasiado.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? A lo mejor puedo ayudarte.

—¿Ahora también vas a meter baza tú? Mis padres se pasan todo el santo día preguntándome qué me ha pasado con Lollo y no se lo quiero decir.

—Bueno, yo no soy ni tu padre ni tu madre.

—Yo a Lollo lo quiero mucho, no sabes cuánto.

—Y ¿entonces...?

—Pues que después de meses de besa, toca, acaricia, aprieta, agarra, estira y abraza, yo ya no podía más, había llegado al límite y te pedí la llave.

—Y te la di. ¿Y qué?

—Nos echamos en la cama y él volvió a las andadas. Besa, toca, acaricia, aprieta, estira... Pero cuando yo, que no aguantaba más, me quité la blusa, él paró.

—¿Por qué?

—Esa vez encontró una excusa. Dijo que no podía quedarse mucho rato, que tenía que volver a Montelusa impepinablemente.

—Pero volví a dejaros la llave.

—¡Y fue peor que la primera vez! Ese día yo me desnudé del todo y lo convencí para que se desnudara también él. Pero en cuando lo abracé me di cuenta de que la cosa no iba bien.

—Perdona, pero ¿en qué sentido?

—Me di cuenta de que de repente se le habían pasado las ganas, no sé si me entiendes.

—¿Y eso?

—¡Pregúntaselo a él! Entonces le dije que o hacíamos el amor o rompía el noviazgo.

—¿Y él qué dijo?

—Nada. Se levantó, se vistió, yo también, y nos separamos sin despedirnos siquiera.

—Perdona, pero puede que tú, con tanta urgencia, lo pusieras en

dificultades. ¿No podías haber ido más despacio?

—Nenè, lo hice adrede.

—¿Por qué?

—Porque hacía mucho tiempo que sospechaba una cosa.

—¿El qué?

—Que Lollo no acaba de funcionar. Todo va divinamente cuando se trata de abrazar, besar, tocar, pero cuando llega el momento no puede seguir. Debe de ser algún tipo de impotencia.

—¿Y qué es lo que has pensado? ¿Quieres que hable yo con él?

—No sabes cuánto te lo agradecería.

Se agachó, pegó los labios ligeramente a los de Nenè y los dejó allí un poco más de lo que él habría esperado. ¿Qué quería decir eso? ¿Que, si conseguía arreglar el noviazgo, la gratitud de Susina podía adoptar una forma más sustanciosa?

3

Esa misma tarde cogió el coche de línea para ir a Montelusa. Llamó a la puerta de Lollo sin intranquilidad alguna, porque sabía que Gina se había instalado en Palermo para estudiar en la universidad. Y tenía un novio nuevo de allí.

Lollo tenía ojeras, llevaba barba larga y parecía un cadáver ambulante.

—¿A qué has venido?

Nenè había decidido no decirle ni una palabra de lo que le había contado Susina, tantísima confianza entre ellos podría haberlo puesto celoso.

—Entonces, Lollo, ¿me cuentas qué ha pasado?

Su amigo no se hizo de rogar y se lo contó.

En primer lugar, como era miembro de la asociación Acción Católica, creyente y practicante, nunca había estado con una mujer. Sí, de vez en cuando sentía deseos, pero lograba contenerse. Y ese honor lo había mantenido también con Susina, a costa de romper su noviazgo.

En segundo lugar, él, a diferencia de su hermana Gina, era una persona seria.

Creía en el sacramento del matrimonio y estaba convencido de que era deber de los novios llegar vírgenes al altar.

Y necesitaba repetir que, si había hecho determinadas cosas con Susina, era porque lo había querido ella, y la carne era débil, pero, en realidad, de haber sido por él, el máximo contacto habría sido el de una mano con otra y un beso en la mejilla al despedirse.

Eso era todo.

¿Cómo podía conseguir que la gente comprendiera su forma de pensar si ni siquiera la entendía Susina?

Nenè, en cambio, sí se hizo cargo.

Y decidió ayudar a Lollo de algún modo, aunque aún no sabía cómo.

Dos días después, el ingeniero Cosimo Lavafiori llamó a Nenè a su despacho.

—Cierra la puerta con llave y siéntate.

El joven obedeció.

—Ha venido a verme el padre de Lollo. Dice que hay que encontrar una solución, porque su hijo está desesperado.

—Es verdad. ¿Y Susina también? —le preguntó Nenè, a quien le habían entrado ganas de hablar.

—Susina es una muchacha fuerte. El problema es que mi hija por fin se ha decidido a contarme el motivo por el que rompió con Lollo.

—¿Y cuál es? —preguntó Nenè como quien no quiere la cosa.

—Bueno, que esto quede entre tú y yo, pero mi hija está convencida de que el muchacho es medio impotente.

—¿Y Susina cómo puede saberlo? ¿Lo ha comprobado? —siguió preguntando el joven, que se estaba divirtiendo, haciendo un esfuerzo para no decirlo con malicia.

—No, claro. Por supuesto que no. Pero cuando bailan pegados y sería natural que él... Pues resulta que no... Vamos, que ella... no nota nada. ¿Me explico?

—Perfectamente. Y, entonces, ¿qué sucede?

—A lo mejor habría que hacerle una prueba —dijo el ingeniero.

Nenè se sorprendió.

—¿Una prueba? ¿Qué prueba?

—Se me ha ocurrido una idea.

—Cuénteme.

—He pensado en llevarlo al burdel.

Nenè se puso colorado. Hablar de burdeles con un señor mayor, que podría ser su padre, le daba vergüenza. Y se dio cuenta de que al ingeniero el tema tampoco le hacía ninguna gracia, pero se veía obligado a sacarlo dadas las circunstancias.

—Y usted, para comprobarlo, ¿se mete en la habitación con la puta y él? —preguntó, desconcertado.

—No, eso no. Yo me quedo fuera a esperar. Si luego la mujer me cuenta que Lollo ha funcionado, el noviazgo se puede retomar.

Nenè estaba estupefacto.

—Perdone, pero ¿yo que pinto en todo esto?

—Tú tendrías que convencer a Lollo de que pase esta prueba.

Antes de hablar con su amigo, Nenè decidió que sería mejor enterarse de lo que opinaba Susina.

Aprovechó la visita semanal a su madre de la señora Giovanna, acompañada de su hija, y, con una excusa, consiguió otra vez llevarse a la joven a su cuarto.

—El otro día tu padre me llamó a su despacho y...

—Lo sé todo.

—¿Y estás de acuerdo?

Susina sonrió y le brillaron los ojos. ¡Virgen santa, qué guapa era! Nenè tuvo que reprimirse para no abrazarla.

Le estaba sucediendo algo raro: mientras Susina había formado parte de la pandilla, él siempre había conseguido contenerse, pero desde que se había ennoviado con Lollo ya no la veía como a una compañera, sino como la jovencita hermosa y deseable que era.

Y la confianza que existía entre los dos Susina la estaba transformando en una complicidad maliciosa, quizá una señal de que también se había percatado del cambio de actitud de su amigo. Y ponía toda la carne en el asador. En realidad, siempre había sido coqueta.

—La idea se la di yo a mi padre.

—¡¿Tú?! —se asombró Nenè.

—¿Qué tiene de sorprendente? Si Lollo se bloquea al verme desnuda, no creo que le pase lo mismo con una puta, ¿no te parece?

—¿Y crees que yo conseguiré convencerlo para hacer una cosa así?

Susina se levantó de la silla y fue a sentarse en la cama muy cerquita de Nenè. Le puso una mano en la rodilla, le acercó la boca al oído y le dijo muy bajito:

—Lo conseguirás, Nenè, estoy convencida. Y harás todo lo que esté

en tu mano, ya sabes por qué. ¿A que sí?

Sacó la punta de la lengua y le lamió el lóbulo como una gata.

Para Nenè aquello fue como una descarga eléctrica. El temblor que le recorrió todo el cuerpo fue tan evidente que Susina se echó a reír.

—¡No! ¡No! ¡Y no! —dijo Lollo enérgicamente—. ¡Yo a un burdel con ese cerdo de mi futuro suegro no voy! ¡Y me parece increíble que se le haya pasado por la cabeza una idea semejante!

Nenè decidió que era mejor no decirle que en realidad la idea se le había pasado por la cabeza a Susina.

—Y solo tampoco pienso ir —añadió el joven—. Yo quiero conservar la virginidad para...

—Ya lo sé, ya lo sé —lo interrumpió Nenè, que de tanto oírlo ya estaba hasta los mismísimos del asunto aquel de perder la virginidad en el santo lecho conyugal.

¡Anda que no habría sido gracioso que en la noche de bodas Lollo resultara virgen y Susina no! Sólo pensarlo le hizo sonreír.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —le preguntó su amigo, enfadado.

Nenè improvisó una respuesta:

—Estaba reflexionando cómo sortear el obstáculo y...

—¡Venga, sigue!

—... y se me ha ocurrido algo.

Se le había ocurrido precisamente mientras decía la frase.

—¿El qué?

—Te hago una pregunta. Y piénsalo bien antes de contestar. ¿Accederías a entrar en la habitación con la puta, pasar quince minutos con ella y luego salir?

—¿Sin haberla tocado?

—Exacto.

Lollo recorrió el cuarto de un extremo a otro, fue a la ventana, volvió, se sentó, se levantó. Se puso a andar otra vez. Y finalmente habló:

—Mira, Nenè, a mí no me apetece poner un pie en ese sitio ni por

todo el oro del mundo, pero, si se trata de Susina, estoy dispuesto a sacrificarme.

Sin saber por qué, al oír esa frase Nenè sintió que de repente Lollo le resultaba antipático. ¡Menudo sacrificio tenía que soportar!

El otro empeoró la situación al preguntar:

—¿Puedo tener los ojos cerrados mientras esté con esa mujer?

Nenè empezó a pensar que se merecía los cuernos que sin duda Susina acabaría poniéndole tarde o temprano.

—Podrás llevar el rosario, arrodillarte y rezar.

Pero a Lollo le entró una duda:

—¿Y si le dice al ingeniero que no le he...?

—Tú por eso no te preocupes. ¿Tienes cien liras para darle cuando vayas a verla?

—Sí, pero ¿tan caro es?

—En este caso, sí. Es un servicio especial. Dáselas en cuanto entréis en la habitación, por favor.

En el burdel se podía entrar al cumplir los dieciocho años. El contingente masculino de la pandilla había celebrado la entrada en la edad adulta pasando una noche con las putas justo un mes antes. Habían pagado media hora cada uno, lo que equivalía a quince liras, es decir, una suma importante.

Esa misma noche, que caía en viernes, Nenè fue al burdel, se plantó en el salón a mirar a todas las mujeres disponibles, eligió a la más distinguida y jovencita, Nives, y se fue a una habitación con ella.

—¿Qué? ¿No te animas? —preguntó la chica al ver que el muchacho se quedaba quieto al lado de la cama.

—Quiero hacerte una propuesta.

—Adelante —dijo ella.

Nenè se la planteó.

—Entendido. Tengo que decirle a un señor que un chico que va a venirse conmigo para no hacer nada está hecho todo un toro. ¿Es eso?

—Sí.

—¿Y yo qué saco?

—Cien liras aparte de tu tarifa.

—Muy bien, pero ¿cómo reconoceré a ese amigo tuyo?

—Vendrá acompañado de un señor de cincuenta y tantos años de un metro ochenta de altura, con bigote y quevedos. Luego te preguntará cómo ha ido la cosa. De todos modos, el que te reconocerá será mi amigo, te describiré bien. Sobre todo, en los próximos días no te cambies los pendientes que llevas ahora.

—¿Y si en el momento en que viene estoy con un servicio…?

—No te preocupes, te esperará.

—Piensa que dentro de ocho días hay cambio de quincena y ya no estaré.

—Creo que voy a conseguir que vengan mañana por la noche.

Al día siguiente, Nenè esperó a que el ingeniero Lavafiori bajara a comprar el periódico a las nueve, como hacía todos los días, y lo abordó.

—He sudado tinta, pero he conseguido convencer a Lollo.

—¡Estupendo! —exclamó el ingeniero.

—Aunque… —empezó Nenè, pero se interrumpió de repente y se quedó con un aire dubitativo.

—¿Qué pasa?

—Pues que habría que darse prisa, me da miedo que, si esperamos demasiado, Lollo acabe cambiando de idea. Para mí que lo mejor sería que fueran esta misma noche.

—Pero ¡si hoy es sábado! ¡Estará lleno de gente! Ya iremos el lunes.

—El lunes el burdel está cerrado.

—¿Ah, sí? —dijo el ingeniero, que no debía de dominar ese campo.

—Sí. Y si esperamos al martes no garantizo que Lollo…

—Muy bien. Esta noche a las ocho, delante del burdel. A ver si siendo la hora de cenar hay menos gente.

A las once, Nenè cogió el coche de línea hacia Montelusa y fue a ver a Lollo, que se pasaba el día encerrado en casa con las contraventanas cerradas como si guardara un luto estricto.

—Esta noche a las ocho el ingeniero te espera delante del burdel.

Lollo soltó una especie de gemido de cordero de camino al matadero. A Nenè le entraron ganas de liarse a mamporros. ¡Cuánto teatro montaba por una estupidez! ¿Estaba enamorado de Susina o no? ¡Él, en su lugar, habría ido a mil burdeles, uno detrás de otro!

—Ahora te describo a la chica que tienes que elegir. Se llama Nives.

—Y durante el cuarto de hora que esté con ella ¿qué hago?

—Repasáis las tablas de multiplicar. Ah, no te olvides de darle las cien liras.

4

Todo salió a pedir de boca. Cuando Lollo volvió de la habitación, el ingeniero llamó aparte a Nives y, poniéndole veinte liras en la mano, le preguntó:

—¿Cómo le ha ido con el muchacho con el que acaba de estar?

—¿Y usted quién es? ¿Por qué lo quiere saber? —preguntó a su vez Nives, a la que Nenè había preparado con detenimiento.

—Soy... su tío. El ingeniero Lavafiori.

—Enséñeme el carnet de identidad.

El hombre se lo enseñó. Nives lo miró con atención y luego espetó:

—¡Una ametralladora! ¡Un toro! ¡Un semental! ¡Ojalá hubiera más chicos así!

En cuanto salieron, el ingeniero le puso una mano en el hombro a Lollo y le dijo con solemnidad:

—Aprecio tus elevados sentimientos. Es para mí un orgullo tenerte por yerno. Mañana te vienes a almorzar a casa. Y luego Susina y tú podréis salir solos. Ahora estoy convencido de que no le faltarás al respeto.

El paseo vespertino del brazo de los dos jóvenes sirvió para anunciar a Vigàta en pleno que todo había vuelto a su lugar y que el noviazgo proseguía felizmente.

No obstante, el domingo siguiente, hacia las nueve y media de la mañana, la señora Giovanna recibió una llamada. Y, cuando su marido volvió de comprar el periódico, se la refirió.

—Oye, acaba de telefonear hace un momento una jovencita. Se llama Nives. Dice que tiene que hablar contigo de un tema importante y urgente.

—¿Y ésa quién es? No la conozco. ¿Le has dicho que volviera a

llamar?

—Sí, pero me ha contestado que lo mejor era que la llamaras tú. Me ha dejado el número.

El ingeniero lo marcó. Le contestó una voz femenina.

—Dígame.

—Soy el ingeniero Lavafiori. La señorita Nives preguntaba por mí.

—Ahora se la paso.

—¿Diga? —dijo al cabo de unos instantes otra voz de mujer.

—Soy el ingeniero…

—Ya sé quién eres. Nos conocimos aquí el otro día.

—¿Ahí? ¿Dónde, perdone?

—En el burdel, ¿lo has olvidado? Me diste veinte liras, ¿te acuerdas?

El ingeniero se quedó blanco como el papel.

—¿Qué quiere?

—Contarte una cosa. Ven cuanto antes y tráete tu buen dinerito. Pongamos trescientas liras, ¿te parece?

—¿No podríamos vernos el lu… martes?

—No, ya no estaré, hoy se me acaba la quincena.

A las doce y media, cuando Lollo se presentó en casa de los Lavafiori para almorzar, según la costumbre que había recuperado, le cayó encima una ristra de improperios del ingeniero y de su mujer, que lo echaron a patadas.

—¡Cerdo! ¡Querías tomarnos el pelo! ¡Impotente! ¡Eunuco! ¡Desgraciado! ¡Granuja tú y más granuja aún que tú ese depravado de tu amiguito!

—Pero ¿Susina dónde está? —alcanzó a decir Lollo.

—¡Olvídate de ella! ¡No volverás a verla!

Destrozado, con las lágrimas cayéndole por las mejillas, Lollo salió disparado hacia casa de Nenè, que al instante entendió lo que había sucedido.

—Seguro que Nives le ha sacado dinero al ingeniero y le ha contado la verdad. Y, para protegerse de mí, que le habría partido la cara, ha

esperado al último día de la quincena. ¡Lista, la muchacha!

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Lollo, dejándose caer en la cama.

—¿Qué quieres que hagamos? Nada. Tal como están las cosas, la partida está perdida.

Lollo hundió la cara en la almohada y se puso a llorar presa de la desesperación.

El jueves siguiente, la señora Giovanna, acompañada de Susina, visitó como siempre a la madre de Nenè, que buscando una excusa de las suyas se llevó a la joven a su cuarto.

—¡Qué bien lo habías montado! —espetó ella, sarcástica—. Pero ¡te ha salido mal la jugada!

—Ay, chiquilla —contestó Nenè, que ya estaba prácticamente hasta la coronilla—. A mí me parece que a la que le ha salido mal la jugada ha sido a ti, que te has quedado compuesta y sin novio.

—¿Te parece que me ha ido mal? ¿Me haces el favor de explicarme qué habría hecho con un marido así?

—Como marido habría funcionado, que te lo garantizo yo.

—¿Y eso? ¿Lo has catado? —dijo Susina, desafiante.

De repente, Nenè perdió la razón. La agarró con los dos brazos y la besó.

Se imaginaba que Susina opondría resistencia, pero en lugar de eso le devolvió el abrazo y abrió la boca lo justo para que entrara la lengua de Nenè. Y de inmediato, mientras él recuperaba el aliento, le dio una orden:

—Tráeme a Lollo.

—No, a ver, cuéntame a qué juego estamos jugando.

—Al mío.

—A lo mejor deberíamos aclarar…

—Las aclaraciones, después de la boda, ¿de acuerdo? Ya tendremos todo el tiempo que queramos, luego, para aclaraciones. Mientras tanto, tienes que encargarte de arreglar las cosas.

—Perdona, pero ¿por qué te interesa tanto Lollo si...?

—Tú olvídate del porqué y del cómo. Yo a Lollo le tengo echado el ojo. Por cien mil motivos, pero sobre todo por uno: no es nada celoso.

Nenè se acordó de cómo se había portado con Gina y con él. Con un marido así, Susina podría hacer lo que le viniera en gana.

En ese momento entró la madre de Nenè, furibunda:

—¡Cerdo! ¡Guarro! ¡La señora Giovanna me lo ha contado todo! Ven ahora mismo a pedir perdón.

Mientras se inclinaba para besarle la mano, deshaciéndose en disculpas, Nenè se fijó, por primera vez, en que, a sus treinta y ocho años, veintidós menos que su marido, la señora Giovanna conservaba un buen par de tetas de jovencita, por no hablar de una boca que... ¡De ahí la había sacado Susina! Y además tenía la mismísima mirada maliciosa que su hija.

—La única posibilidad es la que voy a decirte ahora. Pero antes hazme un favor, ve a lavarte.

¿Cuánto tiempo llevaba sin asearse? Olía que apestaba, lo mismo que su dormitorio. Nenè fue a abrir la ventana para que corriera el aire. Al volver su amigo al cabo de un cuarto de hora, le mandó que se sentara y le dijo:

—Escúchame atentamente. Vas a escribirle una carta a la señora Giovanna para conseguir que te reciba, pero en casa; cuando vayas, tiene que estar ella a solas, sin su marido y sin Susina. Una cosa de tú a tú, ¿de acuerdo? Dile que para ti es una cuestión de vida o muerte y que, si no acepta, pesarás para siempre sobre su conciencia.

—Pero ¡yo no pienso suicidarme! Para nosotros el suicidio no es...

—Lo sé perfectamente, pero, si no se lo pones así, ¡ésa no te recibe!

—¿Y cómo le hago llegar la carta?

—Tú me la das a mí y yo se la llevo a Susina, que se la da a su madre.

Tardaron tres horas en acabar la carta.

Al final quedó como si la hubiera escrito alguien con un pie en la

tumba y con el sepulturero con la pala preparada.

A la mañana siguiente, Nenè alcanzó a Susina por la calle y le puso el sobre cerrado en la mano.

—¿Qué es?

—¿Quieres recuperar a Lollo? Pues no hagas preguntas y dáselo a tu madre sin que lo vea tu padre.

Esa misma tarde, Susina, con la excusa de llevarle a la madre de Nenè un postre preparado por la suya, encontró la forma de decirle a su amigo:

—Mamá, antes de recibir a Lollo, quiere hablar contigo.

Todo iba como había previsto Nenè.

—Bueno. ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana a las once. No habrá nadie en casa.

—Señora, ¿me permite hablar con sinceridad, sin ofenderse con las palabras que voy a emplear?

—Claro.

—Está mandando a tomar viento un matrimonio que habría hecho feliz a su hija.

—Pero si ése no...

—Señora, Susina sufre un equívoco. Dice que cuando se abrazan no se la nota. ¿No es eso?

La señora Giovanna se ruborizó.

—Bueno, sí.

—Señora, debe saber usted que Lollo posee una capacidad de control extraordinaria. Con Susina se reprime. A duras penas, pero se reprime. Gracias a la fuerza de la voluntad y de la plegaria. Y es que quiere respetar a Susina hasta después de la boda. Él es así. Y ustedes están confundiendo un mérito con una falta.

—Pero si Susina dice...

—¡Es precisamente con Susina, a la que desea tanto, con quien debe comportarse así! ¿No lo comprende?

—Y, entonces, ¿por qué con esa mujer no...?

—¡Porque era una prostituta! ¡Y él con esas mujeres no va! Si lo hubiera intentado, yo qué sé, con una amiga de Susina, habría sido todo él pasión arrebatadora, ¡créame!

—¿Pasión arrebatadora? ¿De verdad?

—¡Señora, no me tire de la lengua! Cuántas veces ha sucedido que, estando los dos en mi cuarto hablando, yo qué sé, de Kant o de Hegel, él de repente se pusiera… ¿Me explico? ¡Con Kant! ¡Imagínese! Empezaba a retorcerse en la silla, a gemir: «¡Dios mío, qué dolor! ¡Dios mío, qué dolor!» Y no había vuelta de hoja, ¿sabe usted? Me iba a la cocina a por un poco de hielo, se lo daba y Lollo se lo metía en los calzoncillos.

La señora Giovanna tenía la respiración algo más acelerada de lo normal, un brillo en los ojos y las mejillas coloradas.

—¿Y aquella vez que vio en una revista una fotografía de una chica medio desnuda? ¿Quiere que le cuente cómo acabó la cosa?

—No hace falta —contestó la buena mujer con un hilo de voz.

Por lo visto, la señora Giovanna debía de llevar mucha hambre atrasada, estaba claro que el ingeniero la tenía a pan y agua.

—¡Sólo le digo que tuve que emplear media placa de hielo! Y, cuando se le pasó el efecto, en cuestión de cinco minutos volvió a las andadas. Lollo es como un pepino silvestre, de esos que sólo con tocarlos con la punta de un bastón explotan y lo rocían todo de una gran cantidad de simiente. ¿Se imagina que cuando viene a casa se trae cuatro pares de calzoncillos, con todo el respeto lo digo, porque no puede evitar… y tiene que cambiarse? Se lo ruego, reciba a Lollo, que él sabrá explicarse mejor que yo.

—Muy bien —dijo la señora Giovanna, que ante la imagen del pepino silvestre que esparcía simiente se había puesto roja como un tomate—. Dile que venga mañana por la mañana a las diez.

—¿Y a esa señora qué le cuento?

—Pues lo mismo exacto que me contaste a mí. Por qué no quieres tocar a Susina antes de la boda. Aunque, eso sí, tienes que explicarle

bien una cosa.

—¿El qué?

—Lo mucho que deseas a su hija. Lo mucho que te gusta como mujer. Que por la noche en la cama sueñas que os abrazáis… ¿A qué viene esa cara? ¡No me digas que nunca has soñado con ella!

—No, he soñado con ella tal cual dices tú. Lo que pasa es que me da vergüenza contárselo a su madre.

—¡Pues precisamente porque es su madre tienes que hablar con ella como si te confesaras, diciéndoselo todo! ¡Hasta los detalles! ¡Cuanto más clara le quede la intensidad de tu deseo por su Susina, más se convencerá del sacrificio que haces al no tocarla! Y escúchame bien: si consigues convencer a la madre, la cosa está hecha. Si no, ya te puedes despedir de Susina por los siglos de los siglos.

No había pasado una semana desde que Lollo había hablado con la señora Giovanna cuando, a base de insistirle e insistirle la buena mujer, el ingeniero se dejó convencer y accedió a que el muchacho volviera a ennoviarse con su hija. Y ésta, tras recibir de su madre todas las garantías del mundo («Nos hemos arrodillado, hemos rezado y he oído una voz que me decía: "¡Cásalo con Susina!"»), no puso más peros.

Al cabo de dos meses, la señora Giovanna le comunicó a su señor esposo que esa vez en que lo habían hecho, después de cuatro años a dos velas, la cosa había tenido una consecuencia preciosa: el médico le había dicho que estaba embarazada. De la alegría, al ingeniero estuvo a punto de darle un síncope.

Lollo y Susina se casaron ocho meses más tarde, después de que la señora Giovanna hubiera dado a luz a un niño. Nenè fue el testigo de su amigo. La pareja, a su vuelta del viaje de novios, se instaló en Montelusa, en un piso comprado por el ingeniero.

Y cuando Lollo se iba a Palermo a presentarse a los exámenes de la universidad, y se quedaba al menos una semana, Nenè se acercaba a

Montelusa e iba a ver a Susina. Se pasaban prácticamente la tarde entera intercambiando unas aclaraciones que les granjeaban una enorme satisfacción.

El hombre es fuerte

1

Que la fábrica va a cerrar tarde o temprano es un rumor que lleva meses circulando. Se dice que hace tiempo que no llegan del extranjero ni concursos de licitación ni pedidos privados. La hecatombe que empezó en América ha recorrido medio mundo y ha llegado hasta este pueblo perdido entre las montañas del centro de la isla.

Sin embargo, es cierto que no todos los viejos, es decir, los cinco obreros que llevan ya treinta años trabajando en la fábrica, desde el día de su inauguración, son de la misma opinión.

Gisuè Sorrentino es, de todos ellos, el más optimista:

—Muchachos, no pongáis esa cara, no nos desanimemos, que lo mismo ha pasado ya un par de veces, ¿no os acordáis? Parecía que estábamos al borde del cierre y luego, como quien no quiere la cosa, hemos seguido trabajando.

—Pero las otras veces era distinto —replica ’Ntonio Mazza—. Ahora la cosa afecta al mundo entero, ahora hay una recesión…

—¿Y eso de la recesión qué es? —pregunta Pitrino Larocca.

—Yo te lo explico —interviene Angelo Bianco—. Dios le quita el pan a quien no tiene dientes.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que quien tiene dinero pierde algo, pero sigue comiendo y bebiendo, mientras que nosotros lo perdemos todo, hasta los calzoncillos. Siempre se repite la misma historia.

Tano Cumbo siente los ojos de sus compañeros clavados en él. Le tocaría intervenir, pero no le apetece.

—Buenas tardes a todos —dice antes de salir del vestuario de los viejos.

Su casa queda a una media hora a pie de allí. Por la mañana no ha

cogido la Lambretta, porque, aunque están a principios de noviembre, el día parece todavía de octubre y le ha parecido que dar un paseíto le sentaría bien.

Echa a andar por el camino del pueblo, porque Lina, su mujer, le ha encargado comprar el pan, y tres compañeros mucho más jóvenes lo adelantan en moto y lo saludan.

—Hasta mañana, Tano.

Él contesta levantando la mano, no le apetece abrir la boca.

¿Cómo pueden estar tan seguros de que mañana volverán a verse todos en la fábrica?

Él hace tiempo que se imagina una escena: al abrir la puerta de casa se topa con Lina, que le tiende una carta. La carta de despido.

Esos tres muchachos todavía tienen la fuerza de la juventud y si los despiden puede que consigan apañárselas; pero él, con cincuenta y ocho años cumplidos, ¿qué trabajo va a encontrar? Además, siendo sincero, ¿qué sabe hacer más que lo que lleva repitiendo tres décadas un día tras otro?

Durante todo ese tiempo, la fábrica ha sido una especie de oasis en el desierto. La única de un pueblo de doce mil habitantes, nacida de una ocurrencia de Fabio Passatore, el hijo de Pippino el guardavía, que había estudiado y había llegado a ingeniero.

Cuando, cerca ya de cumplir los treinta, volvió de América, adonde había ido a seguir estudiando al terminar la carrera, empezó a correr por el pueblo la voz de que tenía intención de construir una fábrica.

—¿Y en esa fábrica qué quiere hacer?

—Losetas.

Al oír esa respuesta, la gente se echaba a reír.

¿Para hacer losetas era necesario sacarse la carrera de ingeniero y encima irse a América a estudiar más? Sin embargo, pronto cesaron las carcajadas y surgieron las preguntas a medida que empezaban a fabricar la fábrica. ¿Para qué serviría esa gigantesca construcción de obra que parecía una nave, aunque no lo era? ¿Y por qué hacía falta un

edificio entero para las oficinas? ¿Y a qué venía un comedor que parecía un restaurante de ciudad?

Luego, cuando empezaron a llegar las máquinas, que según decían costaban como dos edificios nuevos cada una, la gente se quedó muda y dejó de preguntar: había quedado claro que la cosa iba en serio.

Y es que se trataba de losetas, eso era cierto, pero de unas losetas especiales, capaces de resistir temperaturas altísimas.

El primer pedido lo consiguieron en Suiza: las losetas tenían que recubrir una larguísima galería subterránea donde los científicos hacían experimentos. Para cumplir y entregar la mercancía a tiempo, llegaron a hacer tres turnos, trabajando noche y día. El segundo pedido se lo hicieron de América: necesitaban las losetas para cubrir el exterior de los aparatos que iban al espacio.

No, mejor no pensar en el pasado, mejor no pensar en la fiesta que el ingeniero había querido celebrar cuando llegó, también de Suiza, la noticia de que habían ganado una segunda licitación aún más importante que la primera, mejor… Mientras camina con la cabeza gacha, oye un leve toque de claxon a su espalda. Se hace a un lado para que pase el coche. Pero entonces oye otra vez el claxon. Se detiene, apoyado en el murete de una casa, y se vuelve para ver el coche.

Está parado y tiene la puerta del lado del pasajero abierta.

Lo reconoce, es el de Anna, la secretaria personal del ingeniero, que le tiene una confianza ciega.

Se acerca, se agacha.

—¿Quiere que lo lleve? —pregunta la conductora.

—Gracias, Annù, pero sería mucha molestia, primero tengo que pasar por la panadería.

—Suba.

Sube. El coche arranca. No hablan. A Tano le gustaría preguntarle qué hay de verdad en los rumores que circulan, seguro que ella sabe exactamente cuál es la situación, pero le falta valor. La mira de reojo y no ve la sonrisa habitual de jovencita alegre, sino una cara larga.

—¿Cómo estás, Annù?

—Regular, *zù* Tano.

Anna le habla de usted, aunque lo llame «tío», mientras que él, que la ha visto crecer, la tutea. Y es que Anna fue la amiga del alma de su primera y única hija, Stella, a la que mató un camión conducido por un borracho cuando no tenía ni diecisiete años. Habían sido compañeras de pupitre toda la primaria y toda la secundaria, sin que pasara un día en que Anna no fuera a su casa a hacer los deberes con su amiga.

Compra el pan, vuelve a subir al coche, deja el pan en el asiento de atrás.

Y por fin, cuando para delante de la casa y Tano hace ademán de abrir la puerta, Anna le dice:

—Aguarde un momento.

—¿Qué pasa, Annù?

La joven no responde al momento, mantiene los ojos clavados en el volante. Tano lo ha entendido. Se lo olía.

—¿Malas noticias?

—Sí, señor.

—¿La fábrica?

—Sí, señor.

—¿Me conciernen a mí?

—Nos conciernen a todos. La fábrica cierra. Nos vamos a la calle. Ya he preparado las cartas. Mañana por la mañana las firmará el ingeniero, pero antes quería hablar con usted. Hoy es jueves. Mañana a la una se cerrará la verja.

¿Qué puede contestar? Nada de nada.

Traga saliva, de repente se le ha quedado la garganta seca.

—Gracias por traerme, Annù. Hasta pronto.

—Ánimo, *zù* Tano.

¿Ánimo? ¡Menuda palabra!

—¿Has traído el pan? —le pregunta Lina al verlo aparecer con las manos vacías.

Tano se da una palmada en la frente.

—¡Me lo he dejado en el coche de Anna!

—¿Y ahora qué hacemos? Ya estará todo cerrado.

—¿No había quedado pan de ayer?

—Sí, pero ¡está duro!

—Vas a tener que acostumbrarte —se le escapa al hombre.

No parece que Lina lo haya oído. Además, él nunca le ha mencionado los rumores que circulan.

En ese momento llaman a la puerta. Es Anna, con la hogaza de pan en la mano.

—¿Quieres quedarte a cenar con nosotros? —le propone Lina.

—No, gracias, me espera mi madre.

—Explícame eso de que tenemos que acostumbrarnos a comer pan duro —arremete Lina cuando, al acabar la cena, se levanta para recoger la mesa.

¡Así que había fingido que no lo oía!

—Siéntate.

—No, que tengo que lavar los platos. Tú habla, que te oigo igual.

—Es mejor que te sientes, hazme caso. Además, no me gusta hablar contigo si vas entrando y saliendo de la cocina todo el rato. Tengo que contarte una historia que...

En ese momento sucede algo extraño. Lina se le acerca, coge la botella de vino y llena el vaso que Tano tiene todavía delante.

En la vida ha querido que su marido se bebiera más de tres vasos de vino por comida. Y entonces la que habla es ella, no él.

—No hace falta que te molestes en abrir la boca, Tanu. ¿Tú te crees que las mujeres no nos enteramos de nada? Nunca has querido decirme que había peligro de que la fábrica cerrara, pero me he enterado igual. Me enteré ya cuando surgió el primer rumor. Precisamente he hablado del tema esta mañana en el mercado. Con la mujer de ’Ngilino Bianco y la de ’Ntonio Mazza. Solamente quiero decirte una cosa: piensa en la suerte que tenemos, a pesar de toda la desgracia, tú y yo.

Tano se sorprendió.

—¡¿Suerte?!

—Pues sí. Nosotros perdimos a nuestra única hija, pero 'Ngilino tiene a uno en el paro y a la otra enferma. El pequeño de 'Ntonio, por su parte, acaba de cumplir doce años, menos mal que la mayor trabaja.

Hay en las palabras de Lina algo que a Tano no le encaja.

—O sea, que para ti fue una suerte perder a nuestra hija, ¿no?

—No quería decir eso y lo sabes. Si buscas pelea y quieres desahogarte, me parece estupendo, pero recuerda que, si nuestra hija ahora estuviera con nosotros, se quedaría en el paro igual que Anna.

Y se marcha a la cocina a fregar los platos.

Cuando Lina vuelve al comedor se encuentra a Tano con un papel delante y un lapicero en la mano. El papel ya está medio lleno de números.

—¿Qué es eso?

—Las cuentas de lo que me toca de pensión.

Lina hace una mueca.

—No te molestes, que te dará dolor de cabeza. Será menos de lo que necesitamos.

—¿Y cómo lo sabes?

—'Ngilino y 'Ntonio tienen la misma antigüedad que tú, ¿no? Rita ya ha hecho las cuentas de 'Ngilino.

Tano la mira a los ojos.

—¿Y cuánto le queda?

—Si la cosa va bien, ochocientos treinta euros.

Habría sido mejor que le hubiera pegado un tiro en mitad del pecho. De repente, está empapado de sudor. No, no puede ser, después de llevar treinta años trabajando...

—Hay un error.

—Pues mañana pregúntale a Giovannino, el del sindicato —dice Lina.

Enciende el televisor, se sienta en el sofá. ¿Cómo se le puede ocurrir

en un momento así ponerse a ver la tele?

—No te veo muy preocupada.

—Claro que estoy preocupada. Pero a lo mejor hay una solución.

—¿Cuál?

—Ponerme a trabajar.

—¡¿Tú?!

—¿Qué pasa? —replica Lina, dolida—. ¿No se me da bien trabajar? ¿La casa no te la tengo siempre limpia como una patena?

—¿Eso qué tiene que ver?

—Pues tiene que ver. Porque, igual que tengo nuestra casa limpia como una patena, puedo tener también las de los demás.

Tano tarda un poco en comprender el significado de esas palabras. Y entonces se sorprende.

—¿Te quieres poner de asistenta?

—Sí, señor. Es trabajo, no es que vaya a ponerme a robar.

2

—Buenas noches.

—Buenas noches.

No han pasado ni diez minutos cuando se fija en que la respiración de Lina es ya la más tranquila y regular del sueño.

¿De qué está hecha esa mujer que desde hace treinta y ocho años duerme a su lado?

Cuando murió Stella, su hijita, quien tuvo que ir a reconocerla fue Lina, porque él no podía ni moverse, lloraba a la desesperada tirado en la cama y tenía la cabeza revuelta y las piernas de plastilina. Pero ella encontró fuerzas para ir a ver lo que quedaba del cuerpo de su hija, en silencio, con las lágrimas empapándole la blusa, sí, pero sin alaridos ni desmayos.

Y de no haber sido por ella, que lo mantenía despierto hasta altas horas de la madrugada en la época en la que estudiaba para pasar a obrero especializado cuando ya llevaba tres años trabajando en la fábrica, jamás lo habría conseguido, eso es cierto.

No logra dormir.

En un momento dado de la noche se levanta de la cama, va al comedor, no sabe qué hacer, enciende el televisor, quita el sonido, se sienta en el sofá. Ponen una película americana de guerra.

Cuando lleva cinco minutos mirando las imágenes sin entender lo que pasa, apaga el aparato.

«Total, para malgastar electricidad...», piensa.

Entonces apaga también la luz, porque, de todos modos, si uno tiene que pensar, puede pensar perfectamente a oscuras. Y vuelve a sentarse.

Está más que convencido de que, aunque Lina se ponga a trabajar, el dinero no les alcanzará.

Por lo tanto, hay que empezar a pensar en las cosas a las que toca renunciar.

Tampoco es que con el salario que tenía pudieran gastar lo que les viniera en gana. En el último año les ha permitido llegar justísimos a final de mes. En cambio, en los primeros veinte años de trabajo sí que pudieron ir ahorrando algo, nada, una miseria. Luego, con la llegada del euro, todo subió de precio y el dinero, poco a poco, acabó por desaparecer.

¿Pueden pasar sin el teléfono? ¿Pueden pasar sin la Lambretta? ¿Pueden pasar sin la televisión? ¿Pueden pasar sin el periódico que se compra todas las mañanas?

Ésos son los cuatro lujos que podrían eliminar.

¿Lujos?

El teléfono no es un lujo, sino una necesidad. Un lujo sería comprarse un móvil, cosa que ahora tiene todo el mundo, hasta los chiquillos de seis años, pero ni Lina ni él lo han querido nunca. No, el teléfono hay que conservarlo. Si alguno de los dos se encuentra mal, pueden llamar al médico.

Pagar el canon anual de la televisión sí que es un lujo, pero también una necesidad. ¿Cómo van a pasar las noches sin su ayuda? Además, de vez en cuando sale algún cómico que te hace reír. Y una carcajada, según cómo, es mejor que un medicamento.

¿La Lambretta? La Lambretta de momento le viene bien. Porque lo cierto es que Lina no ha dejado de animarlo. Sí, muy bien, tiene la edad que tiene, será difícil encontrar otro trabajo, pero eso no significa que no tenga que ponerse a buscarlo. Y para eso le hace falta la Lambretta, porque tendrá que recorrer el pueblo de una punta a otra.

Queda el periódico. En fin, las noticias puede verlas en la tele. Sí, lo único que puede hacer es dejar de comprar el periódico.

Y poner bombillas menos potentes en las habitaciones, que tal como tienen la casa ahora parece que sea fiesta mayor.

En ese momento se acuerda de una vieja historia que cuentan en el pueblo, la del barón Ganziano. Un día el barón reunió a su familia, que estaba compuesta por su mujer, un hijo de veinte años y una hija de dieciocho, y les comunicó que estaba en bancarrota, así que era imprescindible empezar a ahorrar. Pero hizo una promesa: que por

ninguna razón del mundo se privaría del coñac que se hacía mandar especialmente de Francia. Acto seguido su mujer contestó que ella tampoco podía pasar sin los vestidos que le hacía a medida una modista milanesa. El hijo dijo que estaba dispuesto a perderlo todo, pero no el cochazo que conducía. La hija comunicó que nunca, pero nunca jamás, renunciaría a los viajes que hacía cada seis meses a Francia, a Alemania y a Inglaterra. En resumen, al acabar la reunión, los Ganziano llegaron a un acuerdo: iban a comprar menos pan.

Ahora él, salvando las distancias, está como los Ganziano.

¿Bastará con no comprar el periódico y ahorrar en la factura de la luz para cuadrar las cuentas?

Vuelve a acostarse más confundido que convencido.

Mientras se mete debajo de la sábana, se le ocurre que sí que tiene algo de lujo.

El reloj suizo que se compró hará diez años, cometiendo una auténtica locura.

Los relojes le gustan desde niño y nunca ha sabido explicarse por qué. Lo ha tenido guardado casi siempre en el cajón de la mesita de noche, porque llevarlo a la fábrica no parecía buena idea. Antes se lo ponía los días de fiesta, pero luego, con tantos robos como hay en los últimos tiempos, se ha dicho que lo mejor era dejarlo en casa.

¿Debería renunciar a él o no? Pero ¿qué pregunta es ésa? Él no es noble como los Ganziano. Lo primero que irá a empeñar o a vender será, desde luego, el reloj. Cierto valor tendrá. Y seguirá llevando el que se compró en un tenderete por diez euros.

Hay ochenta y tres obreros. Se han reunido en la zona que queda delante del edificio de las oficinas junto con las diez personas que trabajan allí. Acaban de terminar de leer la carta que Anna les ha entregado a todos. Se hace un silencio que parece que estén en el cementerio cuando hay un entierro. Va a ponerse a llover en cualquier momento: el cielo está cubierto de nubes negras. Sólo faltaba un día así para que se les encogiera el alma aún más. Sale el ingeniero, se sube a

una caja de madera. Está tan pálido que parece enfermo. Tiene la misma cara que los obreros y los trabajadores de las oficinas; por lo visto nadie ha pegado ojo. Cuando se pone a hablar, le tiembla la voz.

Dice que se ve obligado a cerrar la fábrica porque ya no llegan pedidos de ninguna parte. Dice también que ha conseguido que casi todos entren en el fondo de garantía salarial, menos los cinco de más edad, que se jubilarán. Les pide que dejen la maquinaria limpia y tapada, porque cuando pase el chaparrón está convencido de que la fábrica volverá a funcionar. Concluye diciendo que pueden pasar por caja para recoger el sobre de la paga. Luego les desea lo mejor a todos y va a abrazar a los cinco mayores, los que están con él desde el principio.

A la una de ese viernes diez de noviembre, bajo las primeras gotas de agua del cielo, Tano sale de la fábrica sabiendo que no volverá nunca.

Al cabo de cinco minutos estalla un temporal, Tano no ve nada, el viento es tan fuerte que la Lambretta da bandazos. Para, baja a toda prisa, se resguarda en un portal. Está empapado, tiene la ropa chorreando, le cae el agua por la nuca, se le mete por el cuello de la camisa y le baja por la espalda, siente escalofríos.

Diez minutos después, escampa de golpe, aunque está claro que va a ser una pausa breve. Vuelve a subir a la Lambretta y arranca.

Lina no lo esperaba, creía que volvería por la tarde. Tano se mete corriendo en el baño, se desnuda, se seca, se viste con ropa limpia. Mientras, su mujer le ha preparado un plato de pasta.

—¿Quieres un escalope?

—No. No tengo hambre.

Lina vuelve del baño, adonde ha ido a recoger la ropa que se ha quitado él para ponerla a secar en una silla delante de la estufa eléctrica.

—En el bolsillo está el sobre de la paga.

Lina lo abre, saca los euros que hay dentro. Están tan mojados que se han pegado entre sí y, al tratar de separarlos, le da miedo rasgarlos.

Tano quita la ropa de la silla y en su lugar pone el dinero que le va pasando Lina poco a poco. En el sobre hay mil cincuenta euros, el salario entero del mes.

El ingeniero se ha portado.

Ya ha tenido que quedarse en casa alguna que otra vez en un día laborable, aunque en treinta años han sido pocos y siempre por un motivo concreto: o porque había cogido la gripe o por el luto de Stella o porque tenía que ayudar a Lina, que se hizo daño en una pierna y no podía moverse. Pero ésos eran paréntesis y, pasada la dificultad momentánea, volvía a trabajar. Ahora la cosa es completamente distinta. Lina lleva ya un rato sentada al lado de la ventana y se ha puesto a meter el dobladillo a una falda. De repente dice:

—¿Quieres que me vuelva loca?

—¿Por qué?

—Hace una hora que no dejas de ir de un lado a otro.

No se había dado cuenta. Se sienta, pero al poco rato empieza a sentir un hormigueo en las piernas, lo domina la necesidad de levantarse, no puede estarse quieto.

—¿Por qué no te lees el periódico? ¿O se ha mojado?

—Esta mañana no lo he comprado.

—¿Te has olvidado?

—No. Quiero empezar a ahorrar.

—¡Anda, pues menudo ahorro!

—Un euro al día. Y eso al cabo del año son trescientos sesenta y cinco. ¿Te parece poco? Las noticias ya las veo en la tele.

Luego va a abrir el cajón del aparador en el que guarda la baraja y se pone a hacer un solitario.

Hacia las cinco suena el teléfono. Lina va a contestar.

—Es para ti. ’Ntonio Mazza.

—Dime, ’Ntò.

—Oye, Tano, me gustaría pasar a verte dentro de media horita.

—Muy bien. —Cuelga. Y entonces, volviéndose hacia Lina, dice—: Dentro de media horita viene ’Ntonio.

—Vete al dormitorio, que le voy a dar un repaso a esto.

—¿Y en el dormitorio qué hago?

—¡Mira que eres pejiguero! Te echas.

No, no quiere echarse en la cama, le parece de mal augurio.

Coge uno de los libros que han regalado con el periódico en el último año y que tiene en la mesita de noche, se sienta en una silla, se pone a leer.

Se llama *El agua* y habla de la falta de agua en algunos países africanos y de que hay gente que recorre tres kilómetros a pie todos los días para ir a llenar una garrafa de agua sucia en un pozo.

«Siempre se puede estar peor», se dice.

’Ntonio le cuenta que ha hablado con Giovannino el sindicalista, que le ha dicho que sería mejor que los cinco compañeros mayores que van a prejubilarse fueran el lunes a Caltanissetta a hablar con la gente del Instituto Nacional de la Previsión Social para saber cuál es su posición.

Hay que hacerlo cuanto antes, para empezar porque hasta que les den la jubilación pueden pasar más de seis meses, y para continuar porque los años de contribución que tienen no permiten, con las leyes que hay ahora, acceder a la pensión íntegra.

Acuerdan ir los cinco, el lunes por la mañana, en el tren de las siete, con lo que a las ocho se plantan en Caltanissetta.

Ya tenía poca hambre antes, pero la charla con su compañero de trabajo y de desventura le quita la que le quedaba. Lina, que ha estado presente mientras hablaba con ’Ntonio, se enfada.

—¡Pues vas a tener que comer a la fuerza!

—¿Y si no tengo ganas?

—Ya te pueden ir entrando.

Con esfuerzo consigue tragar la sopa y el escalope rechazado al mediodía. Mientras come, empieza a tener frío. Lina se da cuenta.

—¿Qué te pasa? Te brillan los ojos.

Se levanta, va a por el termómetro, se lo tiende. Él se lo mete debajo de la axila. Cuando lo saca y lo mira, ve que tiene treinta y ocho de fiebre.

—Has debido de coger frío cuando te has mojado con la Lambretta. Métete en la cama ahora mismo. No podemos permitirnos estar enfermos en estos momentos.

Lina tiene razón. No hay tiempo para permitirse el lujo de una enfermedad, porque eso sí que sería un auténtico lujo.

—Dame una aspirina.

—¡Qué aspirina ni qué nada!

Y va a prepararle una taza de vino bien caliente con una corteza de naranja dentro.

3

En Caltanissetta no acaban de sacar gran cosa en limpio. Los recibe el funcionario pasadas las doce porque delante de la puerta de su despacho hay una cola larguísima de hombres y mujeres más o menos de su edad, obreros o empleados de fábricas y empresas que han cerrado o van a cerrar.

Dentro del despacho sólo hay dos sillas, aparte de la del funcionario, que está detrás de una mesa completamente cubierta de papeles. ’Ntonio y ’Ngilino se sientan, los demás se quedan de pie.

El hombre dedica unos diez minutos a mirar los papeles de todos, que ’Ntonio le pidió a Anna el sábado, y dice que así, a simple vista, dado que no aparecen más contribuciones previas al trabajo en la fábrica del ingeniero, ninguno de los cinco llega a los años necesarios para recibir la pensión completa.

—Pero ¡si son treinta años! —replica ’Ntonio.

—¿Y qué? —dice el funcionario—. No basta.

—La primera vez que puse un pie en la fábrica —dice ’Ngilino, aunque es como si hablara solo—, parecía que los obreros iban a poder jubilarse a los cincuenta. Y disfrutar de los veinte años de vida que les quedarían. Ahora se habla de setenta. O sea, que te dan la jubilación cuando ya estás a punto de irte al otro barrio.

El funcionario ni siquiera lo escucha, sigue mirando los papeles. Luego les entrega un papel a cada uno y les explica qué tienen que poner y dónde firmar.

—El proceso ya está encarrilado. Nos pondremos en contacto con ustedes —dice por fin.

—¿Y eso cuándo será? —pregunta ’Ntonio.

—Lo antes posible. Hagan pasar al siguiente, por favor.

En todo el viaje de vuelta no abren la boca.

Tano se dice que los trámites de la jubilación van para largo. La última paga durará un mes más o menos, ¿y luego qué? Vende el reloj, muy bien, ¿y luego qué?

El tren para en la estación, bajan y se despiden de viva voz, sin darse la mano, sin mirarse a la cara.

Como si les diera vergüenza mirarse a los ojos. Y puede que en realidad sí que les dé vergüenza haberse quedado sin trabajo. No ha sido culpa suya, claro, pero esa leve sensación de deshonra la tienen igual.

En casa se encuentra a Lina con cara de pocos amigos. ¿Qué le habrá pasado? Seguro que algo gordo. Está a punto de preguntárselo, pero ella abre la boca antes.

—¿Cómo os ha ido por Caltanissetta?

—Hemos hecho los trámites.

—¿Te han dicho cuánto te dan?

—El funcionario no lo sabe, tiene que hacer cálculos. Aunque menos de lo que esperaba seguro.

—¿Y cuándo empezarán a pagarte esa calderilla?

—Ni idea, pero está claro que van a pasar varios meses.

Lina suspira.

—Vaya, menudo panorama tenemos.

—¿Qué ha pasado?

—Esta mañana ha venido la señora Nunziata.

La señora Nunziata, una viuda de sesenta y tantos años, es la propietaria del piso. Vive sola y se las apaña con una pensión de doscientos euros y los trescientos cincuenta que le pagan ellos de alquiler.

Tano se asusta, ha entendido el porqué de la cara larga de su mujer.

—¿Quiere subírnoslo? —pregunta.

—Sí. Dice que ya no llega. Dice que el piso podría alquilarlo mucho más caro y que si no nos desahucia es sólo por amistad.

—¿Cuánto pide?

—Cien euros más al mes. A partir de enero.

—Al ahogado le echan piedras —replica Tano.

Sin embargo, de repente Lina vuelve a tener la misma cara de siempre, enérgica, decidida.

—A nosotros —dice— no va a ahogarnos nadie, así que no podrán echarnos piedras para que nos hundamos mejor.

—Ya, pero ¿tú sabes cómo vamos a conseguir no ahogarnos?

—Dios proveerá —lo corta Lina.

No obstante, después de la primera semana Tano empieza a pensar que Dios estará demasiado liado con otras cosas para preocuparse de Lina y de él.

Ella se ha dirigido a una decena de casas de gente acomodada y en todas le han dicho que no, que ya tienen asistenta.

Por su parte, él ha buscado trabajo en un almacén de madera, en la gran carpintería de don Tichino, en el mercado municipal y en la empresa de don Manlio, que tiene cinco camiones y hace transportes. La respuesta siempre es la misma: o están al completo o están a punto de empezar a despedir, así que ni hablar de contratar a alguien.

—Yo casi que vendo el reloj.

—Espera. Primero vamos a apurar el dinero que tenemos. Además, en lugar de venderlo, ¿por qué no lo llevas al monte de piedad?

—A ver, Lina, si lo vendo, saco más. Y, si lo llevo al monte de piedad, ¿luego dónde consigo el dinero para desempeñarlo?

Lina no contesta.

Una mañana, al pasar por delante de la iglesia de San Giusippuzzo, oye que lo llaman. Se vuelve. Es el padre Ramunno, el párroco.

Ni Lina ni él son religiosos, ni siquiera van a misa el domingo. Eso sí, ella de vez en cuando va a ver al padre, aunque más por amistad que por las cosas de Dios. Y es que, cuando pasó la desgracia de Stella, el padre Ramunno se presentó en casa y supo darle mucho consuelo.

—¿Cómo te va todo, Tano?

—Mal, padre Ramunno.

—Ya lo sé, ya lo sé. Me lo ha contado tu señora. Mira, hay una buena noticia. La mujer que viene todos los días a limpiar la iglesia, una filipina, se va a su país y vuelve a principios de enero. ¿Le preguntas a Lina si quiere sustituirla?

Durante el almuerzo, en cuanto Tano le repite las palabras de don Ramunno, Lina se levanta, dejando la pasta a medias, y se pone el abrigo.

—¿Adónde vas?

—A ver al cura.

—¿Qué prisa hay?

—A ver, yo a don Ramunno lo conozco. Si se presenta alguna a la que le haga más falta que a mí, ése le da trabajo.

—Menos da una piedra —dice Lina, dejando encima de la mesa los sesenta euros que ha recibido como pago por la primera semana en la iglesia.

Pero ¿cómo se las van a apañar los dos con diez euros al día? ¿Y cómo van a pagar la luz, el gas, el teléfono, la televisión y el alquiler?

—¿Esto qué es? —pregunta Lina, mirándolo—. ¿En lugar de alegrarte pones cara de entierro?

Lo cierto es que se ha sentido violento con el gesto de su mujer al dejar el dinero encima de la mesa con cara de alegría.

Es normal que esté contenta, es el primer dinero que gana y así puede ayudar a la familia, pero no se da cuenta de que quien ha hecho ese gesto, durante treinta años uno detrás de otro, ha sido él.

Y ahora Tano se siente un poco humillado por tener que depender de su mujer. Es como una pérdida de dignidad.

«Claro que todo hombre que se queda sin trabajo se queda también sin un pedazo de dignidad», se dice.

No, no le hace ninguna gracia. Tiene que encontrar algo que hacer sí o sí.

Cuando quedan dos días para pagar el alquiler, por suerte todavía congelado en los trescientos cincuenta euros, y Tano sigue en las mismas condiciones sin esperanza de encontrar trabajo, decide coger el tren, irse a Caltanissetta y vender el reloj.

—Es inútil darle más vueltas, porque tarde o temprano va a acabar así —le dice a Lina.

—Está bien —contesta ella con un suspiro. Y para dar más fuerza a su asentimiento añade—: En diciembre además llegan los recibos.

—¿Dónde has metido el reloj? —le pregunta Lina cuando, ya vestido, está a punto de salir.

—¿Dónde quieres que lo haya metido? En el bolsillo.

—¿En cuál?

—En el de los pantalones.

—¡No, Virgen santa! Si los tenías los dos agujereados y te los remendé. Si se rompe la costura, lo pierdes.

Tano saca el reloj, envuelto en papel de seda, y se lo lleva a un bolsillo lateral de la chaqueta.

—¡No! —exclama Lina.

—¿Por qué no?

—Porque ahí puede meter la mano cualquiera y adiós reloj.

—¿Y dónde quieres que lo lleve?

—En el bolsillo del pecho, ahí no te lo puede robar nadie.

En la estación, mientras espera el tren, que como siempre lleva retraso, junto a una decena de personas, ve llegar a toda prisa a don Carluzzo y a su mujer, doña Rita, que van arrastrando dos grandes maletas con ruedas.

Don Carlo Rosales ha sido, durante los últimos diez años, el jefe de los trabajadores de las oficinas de la fábrica. Es una buena persona que trabajaba sólo por el placer de trabajar, porque la señora Rita es rica de

familia. Tienen un único hijo, Giulio, que estudia Medicina en Bolonia.

En cuanto lo reconoce, don Carluzzo se abalanza hacia él.

—¡Menos mal que te he encontrado! Por teléfono tu mujer me ha dicho que te ibas a Caltanissetta. ¿Puedes retrasar el viaje?

Tano lo mira sorprendido.

—¿Por qué?

—Te necesito.

—Dígame.

—Esta mañana hemos recibido una llamada de un amigo de nuestro hijo. Giulio está ingresado en el hospital. No es nada grave, pero va para largo. Mi mujer y yo nos vamos a Bolonia ahora mismo. ¿Tú conoces la casa que tenemos en el campo?

¡La llama «casa»! Es una villa antigua de las de verdad. Tano la ha visto por fuera, pero dicen que dentro hay muebles y cuadros de primera.

—Sí, señor. La conozco.

—Hace tres días que están los albañiles con un andamio para hacer toda la fachada. En cuanto he recibido la llamada, le he dicho al jefe de obra que lo parase todo. No puedo dejar la casa sin vigilancia mientras están trabajando, ¿me entiendes? Sé que eres una persona honrada y confío en ti. Si aceptas, llamo ahora al jefe de obra y le digo que mañana por la mañana pueden volver.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada. Por la mañana a las siete estás allí y les abres la verja. A las cinco y media, cuando acaben la jornada, cierras la casa y la verja, y te vuelves al pueblo. Ten, te doy las llaves de la casa, si te parece.

—Me parece. ¿Y cuánto tiempo va a estar usted en Bolonia?

—Hasta después de Navidad seguro. Oye, me quedaría más tranquilo si fueras a echar un vistazo hoy mismo. No me hace gracia que se haya enterado tanta gente de que nos hemos ido.

Mete la mano en el bolsillo, saca un manojo de llaves y se las entrega. Luego saca la cartera, coge tres billetes de cien euros, se los tiende y le da también una tarjeta de visita.

—Aquí está mi número de móvil. Llámame todas las tardes desde la

casa. ¿Qué? ¿Puedo llamar al jefe de obra?

—Llámelo.

El tren llega ya. Don Carluzzo acaba de hablar y le da la mano.

—Gracias por todo.

—Ya les llevo yo las maletas. Buen viaje y que su hijo se recupere pronto.

Abre la puerta de casa, Lina no está; seguro que lo cree en Caltanissetta. Se habrá ido a la iglesia a limpiar. Saca los tres billetes de cien euros y los coloca encima de la mesa. Vuelve a meter el reloj en el cajón de la mesita de noche, sale otra vez y cierra la puerta. Sube a la Lambretta y se va. La villa de don Carluzzo queda a cinco kilómetros del pueblo.

4

Cuando llegan las fiestas, Lina no atiende a razones y prepara la cena de Nochebuena y el almuerzo de Navidad sin querer ahorrar un euro, como si Tano todavía trabajase en la fábrica. A las doce de la noche, salen de casa para ir a la misa del gallo en la iglesia de San Giusippuzzo, la única del año que oyen. Por el camino se topan con ’Ntonio y su mujer. Él les cuenta que ha encontrado un trabajo provisional en el mercado.

—¿Noticias de la pensión? —pregunta Tano.

—Anteayer fui a Caltanissetta. En cuanto le di mi nombre al funcionario y miró la ficha, se puso a berrear: «¿Se da cuenta de que sólo ha pasado un mes? ¡Márchese!» Yo lo veo negro.

—Y yo —responde Tano.

Cuando se van a la cama, Tano no consigue dormir. Don Carluzzo le ha informado de que vuelve el 3 de enero, porque Giulio va a pasar la convalecencia en el pueblo. ¿En enero encontrará otro trabajo? Han podido pagar los recibos, pero el alquiler de cuatrocientos cincuenta euros hay que darlo por anticipado la primera semana de enero. Esta vez es casi seguro que el reloj va a salir de casa para no volver. De repente se le ocurre una cosa: si no hubiera gastado tanto dinero a lo largo de su vida, ahora no tendría problemas. Por ejemplo, ¿qué necesidad había de ir una vez al mes al cine cuando tenían televisor en casa? ¿Qué necesidad había de ir todos los sábados por la tarde al café de Masino a jugar a los tres sietes y a la brisca con los amigos y gastarse una fortuna en café y copitas? ¿Y aquella vez en que el ingeniero lo mandó a Suiza con ’Ntonio y ’Ngilino para que vieran cómo montaban las losetas? Se dejó convencer por ’Ntonio y se fue con él a un sitio en el que se gastaba a todo trapo y había mujeres que se

paseaban medio desnudas entre las mesas. En resumen, que se emborrachó y luego se encontró desnudo en una cama con una de esas mujeres. La nochecita le costó la paga de una semana.

Y ahora, al pensarlo, no sólo le da rabia haber sido tan tonto, sino que se arrepiente de haberle sido infiel a Lina. Que no se lo merecía, desde luego. Al acostarse con aquella señora suiza demostró que no era digno de tener una mujer como la que tenía. Si no fuera por ella, que sin decir ni mu se va todos los días a dejarse la piel limpiando la iglesia… De repente se apodera de él la emoción. Nota los ojos mojados. Sin pensarlo, sacude a Lina cogiéndola de un brazo. Ella se despierta, algo asustada.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí. Quiero decirte una cosa.

—Adelante.

—Una vez te puse los cuernos con una puta.

—¿Cuándo?

—Hace casi veinticinco años, en Suiza.

—¿Hace veinticinco años? ¿En Suiza? ¿Y me despiertas para contármelo ahora? ¿Estás perdiendo la cabeza? Venga, duérmete, que va a ser mejor.

Don Carluzzo, al darle las gracias, le dice que a partir de ahora va a ocuparse él de la villa, y le pone en la mano doscientos euros más. Con eso no le da para el alquiler.

Así pues, una mañana Tano se marcha a Caltanissetta con el reloj envuelto dentro del bolsillo. Nada más llegar, va a la mejor relojería y le dice al dependiente que quiere hablar con el propietario. El señor Dibetta lo recibe en su despacho y le ofrece asiento.

—Dígame.

—Me gustaría vender un reloj.

El señor Dibetta lo mira extrañado.

—Mire, puede que lo hayan informado mal. Nosotros ni compramos ni vendemos relojes usados.

—Disculpe —dice Tano, levantándose.

—Espere. A ver, por pura curiosidad, enséñemelo.

Tano lo saca, lo desenvuelve y se lo tiende. El otro lo coge y se pone a mirarlo. Parece interesado. Tano siente una alegría en el pecho. A lo mejor el reloj le gusta y se lo compra para él y no para la tienda.

—¿Puedo abrirlo?

—Adelante.

El señor Dibetta abre la caja, se coloca en un ojo una especie de tubo con una lente y estudia los engranajes. Luego cierra la caja y se lo devuelve a Tano, que lo mira esperanzado. El relojero parece algo incómodo.

—Perdone, ¿cuánto hace que lo compró?

—Más de diez años.

—¿Puedo preguntarle cuánto pagó por él?

—Trescientas mil liras.

En realidad, a Lina le dijo que le había costado cien mil. La única trola que le ha contado en la vida. El señor Dibetta hace una mueca.

—¿Dónde fue?

—Estaba volviendo en tren de Nápoles y había un representante de esta casa de relojes suizos que hablaba medio en alemán. Iba con un maletín...

El señor Dibetta lo interrumpe.

—Lamento decírselo, pero es falso. La imitación es estupenda, desde luego, pero no deja de ser falso. Lo estafaron. Si no me cree, puede enseñárselo a otros colegas.

Tano se ha quedado con la boca abierta. El muro que se le ha desplomado encima no ha hecho ningún ruido, tiene los oídos cerrados como cuando sube a mucha altura. Y en el cerebro oye una especie de temporal marítimo.

Se da cuenta de que el señor Dibetta está hablando, pero no le llegan sus palabras.

—Per... Perdone, ¿cómo dice?

—Digo que, como yo colecciono relojes falsos y el suyo está muy bien hecho, puedo darle cincuenta euros.

Contesta que sí con la cabeza porque no puede hablar. Nota la garganta seca.

Al salir de la relojería, por poco acaba debajo de un coche.

En cuanto Tano le cuenta lo que le han dado por el reloj, y por qué, Lina, sin mediar palabra, va a ponerse el abrigo.

—¿Adónde vas?

—A hablar con la señora Nunziata. Tú mientras come.

Ni hablar de comer solo. Además, no tiene apetito, se le ha cerrado la boca del estómago como un puño, aún no ha digerido el asunto del reloj falso.

Lina vuelve al cabo de una hora.

—La señora Nunziata nos da de tiempo hasta final de mes. Si no pagamos, el uno de febrero tenemos que dejar el piso.

Se mete en la cocina y saca la pasta que había dejado en el horno para conservarla caliente.

—No tengo hambre —dice él.

—Ni yo. Pero hay que comer igual.

Al acabar, Tano ve que Lina se sienta al lado de la ventana y se pone a coser unos calzoncillos en mal estado.

—¿No vas a trabajar?

—Ha vuelto la filipina.

Eso quiere decir que ahora ya no les queda dinero ni para comprar comida.

Por suerte, dos días después el padre Ramunno llama a Lina y le propone ir a cuidar a una señora enferma, de las ocho de la mañana a las ocho de la noche. Lina acepta. Eso quiere decir que Tano deberá prepararse el almuerzo él solo, aunque de la cena ya se encargará ella. Y la paga que le darán llegará, más o menos, mirando bien los precios, para comprar lo estrictamente necesario para comer. ¿Y el gas, la luz y el teléfono? Tano, ahora que está solo, sale por la mañana a las siete y

se pone a buscar trabajo. No encuentra nada. Entonces se sube a la Lambretta y se va al pueblo más cercano. Vuelve al día siguiente y al otro, pero sólo sirve para tirar el dinero de la gasolina. En un momento dado decide ir a buscar por el campo de los alrededores. Y así, a menos de medio kilómetro del pueblo, siguiendo una pista por la que nunca se había metido, acaba pasando por un vertedero enorme repleto de basura, incluidos frigoríficos viejos, televisores rotos y chasis de coche. Para cuando se le ocurre una idea. A lo mejor hay cosas que se puedan revender. Quizá mano a mano con 'Ngilino, que tiene una camioneta. Sigue adelante, pasa por cuatro casas de campesinos, todos le dicen que no necesitan mano de obra. A la vuelta, para de nuevo en el vertedero. Le entran muchas ganas de beberse un vaso de agua, el polvo de la pista le ha secado la garganta. Mira a su alrededor. A la izquierda hay una construcción baja con una verja, no se ve muy bien qué es. Se llega por un sendero. Se mete con la Lambretta, al cabo de tres minutos se planta delante de la verja, que está cerrada, pero al lado hay un timbre y llama. Y al momento se monta un buen jaleo de ladridos. Como mínimo ahí dentro habrá una decena de perros. A lo mejor es un criadero. Se abre una hoja de la verja, se asoma un señor bien vestido.

—¿Qué desea?

—¿Me daría un vaso de agua, por favor?

—Espere aquí. No entre.

No se mueve. Los perros deben de notar su presencia, porque se han puesto a ladrar como posesos.

—Aquí tiene el agua —dice el señor, abriendo un poco la verja.

Tano alarga la mano, pero no llega a coger el vaso, porque un perro enorme sale de un salto y trata de morderle una pierna. Instintivamente, él se echa atrás y el animal le clava los dientes en el zapato. Entonces el señor se pone a pegarle gritos al perro en alemán y al mismo tiempo le atiza una buena patada en el vientre. El animal suelta el zapato y huye hacia dentro. A Tano le duele el pie. El señor le pide que se quite el zapato y el calcetín. No hay sangre, por suerte el cuero ha frenado los dientes.

—Espere aquí. Quiero verle mejor ese pie —dice el señor antes de

entrar y cerrar la verja.

Tano lo oye gritar órdenes en alemán. Al cabo de un tiempo reaparece.

—¿Puede andar?

—Sí, señor.

—Sígame.

Cojeando, Tano va tras él. Entra entonces en un gran espacio rodeado por un muro alto. Hay doce perros, cada uno en su caseta. A la derecha ve una construcción de obra vista, una especie de almacén. El señor se mete dentro seguido de Tano, lo invita a sentarse en una silla, se agacha, le mira el pie, se lo toca.

—Por suerte no ha llegado a morderlo —dice aliviado. Y entonces se presenta—: Soy el *dottori* Benincasa. Me apasionan los perros de raza. Le pido disculpas por lo que ha pasado. A propósito, voy a buscarle el agua.

Vuelve enseguida, Tano se bebe el vaso con ansia por la sed que ya traía y por el susto que se ha llevado.

—Oiga —dice entonces el señor—, ¿usted es de aquí?

—Sí, señor.

—¿Podría recomendarme a una persona dispuesta a ocuparse de mis perros? Sabe usted, no se trata sólo de darles de comer, sino también de vigilarlos de noche. En fin, sería necesario que esa persona durmiera aquí, en este almacén que por supuesto antes arreglaría.

—Perdone, pero ¿por qué hay que quedarse de noche? —pregunta Tano.

—Porque ya me han robado tres perros y para recuperarlos he tenido que pagar una fortuna.

A la mañana siguiente, Lina va a conocer el sitio. El *dottori* Benincasa los espera. Ella mira el almacén, dice que muy bien. Y entonces Tano la lleva en la Lambretta para ir a cuidar a la enferma. Él le alquila la camioneta a ’Ngilino y hace el traslado sólo de lo necesario. En una semana, trabajando también de noche, consiguen transformar el

almacén en una habitación amplia donde se puede hacer todo: cocinar, comer y dormir. Lina hasta pone cortinas en las dos ventanitas. Pegado a la parte de atrás hay incluso un retrete a la turca con lavabo. Tano va al vertedero y recoge una taza y un bidet. Lo instala todo con sus propias manos.

Ahora todas las mañanas lleva a Lina al pueblo con la Lambretta y luego a última hora va a recogerla. Las primeras noches hubo una única pega: los ladridos de los perros. Pero luego se han acostumbrado, con un poco de buena voluntad uno se hace a todo. No están nada mal. De la carne que Tano compra día sí y día no para los perros, Lina corta dos filetes que se comen a la plancha o asados. Es carne de desecho, pero carne al fin y al cabo.

Una noche en que los perros ladran fuerte, Lina se despierta y se da cuenta de que Tano se ha levantado de la cama y ha salido. ¿Qué pasará? Se levanta también ella y sale.

Hay luna llena, da una luz que parece de día. Y entonces ve a su marido, en mitad del patio, puesto a cuatro patas y ladrando a la luna.

Como un perro.

«Desahógate, esposo mío, desahógate», piensa.

Y vuelve a acostarse.

El homenaje

1

La tarde del 11 de junio de 1940, esto es, un día después de que Italia entrara en guerra del bando de su aliada, Alemania, Micheli Ragusano se presentó de improviso en el Círculo Fascismo y Familia de Vigàta.

Por descontado, casi nadie estaba jugando ese día y todo el mundo hablaba acaloradamente de lo que había sucedido la víspera, cuando el país en pleno —viejos, jóvenes, mujeres, niños e incluso los enfermos, que para tan magna ocasión se habían levantado de la cama— se había congregado en plazas y calles para escuchar el discurso del Duce transmitido por altavoces.

Nada más acabar de hablar Mussolini se había desencadenado el guirigay, la batahola, el pandemónium, y todo el mundo se había puesto a dar gritos de «¡Muera Francia!», «¡Muera Inglaterra!», «¡Viva el Duce!», «¡Viva el fascismo!».

La gente parecía borracha de alegría y bailaba, saltaba y cantaba entusiasmada *Juventud*, el himno fascista, como si la guerra fuera un billete de lotería premiado.

Hacía más de cinco años que Micheli Ragusano no ponía un pie en Vigàta y, aun así, ni uno solo de los veintitantos socios que habían acudido al Círculo a jugar y charlar le devolvió el saludo ni le preguntó cómo le había ido en todo aquel tiempo.

Lo cierto era que Ragusano había pasado esos cinco años confinado en la isla de Lípari, a raíz de una condena por «difamación sistemática del glorioso régimen fascista», de modo que no era prudente mostrarse cordial con él, y menos aún teniendo en cuenta que esa tarde también andaba por allí Cocò Giacalone, un hombretón alto, grueso y con la mano muy larga, conocido espía del secretario federal de los grupos de combate fascistas, un individuo del que se guardaban incluso los fascistas más acérrimos, ya que era capaz de cualquier cosa.

Micheli Ragusano, que esperaba ese recibimiento, se dirigió al

expositor de los periódicos sin pronunciar palabra, cogió uno de los ejemplares, se sentó ante una de las mesitas y se puso a leer.

En ese momento fue cuando se levantó Cocò Giacalone con el gesto torvo, se acercó a don Filippo Caruana, el presidente del Círculo, que como de costumbre estaba echando una partidita a la brisca, y le dijo algo al oído con aire agitado.

—Pero ¿de verdad es necesario? —preguntó dubitativo don Filippo.

—¡Muy necesario! —replicó Giacalone con firmeza.

—¿Ahora?

—¡Ahora mismo!

Don Filippo dejó las cartas pausadamente, se levantó a regañadientes, fue hasta la mesa de Ragusano y, mientras en el salón todo el mundo interrumpía el juego o la conversación y se concentraba en lo que estaba sucediendo, dijo:

—Michè, tú aquí no puedes estar.

—¿Y eso? ¿Acaso soy un moroso?

—No.

—Si mi señora me ha dicho que no ha dejado de pagar la cuota anual.

—Y es verdad. Pero es que no se trata de las cuotas, sino de que estás expulsado del Círculo.

—¿Expulsado? ¿Desde cuándo?

—Tres días después de que te mandaran al confinamiento, la asamblea de socios, que se reunió en sesión extraordinaria a propuesta de Cocò Giacalone, decidió por unanimidad que ya no eras digno de ser miembro.

—¿Así están las cosas?

—Sí, así están.

—Pues muy bien —contestó Ragusano sin inmutarse—, no os molesto más. Buenas tardes a todo el mundo.

—¡Alto ahí! —intervino don Manueli Persico.

Ragusano se detuvo a medio levantar y todos los presentes se quedaron petrificados.

Don Manueli Persico, individuo respetado y reverenciado al que

apodaban «el Abuelo», tenía noventa y siete años y más que un hombre parecía un esqueleto andante, aunque un esqueleto con una gran barba blanca. Estaba tan en los huesos y pesaba tan tan poquito que, cuando soplaba la tramontana, tenía por costumbre meterse en el bolsillo un par de piedras grandes para no salir volando por los aires. A pesar de todo, conservaba una buena voz.

En 1922, con setenta y muchos años, se había convertido en un airado miembro de las brigadas fascistas, con su porra y su aceite de ricino, y había participado en la marcha sobre Roma, donde Benito Mussolini se había fijado en él, lo había llamado «abuelo» y había querido que desfilara en cabeza, justo detrás de los «quadrumviros» de la revolución, del brazo de un joven fascista que no tenía ni dieciocho años.

Desde entonces había sido un ferviente fascista, siempre en la cabecera de las manifestaciones y dispuesto a ponerse la camisa negra a la más mínima oportunidad. Se había presentado voluntario en las guerras contra los abisinios y contra los comunistas españoles, pero en ambos casos su solicitud había sido denegada por su avanzada edad. A él le correspondía el honor de gritar en las reuniones: «¡Camaradas, saludo al Duce!» Y la multitud contestaba: «¡A nosotros!»

—¡Se ha cometido una grave descortesía! —proclamó don Manueli.

—¿Contra quién? —preguntó don Filippo.

—Contra Micheli Ragusano, aquí presente.

—Explíquese mejor.

—¡Para empezar, quiero recordarles que el verdadero fascista es leal con el adversario y generoso con el enemigo vencido!

—Eso ya lo sabemos —replicó don Filippo.

—Lo saben, pero no lo ponen en práctica. ¿Se había avisado a Ragusano de que estaba expulsado?

—Me parece que no —respondió don Filippo.

—¿Y eso?

—Se nos pasó.

—Pues ahí tiene la primera descortesía. Vayamos por la segunda. Al no haber sido avisado, Ragusano ha seguido pagando la cuota anual a

través de su señora, ¿no es así?

—Sí, en efecto —reconoció don Filippo.

—En ese caso, le pregunto: ¿le han devuelto esas cuotas o se las han embolsado a la chita callando?

Don Filippo se quedó blanco.

—Yo no me ocupo de la contabilidad del Círculo. Para eso está Cosentino, el tesorero.

Al oír que lo metían de por medio, Gnazio Cosentino se levantó de golpe con la cara colorada.

—¡Ah, no, puñaladas traperas no! ¡Aquí que cada palo aguante su vela! Yo no he recibido ninguna orden de devolverle las cuotas a la señora de Ragusano y, ya puestos, les recuerdo que soy socio desde hace cuatro años, ¡así que no estaba cuando se decidió la expulsión! ¡Yo de todo este asunto no sabía nada de nada!

—Está cla... claro que se ha tratado de un descuido, de un equívoco —dijo don Filippo con cierto bochorno.

—No lo discuto —respondió don Manueli—. Su escrupulosidad está por encima de toda duda. ¡Sin embargo, queda igualmente claro que no se puede desalojar al señor Ragusano sin haberle devuelto hasta el último céntimo!

—¿Cuánto debemos al caballero? —preguntó don Filippo a Cosentino, para cerrar aquel asunto cuanto antes.

—Cien liras.

—Déselas.

—Lo lamento, pero no las tengo en la caja. Mañana por la mañana, en cuanto abran el banco...

—Me parece que no nos hemos entendido —terció don Manueli—. No se puede desalojar al señor Ragusano sin haberle hecho entrega de lo que se le debe. Así pues, ¡vamos a hacer ahora mismo una colecta!

Se levantó, cogió un gran cenicero limpio, metió cinco liras, llamó a Cosentino y, ofreciéndoselo, le dijo:

—Siga usted.

Al cabo de diez minutos ya se habían reunido las cien liras.

Entonces Cocò Giacalone quitó a Cosentino el cenicero de las manos,

escupió dentro y lo dejó encima de la mesa de Ragusano.

—¡Toma tu dinero, hijo de puta!

Ragusano, que había permanecido de pie todo el rato con una media sonrisa en los labios, contestó:

—Ese dinero se lo regalo, mándenselo a Mussolini para que se compre una bala y se la dispare al cadáver de Francia, a la que ya han matado los alemanes. Y por lo que a usted respecta, mi querido don Manueli Persico, le devuelvo la cortesía manteniendo la boca cerrada acerca de lo que me han contado en el confinamiento sobre usted.

Todos aguzaron el oído.

—¿Qué…? ¿Qué te han contado? —preguntó don Manueli, que, combativo, trató de ponerse en pie, aunque acabó desplomándose sobre la silla, pues las piernas se le habían vuelto de plastilina.

—Ya le he dicho que no voy a repetirlo.

—¡Habla, si tienes valor!

—¡Soy una tumba!

—Lo que sois los antifascistas de mierda —soltó don Manueli— es una pandilla de asquerosos que se dedica a difundir chismes, rumores y cotilleos… ¡Gente sin dignidad, sin honor, que muerde la mano que le da de comer! ¡La muerte os merecéis, y no un confinamiento!

—¿El nombre de Antonio Cannizzaro le dice algo? —le preguntó Ragusano a media voz, mirándolo a los ojos.

Apoyándose con todas sus fuerzas en los brazos de la silla, el anciano logró levantarse y lo apuntó con el índice como si fuera una pistola.

—Eso es una calum…

El «nia» acabó ahogado por dos ataques de tos. A continuación, don Manueli volvió a desplomarse sobre la silla, torció la cabeza hacia un lado, finalmente cerró los ojos y ya no volvió a moverse.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha quedado dormido? —preguntó Cocò, estupefacto.

El doctor Alletto se acercó a toda prisa, le tomó el pulso y luego se arrodilló y le pegó la oreja al corazón.

Se quedó escuchando durante un rato y, cuando se levantó, movió la cabeza de un lado a otro, desolado, y dijo por fin:

—Está muerto.

Cocò soltó un grito bestial dirigido a Ragusano:

—¡Asesino!

Y le propinó un fuerte puñetazo en la cara. El golpe lo lanzó volando hacia el centro del salón y, en cuanto aterrizó, Cocò se abalanzó de nuevo sobre él y le dio una buena tanda de patadas por todas partes, en la cara, en el pecho, en el vientre…

Lo cogieron por los hombros entre dos para apartarlo, pero no lo consiguieron.

Cocò parecía un toro furioso. Seguía dando patadas y repetía:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Finalmente, uno de los socios corrió a llamar a los carabineros, que se llevaron detenido a Ragusano más muerto que vivo.

2

Las honras fúnebres de don Manueli Persico fueron solemnes.

Al día siguiente, por la mañana, se decretó el luto oficial y se trasladó el cadáver a la Casa Fascista de Vigàta, donde se había preparado una capilla ardiente completamente tapizada de fasces, pendones, estandartes y fotografías del Duce.

Una guardia de honor de fascistas de uniforme con el mosquetón al hombro se mantuvo en todo momento a los cuatro lados del catafalco.

Había surgido un problema que, sin embargo, se resolvió feliz y prestamente.

A don Manueli, por descontado, le habían puesto la camisa negra, la misma que había llevado en la marcha sobre Roma y que guardaba como una reliquia, pero entonces se dieron cuenta de que la gran barba blanca del viejo la cubría por completo. La prenda podría haber sido indistintamente negra, amarilla o verde, puesto que no se veía en absoluto.

—¡Esto no puede ser! —protestó Cocò Giacalone—. ¡Hay que ponerle remedio! ¡Todo el mundo tiene que ver que su último deseo, que lo enterrasen con la camisa fascista, como repetía sin cesar, ha sido respetado fascísticamente!

Quien dio con la solución fue el secretario federal en persona, que se había trasladado expresamente desde Montelusa para rendir homenaje al camarada desaparecido.

Así, ordenó que dos jóvenes fascistas se turnasen para mantener levantada la barba del cadáver con una mano, de modo que se viera que llevaba puesta la camisa negra.

El Círculo Fascismo y Familia estuvo cerrado durante dos días en señal de luto.

La tarde en que volvió a abrirse, los socios fueron enterándose nada más llegar de que el presidente, don Filippo Caruana, había convocado

una asamblea general extraordinaria para las nueve de aquella misma noche, hora en la que por lo general estaban todos presentes.

—Camaradas, he convocado esta asamblea extraordinaria a petición de la mitad más uno de los miembros, como establece el reglamento —empezó a decir, una vez llegado el momento, en italiano y no en siciliano por tratarse de un asunto oficial—. Y, dado que Cocò Giacalone ha sido su promotor, le cedo la palabra.

Cocò se levantó emocionado y se dirigió a los asistentes también en italiano:

—Para empezar, quiero decirles que el asesino Michele Ragusano, actualmente en la enfermería de la cárcel de Montelusa, ha sido puesto a disposición del Tribunal Especial para la Defensa del Estado fascista. He sabido por fuentes fidedignas que el camarada juez instructor se inclinaría por pedir la pena de muerte mediante fusilamiento por la espalda, al considerar que Ragusano hostigó deliberadamente a nuestro pobre don Emanuele Persico, casi centenario y por lo tanto débil de corazón, para provocar su deceso. Eso, en román paladino, viene a decir que Michele Ragusano es un asesino, como he sostenido yo desde el primer momento. Ahora bien, si Ragusano es un asesino, por fuerza tiene que haber un asesinado, una víctima. ¿Y quién es esa víctima? El querido y añorado camarada don Emanuele Persico. ¿Y qué hacía don Emanuele Persico un instante antes de morir? Defenderse a sí mismo como fascista, y por extensión defender el fascismo, de los vulgares insultos de un delincuente antifascista. Así pues, ¿podemos sostener que don Emanuele Persico es una víctima del antifascismo? Yo creo, camaradas, que podemos sostenerlo. ¿Y no podemos, por consiguiente, sostener que la muerte del camarada Persico en el campo del honor es comparable a la de mártires fascistas como Giovanni Berta o nuestro Gigino Gattuso? Yo creo que podemos sostenerlo. Por lo tanto, el glorioso nombre de Emanuele Persico debe inscribirse en el panteón de los mártires fascistas. Quien no esté de acuerdo conmigo que levante la mano.

Se levantó una sola, la del abogado Arturo Pennisi.

—Camarada, tiene usted la palabra —dijo don Filippo.

—Primero, quiero dejar claro que estoy totalmente de acuerdo con el camarada Giacalone con respecto al hecho de que el camarada Persico falleció por defender la causa fascista, pero debo precisar que, en mi opinión, una cosa es morir abatido por un disparo y otra, morir abatido por una apoplejía. Eso es todo. Por ese motivo...

—Quisiera recordar al distinguido abogado Pennisi que, según dice el refrán, más mata la palabra que la espada —intervino el abogado Seminerio.

—Mi ilustre colega se equivoca al citar. El refrán dice que más mata la gula que la espada —rebatió Pennisi.

—Resumiendo, abogado, ¿cuál es su conclusión? —preguntó el presidente.

—Yo digo que sería más justo definir a don Emanuele como «caído» a secas, sin emplear la palabra «mártir».

—Pero ¡eso de «caído» queda muy raro! —discrepó Cocò—. Cualquiera podría pensar que se ha caído en un campo de fútbol o de trigo o qué sé yo.

—Quizá podría decirse: «caído por la causa fascista» —sugirió el doctor Alletto.

Ninguno de los presentes tuvo nada que objetar a esa definición. Cocò retomó la palabra:

—Mi propuesta, que he meditado largo y tendido, es que todos los socios firmen una petición al *podestà* para que una de las calles más céntricas de Vigàta pase a llamarse «Emanuele Persico, caído por la causa fascista», y también que se envíe una segunda petición al secretario federal para que escriba a Su Excelencia Benito Mussolini a fin de que la pobre viuda de nuestro camarada Persico, a la que todos damos nuestro más sentido y afectuoso pésame, pueda recibir la pensión que en justicia corresponde a los caídos por la revolución fascista.

Todos estuvieron de acuerdo y el presidente encargó al profesor Ernesto Larussa, que daba clases de italiano en el instituto de Montelusa, la tarea de escribir las dos peticiones.

Ahora es preciso indicar que la pobre viuda de don Manueli Persico

se llamaba Anna Bonsignore y era un bellezón de veinticinco años que quitaba el hipo.

Se había casado en enero de 1936, pero unos meses después su marido se había marchado a la guerra de España como voluntario y, en enero del año siguiente, había muerto en el frente a manos de los rojos españoles.

Entonces don Manueli Persico, por pura generosidad fascista, como había declarado a diestra y siniestra, se había ofrecido a casarse con ella, y la joven había aceptado. El matrimonio, por supuesto, como sabía todo el pueblo, se había celebrado pero no consumado, dado que don Manueli ya había superado ampliamente la edad adecuada para tal menester, hasta el punto de que dormían en habitaciones separadas.

No había hombre en Vigàta que, de vez en cuando, en especial por la noche, no pensara en la belleza desaprovechada de la muchacha, sola en su cama y, sin duda, aún más sola en el recuerdo de su primer marido, un treintañero robusto y fuerte como un toro que, en los cortos meses de su matrimonio, prácticamente no le había dejado pegar ojo por las noches.

Sin embargo, nadie se atrevía a sacudir el árbol para hacer caer esa perita de la rama —una perita que estaba a punto de caramelo—, dado que a un fascista como don Manueli había que guardarle el debido respeto.

A la mañana siguiente, cuando ya habían dado las diez y la sirvienta acababa de salir a hacer la compra, la pobre viuda oyó que llamaban, fue a abrir en bata y se encontró con Cocò Giacalone.

Lo hizo pasar a la sala de estar, donde Cocò la puso al corriente del discurso pronunciado en el Círculo y le aseguró que aprobarían la propuesta de pensión.

La pobre viuda rompió a llorar.

—¡Ay! ¡Ay, mi Manueli, pobrecillo! ¡Con lo bueno que era! ¡Con lo mucho que me quería! ¡Más que a una hija! —suspiró entre lágrimas.

Cocò se arrodilló ante ella y trató de consolarla. Ella cerró los ojos y se dejó consolar.

La sirvienta se iba a las dos, después de comer. A las tres llamaron a

la puerta y, cuando la señora Anna fue a abrir en bata, se encontró con el profesor Ernesto Larussa, a quien hizo pasar a la sala de estar.

—He venido a leerle la primera petición, dirigida al *podestà*, para que ponga el nombre de su marido a una calle.

—Adelante, léamela.

El profesor se la leyó y la pobre viuda rompió a llorar.

—¡Ay! ¡Ay, mi Manueli, pobrecillo! ¡Con lo bueno que era! ¡Con lo mucho que me quería! ¡Más que a una hija! —suspiró entre lágrimas.

El profesor se arrodilló ante ella y trató de consolarla. Ella cerró los ojos y se dejó consolar.

Al terminar el consuelo, que fue largo y variado, el profesor le preguntó:

—¿Puedo venir mañana a leerle la segunda petición?

—¿Quedamos a la misma hora? —propuso la pobre viuda.

Con gran discreción, el profesor le confió con pelos y señales a su íntimo amigo, el doctor Alletto, cómo había caído la perita de la rama y cómo se la había comido con toda la piel.

Al doctor aquella noticia le sentó como una puñalada en el corazón. Un año antes había tenido que visitar a la que por entonces aún no era viuda, aquejada de un dolor en el pecho, y desde entonces soñaba con ella todas las noches. ¡Virgen santa, menudo cuerpo tenía! ¡Virgen santa, qué piel de melocotón! ¡Ay, poder abrazarla con fuerza y luego relamerla muy despacito como si fuera un helado, y después…! No había hablado con nadie de esa pasión, ni siquiera con el profesor. Lo primero que pensó fue: «¿Por qué él sí, y yo no?»

De modo que, dos días después, se presentó hacia las diez y media de la mañana en casa de la viuda. Había visto salir a la sirvienta, y en consecuencia creía que el terreno estaba despejado.

Ella, que estaba en la cama con Cocò, le preguntó:

—¿Qué hago? ¿Abro o no?

—Ve, pero no dejes entrar a nadie, deshazte enseguida de quienquiera que sea.

La señora Anna, que estaba desnuda, se puso la bata y fue a abrir.

—He venido a ver cómo se encontraba tras la pérdida de su marido

—anunció el doctor.

—Me encuentro bien y no necesito nada de usted —contestó la viuda, y le cerró la puerta en las narices.

El doctor primero se puso colorado, a continuación se quedó pálido y, por último, juró vengarse.

Pasado apenas un mes se celebró la sencilla y conmovedora ceremonia para dedicarle una calle a don Manueli. La placa, con la inscripción «Via Emanuele Persico, caído por la causa fascista», que estaba tapada por la bandera tricolor, fue descubierta por la viuda, que se apoyaba por un lado en Cocò Giacalone, y por el otro, en el profesor Ernesto Larussa.

Todos los presentes hicieron el saludo romano y la banda municipal acometió *Juventud*, que se cantó a coro.

Al cabo de dos meses, la viuda recibió la carta en la que se le asignaba una pensión extraordinaria.

La señora Anna, acompañada por Cocò y el profesor, se trasladó personalmente al Círculo para dar las gracias a los socios que habían firmado la petición correspondiente.

Hubo un brindis y luego la viuda quiso ver el lugar exacto donde había fallecido su pobre marido.

La contentaron. Colocaron la silla con reposabrazos en el lugar donde solía sentarse don Manueli y representaron la escena. Entre las lágrimas de la joven, Cocò hizo el papel de Micheli Ragusano, y el profesor, el de don Manueli.

3

Y fue en ese preciso instante cuando el doctor Alletto recordó lo que había dicho Micheli Ragusano y que, al parecer, todo el mundo había olvidado o quizá desdeñado.

La frase exacta era: «¿El nombre de Antonio Cannizzaro le dice algo?»

Esas ocho palabras habían sido como ocho tiros que habían ido a dar en el blanco. ¿Qué querían decir? Estaba claro que significaban algo, y tenía que ser algo terrible si habían provocado que don Manueli cayera fulminado al instante.

Pasó toda la noche en vela tratando de encontrar una forma de descubrir algo más, y por fin al alba dio con la solución.

Lo único que podía hacer era ir a hablar directamente con la persona que había pronunciado esas palabras, Micheli Ragusano, al que en el ínterin habían condenado a quince años de reclusión. Estaba preso en la isla de Ventotene.

No le resultó fácil conseguir el permiso, porque no era ni su abogado ni familiar suyo, pero finalmente, gracias a la recomendación de un tío lejano que era un pez gordo del Ministerio de Gracia y Justicia en Roma, obtuvo autorización para una única visita. En Vigàta nadie supo el verdadero motivo de la partida de Alletto, que contó a todo el mundo que iba a ver a un pariente anciano a punto de morir.

Y así fue como una mañana se encontró cara a cara con Micheli Ragusano. Y, como médico que era, enseguida se percató de que el prisionero estaba muy mal.

—¿Qué le pasa?

—Las patadas que recibí en el Círculo me rompieron varias costillas y me perforaron los pulmones. Escupo sangre mañana y noche. Me están dejando morir poco a poco. ¿Qué quiere de mí?

—¿Sabe que a Manueli Persico...?

—Lo sé todo de esas payasadas —lo interrumpió Micheli—. Le han dedicado una calle, y a su viuda le han concedido una pensión extraordinaria... Mi mujer me pone al día en sus cartas.

—A eso voy: precisamente me gustaría demostrar que esos honores no son más que payasadas.

—¿Y cómo pretende hacerlo?

—Si usted me contara quién es Antonio Cannizzaro y por qué don Manueli se alteró tanto...

La cara de Micheli Ragusano se volvió de piedra.

—No —dijo.

—Pero ¡¿por qué?!

—Porque aquel día, a su manera, Manueli Persico me retrató. Por eso no tengo nada que decirle.

—Pero perdone...

—Lo siento, pero yo soy un hombre de palabra. Adiós —lo cortó Ragusano.

Y, acto seguido, llamó al guardia para que lo devolvieran a su celda.

Durante un mes entero, el doctor Alletto tragó bilis. No lograba pegar ojo, pensando en la negativa de Ragusano. Estaba siempre nervioso, trataba mal a los pacientes, había perdido el apetito. Y, cuanto más pálido y enfermizo se ponía él, más se parecía la viuda de Persico a una rosa radiante, y el doctor sabía el porqué gracias a los relatos pormenorizados del profesor, quien por su parte ignoraba que Cocò también regaba en abundancia esa misma rosa. Y entonces, cuando ya había perdido toda esperanza, le llegó una carta de Ventotene.

Antes de abrirla, tuvo que beberse una buena taza de manzanilla para controlar el temblor de las manos.

> Distinguido doctor:
>
> El médico de la cárcel me ha dejado muy claro, después de consultarlo con un colega, que mi vida está llegando a su fin. Es cuestión de pocas semanas. En consecuencia, me considero

liberado del compromiso moral que había contraído con respecto a Emanuele Persico.

Los hechos son los siguientes. En noviembre de 1921, Persico se encontraba en Marsella junto a un amigo, Carlo Miraglia, llevando a cabo actividades poco claras.

Tanto Persico como Miraglia militaban en el ala extremista del Partido Socialista, y en más de una ocasión habían llegado a las manos con algunos simpatizantes fascistas de nacionalidad italiana. Una noche, durante una refriega en una calle poco transitada y muy mal iluminada, Persico disparó una bala que mató al fascista Antonio Cannizzaro, de treinta y pico años, casado y padre de un niño de trece. Persico se había enfrentado con Cannizzaro a menudo, y de buena gana, y varias veces incluso habían llegado a las manos.

Entretanto, a Carlo Miraglia, que estaba a su lado, un fascista le propinó un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido.

Se oyeron cerca los silbatos de la policía y todos se dieron a la fuga de inmediato, salvo Persico, que en cuanto se quedó solo puso su revólver en la mano de Miraglia y luego huyó también.

Resumiendo: Miraglia pasó un año en coma, y cuando despertó no recordaba absolutamente nada y fue condenado por el homicidio de Cannizzaro.

Sin embargo, junto a Persico y Miraglia había tres socialistas más, y uno de ellos, llamado Giacomo Russo, se había refugiado en un portal y fue testigo oculto del innoble gesto de Persico, que había descargado las culpas del homicidio en Miraglia. Durante el juicio, los fascistas implicados en la refriega declararon que, además de Miraglia, había otros cuatro socialistas a los que no pudieron identificar, pues sólo los conocían por el nombre de pila.

Nadie dudó lo más mínimo de que Miraglia era quien había matado a Cannizzaro. Sin embargo, al final de sus días, como

> estoy haciendo yo ahora, Russo se decidió a escribir una larga carta al hijo de Miraglia, en la que le contaba cómo había sucedido todo en realidad. El joven, que se llama Augusto, trató de reabrir el caso, pero la muerte repentina de su padre dio al traste con el proceso de revisión.
>
> Todo eso me lo contó personalmente en el confinamiento de Lípari Augusto Miraglia, quien no sospechaba ni por asomo que el asesino de Cannizzaro se había convertido en un ferviente fascista. Llegó a enseñarme incluso la carta que le había enviado Russo. Para lo que pueda servir, adjunto la dirección de Augusto Miraglia. Espero haberle resultado de utilidad. Me despido de usted.
>
> Michele Ragusano

Sin perder un minuto, el doctor escribió a Augusto Miraglia. Y obtuvo pronta respuesta: Miraglia, deseoso de vengar a su padre, le mandaba una copia fotográfica de la carta de Russo.

Antes de dar otro paso, el doctor fue a Montelusa a pedir consejo a Tano Gangitano, un amigo abogado. Le contó la historia de Manueli Persico y le dejó leer las dos cartas. Al terminarlas, Gangitano torció el gesto.

—¿Qué pasa?

—Pasa que eso no cambia nada.

—¡¿Cómo que no cambia nada?!

—Querido amigo, si les da por hilar fino, siempre podrán afirmar que es cierto que en 1921 Persico era socialista, pero que, después de ver cómo Miraglia asesinaba a Cannizzaro, tuvo tal crisis de conciencia que el remordimiento lo llevó a convertirse al fascismo. Y las cosas se quedarán como están.

—Entonces, ¿qué se puede hacer?

—Has dicho que, antes de que juzgaran a Ragusano, la acusación tenía pensado pedir la pena de muerte por homicidio; al final, sin embargo, lo condenaron a quince años.

—¿Y eso qué significa?

—Que en la acusación hubo algo que no funcionó. Estando así las cosas, es fundamental conocer el documento de la sentencia. Tráemelo y a ver qué puedo hacer.

El doctor fue aquel mismo día a ver a la mujer de Ragusano y le pidió el nombre y la dirección del abogado que había defendido a su marido ante el tribunal especial.

En cuanto los tuvo, decidió escribirle una carta.

La sentencia le llegó a vuelta de correo.

El tribunal no había aceptado la tesis de la acusación de que se trataba de un asesinato premeditado y lo había dejado en homicidio involuntario; es decir, consideraba que, en efecto, las palabras de Ragusano habían provocado la muerte de Persico, pero «accidentalmente, sin ningún tipo de voluntad preconcebida de matar».

—Aun así, no puede negarse que condenar a un hombre a quince años por un homicidio involuntario cometido de palabra es un poco exagerado... —reconoció el abogado Gangitano—. Ahora hay que ver cuál es la mejor forma de proceder. No conviene dar un paso en falso. ¿Tú qué intenciones tienes?

—Quiero demandar a todos los socios del Círculo, que son los que pusieron en marcha este asunto.

—Te recuerdo que tú mismo, en calidad de socio, firmaste las dos peticiones. No puedes demandarte a ti mismo.

—¡Y eso qué tiene que ver! Entonces yo no sabía...

—Despéjame una duda. ¿Por qué estás tan obsesionado con la memoria de don Emanuele?

El doctor se ruborizó, pero esperaba la pregunta, así que dio la respuesta que se había preparado hacía ya tiempo:

—Yo lo hago... ¡en nombre de la verdad!

—Pues estamos bien jodidos —concluyó Gangitano.

Pasaron casi una hora discutiendo el asunto y el doctor aceptó finalmente la propuesta del abogado de escribir una carta al secretario federal, en la que decía que, tras haber acabado por casualidad en su poder unos documentos comprometedores, consideraba que su deber

como buen fascista, etcétera, etcétera.

Sin embargo, por la noche el doctor cambió de idea.

¿Y si el secretario federal tiraba la carta a la basura y santas pascuas? No, lo mejor era montar un escándalo público, pero manteniéndose prudencialmente al margen.

Al día siguiente, después de comer, cogió el coche y se dirigió a Catellonisetta para visitar al propietario de una imprenta a cuya hija había curado de una enfermedad grave.

Pasó otro día y, al caer la noche, volvió a Catellonisetta. A su regreso a Vigàta, llevaba en el maletero un único ejemplar de un libelo anónimo en el que no aparecía ni siquiera el nombre de la imprenta de la que había salido.

El panfleto, en el que se reproducían las dos cartas y la sentencia del tribunal especial, estaba pegado en un cartoncillo ligero.

A las tres de la madrugada, sin que lo viera nadie, el doctor lo colgó con un clavo en la fachada del ayuntamiento.

El *podestà* Lanzetta ordenó que lo retirasen por «falta de autorización» a las diez y media, nada más volver de Montelusa de una reunión con el gobernador civil.

Pero el daño ya estaba hecho. Lo habían leído centenares de vigateses y alguno había tenido incluso la paciencia de copiarlo. Lanzetta mandó llamar a Cocò Giacalone.

—¡Menuda gilipollez de campeonato la que me habéis obligado a hacer! ¿Y ahora quién se lo dice al secretario federal?

Cocò, blanco como el papel, estaba a punto de contestar cuando se abrió la puerta de una patada y apareció el secretario federal en persona, que había acudido a toda prisa desde Montelusa, avisado no se sabía por quién.

Parecía todo él una llamarada, ya que, aparte de ser pelirrojo, de la rabia se había puesto colorado como un tomate.

—¡Exijo una explicación! —gritó con una voz que oyeron hasta los que pasaban por la calle.

Le hervía la sangre porque, en su elegía, había hablado de Manueli Persico como «ejemplo purísimo de fascista de primerísima hornada»,

pero aún le hervía más por la carta que había escrito a Mussolini para que se le concediera a la viuda la pensión extraordinaria.

A oídos de los que pasaban por la calle llegaron dos frases más del secretario federal.

La primera fue: «¡Cambiad esa placa de los cojones!»

Y la segunda: «¡Voy a hacer que le revoquen la pensión a la viuda!»

El Consejo Comunal, reunido en sesión extraordinaria esa misma tarde, abordó el único punto del orden del día: «Cambio de la placa de la calle dedicada a Emanuele Persico.»

La mitad del Consejo estaba formada por socios del Círculo, entre ellos Cocò Giacalone y el profesor Larussa.

El primero en tomar la palabra fue el *podestà* Lanzetta, quien declaró que, en su opinión, la calle debía volver a llamarse como antes, es decir, «Via de las Vísperas Sicilianas».

A continuación, pidió la palabra el concejal de mayor edad, Macaluso, que defendió la tesis de que la calle tenía que seguir llamándose «Via Emanuele Persico», aunque eliminando la coletilla de «caído por la causa fascista».

El concejal Bonavia mostró su desacuerdo y sostuvo que no podían obviarse los grandes méritos de Manueli Persico, quien había sido miembro de las brigadas fascistas y había participado en la marcha sobre Roma, de modo que, según él, la placa debía rezar: «Via Emanuele Persico, fascista.»

—Pero ¿se puede llamar fascista a quien asesinó de un tiro a un fascista? —preguntó para sí mismo y para los demás el concejal Butticè.

Se hizo un silencio reflexivo.

Y en ese momento fue cuando pidió la palabra el profesor Larussa.

4

Se mostró claro, preciso y conciso.

—¡Camaradas! —empezó—. Me remito a las palabras que acaba de pronunciar el camarada concejal Butticè, y que por lo tanto tienen ustedes muy presentes, según las cuales Emanuele Persico asesinó a un fascista. La pregunta que debemos hacernos es la siguiente: ¿cómo hemos tenido noticia de ese hipotético episodio? Reflexionen.

Hizo una pausa y miró uno por uno a todos los presentes en la sala. Luego continuó:

—La respuesta a esa pregunta sólo puede ser una: a través de un cartel cobardemente anónimo. Sí, subrayo lo de cobardemente anónimo porque quien se atrinchera tras el anonimato es un individuo deleznable que no tiene el valor de manifestar en público sus opiniones, alguien que no puede y no debe encontrar eco en la Italia fascista, hecha de gente audaz y leal. Sin embargo, algunos de los nuestros, por desgracia, se han creído de inmediato lo que dice ese panfleto. Algunos de los nuestros, sin pensárselo dos veces, han elegido creer en las viles insinuaciones de un anónimo antes que recordar que, a lo largo de toda su vida, Emanuele Persico fue para todos un radiante e inquebrantable ejemplo de acción y pensamiento fascista. Lamento decirlo, pero parece que incluso el camarada secretario federal se ha olvidado de la obra cotidiana e infatigable que desarrolló el camarada Persico en la defensa de nuestra santa revolución fascista. Por eso me opongo a que se retire la placa y a que se anule la pensión a la viuda sin antes llevar a cabo una investigación a conciencia sobre lo que sucedió realmente aquella noche en Marsella. Hacen falta pruebas concretas, resultados claros, categóricos, incuestionables, antes de emitir un juicio de condena a Emanuele Persico. Por consiguiente, les anuncio que voy a escribir una carta abierta al secretario del partido que publicaré en el *Giornale di Sicilia*.

Y se sentó.

Todos se revolvieron en la silla, incómodos. La cosa pintaba mal, nadie esperaba que el profesor llegara a atacar a una autoridad como el secretario federal.

Miraron a Cocò, que, como espía suyo que era, sin duda le iría con el cuento; sin embargo, todos pudieron ver que le estrechaba la mano a Larussa, para dejar claro que estaba de su parte.

El *podestà* Lanzetta se enjugó el sudor de la frente y cedió la palabra al concejal Bonavia, que la había pedido.

Bonavia hizo tres propuestas concretas.

La primera era que se hiciera la investigación solicitada por el profesor Larussa. Había que encargársela a Agatino Muscariello, reputado historiador local que, desde el día del entierro de don Manueli, trabajaba en un libro, *Vida ejemplar de un fascista: Emanuele Persico*, de cuya publicación iba a hacerse cargo el ayuntamiento.

La segunda era que el profesor no escribiera esa carta abierta y que el Consejo en pleno enviara una carta al secretario federal rogándole que suspendiera la solicitud de revocación de la pensión a la viuda, a la espera de las conclusiones de la investigación.

Y la tercera y última tenía que ver con un pequeño cambio en la inscripción de la placa.

Si las dos primeras propuestas se aprobaron por aclamación, la tercera suscitó un debate que se prolongó mucho.

Al final, no sin esfuerzo, se llegó a un acuerdo.

Así fue como, dos días después, los vigateses pudieron leer la nueva placa: «Via Emanuele Persico, caído provisionalmente por la causa fascista.»

El cambio suscitó comentarios no demasiado favorables entre algunos socios del Círculo, en especial los que no formaban parte del Consejo Comunal.

—¡Son unos ignorantes y unos analfabetos! —estalló Paolino Marchica, que podía hacer gala de haber terminado tercero de primaria.

—¿Qué significa «caído»? —lo secundó Jachino Tumminello—.

«Caído» significa «muerto». ¿Y cómo se puede escribir que uno está provisionalmente muerto?

A esas preguntas el profesor Larussa no se dignó contestar.

Teniendo en cuenta que la guerra contra Francia había terminado hacía ya un tiempo, el historiador Agatino Muscariello comunicó al *podestà* que, para llevar a cabo la investigación sobre los hechos de Marsella, sería necesario trasladarse a esa ciudad y consultar la prensa de la época. Una vez obtenidos el permiso y el dinero para el viaje, se marchó.

El secretario federal se tomó las cosas con calma y tardó quince días en contestar la carta que le había mandado el Consejo Comunal.

Se declaraba dispuesto a dejar en suspenso la revocación de la pensión de la viuda, pero ponía una condición ineludible.

El texto inscrito debajo del nombre de Manueli Persico le parecía ridículo y muy injusto con los caídos no provisionales por la causa fascista. Había que eliminarlo.

El *podestà* Lanzetta convocó otro Consejo extraordinario.

A todos los presentes les quedó claro que, en esa ocasión, tanto Cocò Giacalone como el profesor Larussa eran partidarios de satisfacer al secretario federal y, en consecuencia, de cambiar la inscripción de la placa.

Ignoraban que la viuda los había puesto a los dos en un mismo trance, si bien por separado, sin darles posibilidad de réplica.

—Escúchame bien —había dicho—: si el cabrón del secretario federal me quita la pensión, ya puedes ir olvidándote de poner un pie en esta casa.

Una vez más, el *podestà* propuso volver a llamar a la calle «Via de las Vísperas Sicilianas».

Y también una vez más el concejal Bonavia recordó los grandes méritos fascistas de Manueli Persico y repitió que la inscripción debía decir simplemente «Fascista».

—Pero ¿cómo vamos a calificarlo de fascista? Y, si luego resulta que

de verdad mató a un fascista, ¿cómo lo calificamos? —intervino el concejal Butticè.

—¿Puedo hacer una propuesta? —preguntó el concejal Bonavia.

—Adelante —contestaron todos.

Bonavia la hizo.

Hubo una ovación.

Y así fue como, dos días después, los vigateses pudieron leer la nueva inscripción: «Via Emanuele Persico, en espera de calificación.»

Al cabo de una semana regresó de Marsella Agatino Muscariello, quien desde la estación se dirigió directamente al ayuntamiento, donde mantuvo una entrevista a puerta cerrada con el *podestà*.

—Traigo malas noticias.

—Cuénteme.

—La prensa francesa habló muchísimo del asunto. Los jueces no dudaron en ningún momento de que a Cannizzaro lo había matado Miraglia, pero no tuvieron en cuenta el testimonio de un señor, Marc Séigner, que vivía en esa calle y que, al asomarse después del disparo, había visto que un individuo ponía algo en la mano de otro que estaba tendido en el suelo sin conocimiento. Y no sólo eso. Hubo otro señor, un tal Albert Mineau, que escribió a los periódicos de Marsella diciendo que se había ofrecido a testificar, pero no lo habían aceptado. El relato de lo que vio es idéntico al de Séigner. He hecho fotografiar todos los artículos y la carta. Lo dejo en sus manos.

Abrió una maleta, sacó un paquete y lo dejó encima de la mesa del *podestà*, que lo miró con preocupación, casi como si fuera una bomba. Y, en cierto sentido, no cabía duda de que lo era.

En conclusión, los testigos de cargo en contra de Manueli Persico eran ya tres: Russo, Séigner y Mineau.

La investigación que había pedido el profesor Larussa había conducido a una conclusión amarga.

El muy hijo de puta de Manueli Persico, hablando en plata, había huido a Italia después de matar al fascista y había tenido la genial idea

de salvar el pellejo y recuperar la virginidad uniéndose a los miembros de las brigadas fascistas y participando en la marcha sobre Roma.

Al *podestà* Lanzetta le entraron sudores fríos. Seguro que esa vez el secretario federal lo obligaría a dimitir del cargo, y podría darse con un canto en los dientes si al mismo tiempo no le quitaba el carnet del partido o lo mandaba al confinamiento.

Ensimismado como estaba en aquellos confusos pensamientos, no prestó atención a las palabras que le decía mientras tanto Muscariello.

—¿Eh? —exclamó, aturdido.

—Quería decirle que, antes de irme a Marsella, descubrí una cosa muy importante sobre Manueli Persico en la que, no obstante, no tuve tiempo de profundizar.

—¡¿Otra?! —preguntó alarmado el *podestà*.

—Sí, pero ésta no sería negativa, sino todo lo contrario.

—Cuénteme.

—Disculpe, pero antes tengo que llevar a cabo una comprobación en el archivo de historia nacional de Palermo. Vamos a hacer lo siguiente. Ahora me voy a casa, descanso un poco y mañana por la mañana salgo hacia Palermo.

—Muy bien. Pero no le cuente a nadie lo que ha descubierto en Marsella. Lo hablaremos a su vuelta.

Y mientras tanto, para evitar complicaciones, en cuanto salió Muscariello cogió el paquete, lo metió en un cajón del escritorio que cerró con llave y se guardó la llave en el bolsillo.

Tres días después, Muscariello puso en conocimiento del *podestà* el sensacional descubrimiento.

En 1861, Manueli Persico había sido liberado por los soldados de Garibaldi de la cárcel de Palermo, donde lo habían encerrado, con sólo diecisiete años, por haberse liado a pedradas con un artillero del ejército borbónico.

¡Era exactamente lo mismo que había hecho el mítico chiquillo genovés de Portoria, aquel Balilla convertido en símbolo de toda la

juventud fascista!

Aquella noticia ponía fin a cualquier debate.

Y no sólo eso, sino que los documentos de la época contaban, sin sombra de duda, que a Nino Bixio, uno de los grandes protagonistas de la unificación italiana, Persico le había caído en gracia, de modo que lo había llevado con él durante un tiempo y lo había llamado «el más valiente de los muchachos».

Pero ¿por qué nunca había hablado don Manueli de su juventud garibaldina? ¿Tal vez por un exceso de modestia?

¡Si a lo mejor hasta había recibido alguna condecoración al valor!

El *podestà* dio orden a Muscariello de continuar las investigaciones y, mientras tanto, convocó al Consejo Comunal en sesión extraordinaria.

Lanzetta expuso a los concejales tanto las malas noticias de Marsella como la buena noticia extraída de los documentos garibaldinos.

En esa ocasión, el debate fue tan acalorado que los concejales llegaron a cruzarse incluso algún que otro insulto.

Al final se aceptó la propuesta del sempiterno concejal Bonavia.

Y así fue como, dos días después, los vigateses pudieron leer la nueva placa: «Via Emanuele Persico, patriota y garibaldino.»

En ese contexto, el secretario federal ya no se vio capaz de seguir adelante con la propuesta de revocación de la pensión. Tratándose de un héroe de la unificación italiana, era mejor mirar hacia otro lado.

Habían pasado tres meses cuando Agatino Muscariello se presentó ante el *podestà* y pidió hablar con él en privado.

Sólo con verle la cara, Lanzetta se dio cuenta de que le llevaba una noticia importante. Y no era buena.

—¡Ay, virgen santa! ¿Qué ha descubierto?

—Que es cierto que Manueli Persico, que por entonces tenía apenas diecisiete años, se encontraba encarcelado en Palermo, y también que lo liberaron los de Garibaldi. Asimismo, es rigurosamente cierto que

Bixio lo mantuvo a su lado.

—Entonces, ¿qué?

—Pues que la cosa no acaba ahí. Bixio descubrió que Manueli le había contado un embuste de campeonato. No era verdad que estuviera entre rejas por haberle pegado una pedrada a un soldado borbónico, sino que había robado el dinero que el párroco de Vigàta había reunido para la fiesta de San Calógero.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó el *podestà*.

—Y aún hay más. Dos días antes, había agarrado a una jovencita de quince años y había hecho con ella lo que había querido.

—¡Santa María!

—Entonces Bixio, antes de volver a meterlo en la cárcel, reunió a los garibaldinos, escupió a Manueli a la cara y lo llamó «el más vil de los muchachos».

—Pero ¿no había asegurado que era el más valiente?

—Esa historia de la valentía la había leído en un artículo de 1885, pero luego me he dado cuenta de que lo había escrito el propio Persico.

Tras cinco horas de acalorado debate, el Consejo Comunal llegó a un punto muerto.

—A ver, ¿cómo coño podemos calificar a ese cabrón de Manueli Persico? —estalló el *podestà*.

—En la placa podemos escribir simplemente «Emanuele Persico, italiano», y dejarlo ahí —propuso el concejal Bonavia.

Y así fue como la calle volvió a llamarse «Via de las Vísperas Sicilianas».

La guerra privada de Samuele, apodado Leli

1

Es muy difícil que un hombre que haya estudiado hasta la secundaria pueda olvidarse de los nombres de sus compañeros de clase, porque todas las mañanas el profesor, al pasar lista, te grababa aquella letanía en el cerebro.

En el primer curso de la secundaria, los alumnos de mi clase éramos, siguiendo el riguroso orden alfabético empleado, Ajaimo, Burgio, Butticè, Camilleri, Carmina, Costanza, Crispino, D'Amico, Di Porto... Lo dejo ahí no porque me falle la memoria, sino porque éramos treinta y dos y escribir tantos apellidos, uno detrás de otro, al final cansa.

Ahora lo habitual es que los escolares se llamen por el nombre de pila, pero en aquel entonces, en 1937, lo natural para nosotros era limitarnos al apellido. El nombre, Michè, Filì, Giurlà, Totò, se reservaba para los amigos íntimos. Y yo, en cuestión de tres meses, me hice amigo íntimo de Di Porto, de manera que pasamos del apellido al nombre: él a mí me llamaba Nenè y yo a él, Leli, que era el diminutivo de Samuele.

Naturalmente, desde los primeros días nos enteramos de a qué se dedicaba el padre de cada uno, había quien era hijo de médico, de aparejador o de abogado y también quien era hijo de jefe de estación, como en el caso de Leli, o del director de la Administración de Bienes Públicos, como en el mío. A los hijos de los obreros, de los pescadores, de los albañiles o de los campesinos los habíamos dejado atrás al acabar la primaria, puesto que era difícil en aquellos tiempos que siguieran estudiando.

¿Cómo llegamos a hacernos amigos Leli y yo? La cosa empezó hacia la mitad del segundo mes de clases, cuando a primera hora se presentó el nuevo profesor de religión, don Angilo Ramazzo, que sustituía al anterior, recién jubilado. Don Ramazzo era cura, y tan alto y tan gordo que parecía un armario. Tenía una cabeza enorme con unos ojos saltones que parecían los faros de un coche. Llevaba el hábito

manchadísimo de porquerías varias, desde salsa de espaguetis hasta yema de huevo. Y en el pecho lucía un reluciente distintivo del Partido Nacional Fascista.

En cuanto entró en clase, todos nos levantamos y nos pusimos en posición de firmes, como solía hacerse. Nos miró largo y tendido, quieto en la puerta, con un gesto torvo como si alguien lo hubiera insultado, luego hizo el saludo romano, subió al estrado, se sentó detrás de la mesa, abrió el registro y empezó a pasar lista. Según la norma, cuando te llamaban tenías que levantarte, decir «¡Presente!» y sentarte.

Todo fue como una seda hasta que le tocó a Di Porto.

—Di Porto, Samuele.

—¡Presente!

Y Leli fue a sentarse.

—No, quédate de pie.

Lo miró muy fijamente. Y luego preguntó:

—¿Tú eres judío?

Leli, que no esperaba la pregunta, se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¡Contesta! ¿Eres judío o no?

—No... No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Pretendes hacerte el gracioso?

—No.

—Muy bien, siéntate, de tu caso hablaré con el director. Pero mientras pregúntale a tu padre si eres judío o no. Estoy seguro de que te dirá que sí. Si sólo hay que verte la cara.

Al cabo de tres días, don Ramazzo empezó a pasar lista y llegó de nuevo a Di Porto.

—¡Presente!

Y Leli hizo ademán de sentarse.

—¡Quieto! Te sentarás cuando te lo diga yo.

El cura siguió pasando lista. Dijo el último apellido, que era Zuccato, mientras Leli seguía en pie. Y sólo entonces volvió a dirigirle la palabra:

—¿Se lo has preguntado a tu padre?

—Sí.

—¿Eres judío?

—Sí.

—Dilo bien alto.

—¿El qué?

—Que eres judío.

—Soy judío.

—¡Más alto!

—Soy judío.

—Más alto aún.

—¡Soy judío! —gritó Leli.

Y se le quebró la voz. A todo el mundo le quedó claro que estaba haciendo un esfuerzo para no ponerse a llorar. Aunque eso era precisamente lo que quería don Ramazzo, que llorase.

—Repítelo todo lo alto que puedas.

Leli llenó los pulmones de aire y empezó:

—Soy...

—¡Basta! —me oí decir a voz en grito.

Nada más decirlo, me asusté. Pero aquel «Basta» me había salido del alma, no había podido contenerme.

—¿Quién ha hablado?

—Yo —dije, levantándome y maldiciéndome.

—¿Tú también eres judío?

—No.

—Y, siendo católico, ¿no sabes lo que le hicieron los judíos a Jesús nuestro Señor?

—No.

—¿Estás bautizado?

—Sí.

—¿Y tu párroco no te lo ha contado?

—No.

—Ha hecho mal. ¡Los judíos fueron los que mataron a Jesús! ¡Esa raza maldita tiene las manos manchadas de su sangre! ¡Fueron ellos los que lo crucificaron! ¡Y ahora, como si no les bastara, traman contra nuestro Duce! ¡Conchabados con los masones, conjuran contra el

fascismo!

Temblaba de pies a cabeza de la rabia. Le entró un ataque de tos. Escupió en el suelo. Y luego, volviéndose hacia Leli, dijo:

—¡Si por mí fuera, te echaba del aula a patadas en el trasero! Pero el director aún no ha tomado una decisión. Porque a ver qué pintas en clase de Religión tú, que no perteneces a la Iglesia católica apostólica romana. Pero mientras tanto... —Se interrumpió y se volvió hacia el compañero de pupitre de Leli—. Tú, Scibetta, levántate y ve a sentarte en ese sitio libre del antepenúltimo pupitre.

Scibetta recogió libros y cuadernos y obedeció.

—Tú, Camilleri, ve a sentarte en el sitio de Scibetta. Así en un mismo pupitre tenemos al judío y al amigo del judío. ¡Menuda parejita estáis hechos! ¡Y tratad de escribir bien recto, porque si no os muelo a palos!

¿Cómo no íbamos a hacernos amigos?

Hasta entonces habíamos dado clase de Ciencias con una sustituta porque la profesora Zarcuto, la titular, estaba enferma.

Y de repente apareció la señorita Ersilia Zarcuto.

Mediría más o menos un metro cuarenta y cinco, tenía bigote y las piernas torcidas, y llevaba gafas de culo de botella.

Se presentó vestida con una sahariana y con una M de Mussolini que le bailaba entre las tetas: era el uniforme de las mujeres fascistas. Ningún otro profesor iba al colegio de uniforme, como mucho en algunas ocasiones se ponían la camisa negra.

El primer día, después de hacer el saludo romano, plantada en la puerta, nos miró a todos, que estábamos en posición de firmes, y preguntó con una voz tan aguda que te reventaba los tímpanos:

—¿Quién es el judío?

«¡Uf, menuda lata!», pensé.

—Yo —contestó Leli, levantándose.

La Zarcuto lo miró con cara de asco, como si fuera un ratón muerto, y luego, echando la cabeza hacia atrás, se volvió de tres cuartos y gritó en dirección al pasillo:

—¡Ingrassia!

El bedel se presentó a la carrera.

—¡A la orden!

—¡Tráigame una silla!

—Pero si ya tiene una en el estrado...

—¡Quiero otra, dese prisa!

El bedel volvió con la silla.

—¡Póngala al fondo del aula con el respaldo hacia mí!

Ingrassia obedeció.

—¡El judío, que vaya a sentarse en esa silla!

Leli hizo lo que le ordenaba, de manera que quedó de cara a la pared.

La profesora subió al estrado.

—Sentaos. Don Ramazzo me ha informado de esta deplorable situación. Tú, judío, siempre que yo tenga clase aquí, antes de que entre, tienes que ir a sentarte en esa silla y quedarte allí toda la hora. ¿Me has oído, judío?

—Sí —dijo Leli, mirando la pared.

—Te advierto de que, teniendo en cuenta que el director no consigue tomar una decisión, el camarada don Ramazzo y yo hemos pedido audiencia al secretario de los grupos de combate. ¡Hay que poner fin de una vez por todas a la obscenidad que supone tu presencia en clase!

La odié.

Mi padre era fascista y había participado en la marcha sobre Roma, así que aquel mismo día, cuando estábamos sentados a la mesa del almuerzo, le pregunté:

—Papá, ¿es verdad que los judíos son mala gente?

—¿Quién te ha dicho eso?

Le conté lo que había pasado en clase. Papá torció la boca. Era lo que hacía cuando algo no le gustaba.

—Hay judíos buenos y judíos malos.

—Ah, pues según don Ramazzo todos los judíos son una raza maldita.

Y la señorita Zarcuto también dice que...

—Mira, es un asunto complejo y difícil de explicar. ¿A ti ese compañero de clase te cae bien?

—Sí, papá.

—¿Es buen muchacho?

—Sí, papá.

—¡Pues entonces tiene que importarte un carajo lo que digan don Ramazzo y la Zarcuto!

—¡No le digas palabras soeces a tu hijo! —lo riñó mi madre.

Una semana después, durante la clase de Lengua, se presentó en el aula el director Mattaliano. Llevaba la camisa negra, señal de que se trataba de algo serio.

—El camarada Daquanno, nuestro secretario de los grupos de combate, me ha hecho llegar una orden con las siguientes disposiciones, que se cumplirán a rajatabla. Por petición de don Angelo Ramazzo, durante la clase de Religión los alumnos Samuele di Porto y Andrea Camilleri saldrán del aula y esperarán en el patio a que termine la hora. Por petición de la profesora Ersilia Zarcuto, durante la clase de Ciencias el alumno Samuele di Porto se sentará aparte en una silla, y no en el pupitre, de cara a la pared.

—¡No! ¡No es justo! —dijo una voz.

Fui el primero que miró a su alrededor para ver quién había protestado.

Y entonces, al darme cuenta de que toda la clase me observaba a mí, comprendí que había sido yo.

¿Por qué hacía esas imbecilidades?

¿Qué tenía dentro que me obligaba a abrir la boca cuando lo mejor, sin duda, habría sido quedarme calladito? Y mientras me hacía esas preguntas yo mismo me contesté: «Porque eres un comediante nato, porque te encanta hacer teatro.»

—¿Qué pasa? —preguntó el director, atónito.

—¡Yo soy católico! ¡Apostólico! ¡Romano! ¡No pueden privarme de la

clase de Religión! ¡No es justo! ¡Tengo que oír la voz de Dios! —Me llevé una mano al pecho como si hubiera recibido una herida—. ¡Jesús para mí lo es todo!

La última frase fue un prodigio de interpretación dramática.

Mis compañeros se quedaron pasmados, boquiabiertos. Se hizo un silencio absoluto.

Mattaliano me miró indeciso y luego dijo:

—Lo hablaré con el camarada Daquanno. Mientras tanto, se cumplirán sus órdenes.

Y se marchó.

2

Al día siguiente teníamos Religión a primera hora y Leli y yo, ante la envidia generalizada de los compañeros, salimos al patio. Éramos libres de hacer lo que nos viniera en gana.

Como en un rincón había un balón abandonado, decidimos echar un partido. Empezamos en silencio, pero luego, sin darnos cuenta, nos pusimos a pegar gritos.

Al cabo de diez minutos apareció el bedel Ingrassia y lo requisó.

—Los profesores se quejan porque armáis mucho jaleo.

Entonces nos pusimos a jugar a la rayuela. Cuando sonó el timbre del final de la clase, volvimos, pero nos encontramos el aula completamente vacía.

Entre una clase y otra había cinco minutos de pausa en los que todo el mundo salía para ir al retrete, la mayoría para fumarse un pitillo a escondidas y los demás para pasear por el pasillo y mirar por las puertas abiertas a las compañeras, que durante la pausa se quedaban en clase.

—El padre Ramazzo se ha dejado la tabaquera —le dije a Leli.

Don Ramazzo siempre tenía a mano en el estrado una tabaquera de madera.

De vez en cuando la agarraba, la abría, sacaba un buen pellizco, se lo metía en un orificio nasal, cogía otro, se lo metía en el otro orificio y al instante empezaba a estornudar una y otra vez, tan fuerte que se ponía rojo como un tomate y parecía que se estaba ahogando. Los compañeros de la primera fila se metían debajo del pupitre para esquivar los esputos y los mocos con los que podía ametrallarlos de pleno. Entonces dejaba de estornudar, se sonaba la nariz con un pañuelo rojo y seguía con la clase.

Sin decir ni mu, Leli se acercó al estrado, agarró la tabaquera y se la metió en el bolsillo.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque sí.

Al cabo de un instante volvieron los demás.

En la segunda hora, que era de Francés con el profesor Di Donato, se abrió la puerta y se asomó Ingrassia.

—Disculpe, profesor, pero, cuando se ha sentado, ¿ha visto si encima de la mesa estaba la tabaquera de don Ramazzo?

—No he visto nada —dijo Di Donato, molesto por la interrupción.

Para él, el francés era una lengua sacra.

«¡Ah, el francés! ¡El francés! —suspiraba de vez en cuando, extasiado, con la mirada levantada hacia al cielo—. Escuchad qué música, muchachos: “*La sigal, ayán chanté / tu leté...*”.»

—¿Y vosotros la habéis visto? —preguntó el bedel a la clase.

—Nooo —contestamos a coro.

Entonces, en voz baja, le pregunté a Leli:

—¿Qué quieres hacer con esa tabaquera?

—Aún no lo sé. Lo pienso y ya te lo diré.

A tercera hora teníamos Ciencias. Leli se levantó del pupitre y fue a sentarse en la silla. La profesora Zarcuto entró con el bolso, una hoja y una revista.

Dejó bolso y revista encima de la mesa del estrado y fue directamente a la pizarra. Cogió la tiza y se puso a copiar el dibujo que llevaba en el papel. Cuando acabó, no entendíamos nada.

En la pizarra había quedado dibujado algo parecido a seis largas serpientes que se cruzaban entre sí, cada una de ellas hecha con dos líneas paralelas.

—¿Sabéis lo que es esto?

Se había quedado de pie al lado de la pizarra.

—Un nido de serpientes —dijo uno.

—Calla, alelado.

Esperó dos minutos mirándonos con una sonrisita.

—¿Qué? ¿Lo sabéis o no?

—Nooo.

—Esto es el trazado de las líneas ferroviarias que salen de la estación de Montelusa. —Hizo una pausa—. La estación que depende del judío Di Porto, el padre de vuestro compañero Samuele.

¿Adónde quería ir a parar? La escuchábamos con mucha atención. Marcó con la tiza un punto en el que se cruzaban dos serpientes.

—Aquí, donde se cruzan esas líneas, hay un cambio de agujas que permite que un tren pase de una vía a otra. Si no se activa a tiempo, ¿sabéis decirme qué sucede?

—Que el tren se queda en la misma vía —dijo Trifella, el primero de la clase, que se sentaba en primera fila.

—¡Exacto! Y eso puede provocar un choque con otro tren que circule en sentido contrario. ¿Está claro?

—Sííí.

—Ahora pensemos que quien da las órdenes a los operadores es el jefe de estación.

—No —dijo una voz.

Esa vez no me cabía duda de que el que había abierto la boca no había sido yo.

—¿Quién ha hablado?

—Yo —contestó la voz desde el fondo de la clase.

Había sido Leli, que seguía de cara a la pared.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees que no es así? ¿Y quién les da las órdenes? —preguntó, desafiante, la Zarcuto.

—El jefe de maniobras —contestó Leli sin moverse.

Oímos una especie de grito de cerdo degollado. Era la profesora, que reía sarcástica.

—¿Y de quién depende el jefe de maniobras?

—Del jefe de estación —dijo Leli.

Fue como si la Zarcuto se volviera loca de repente. Se puso a pegar alaridos con una voz que hacía temblar los cristales de las ventanas y a nosotros nos provocaba una punzada insoportable en los oídos.

—¿Veis cómo es esta raza maldita? ¡Provocan un desastre, un descarrilamiento, centenares de muertos, miles de heridos, y tienen la

cara dura de echarles la culpa a los demás!

—Perdone, pero ¿cuándo ha descarrilado el tren? —preguntó, intrigado y asustado a partes iguales, un compañero que todas las mañanas, para ir al colegio, tenía que coger el tren.

—¡Todavía no ha descarrilado, pero podría! Si dejamos que los judíos sigan teniendo puestos de responsabilidad, ¡la cosa podría ser más grave que un simple descarrilamiento! ¡Esta gente está dispuesta a sabotear centrales eléctricas, presas, puertos, conexiones telefónicas, todo, para dañar a la Italia fascista de Mussolini! ¡Guardaos de los judíos! ¡Son una mala hierba que hay que arrancar! ¡Son peores que la peste!

Se acercó a la mesa, cogió la revista y nos la enseñó.

—Esta revista, que se llama *Cuadrivio*, debería estar en casa de todos los italianos. Ahora os voy a leer un artículo que explica qué están haciendo los alemanes para defenderse de los judíos y mantener pura la raza.

Y se pasó el resto de la clase leyendo. Al acabar estábamos todos medio dormidos.

—Papá, ¿por qué no llega a casa la revista *Cuadrivio*?

—No he querido suscribirme.

—¿Por qué?

—Porque de vez en cuando hay quien escribe auténticas gilipolleces.

—¡No le digas palabras soeces a tu hijo! —exclamó mi madre.

—Hoy la profesora Zarcuto ha leído en clase un artículo que contaba cómo se defienden en Alemania de los judíos.

—La profesora Zarcuto es un pedo hinchado de aire.

—¡Te he dicho que no le digas palabras soeces a tu hijo! —se enfadó mi madre.

—Esta mañana he llegado a clase antes que nadie —me dijo Leli nada más verme—. He entrado por la puerta de atrás, la que utilizan los

bedeles y las señoras de la limpieza.

—¿Por qué?

—He devuelto la tabaquera.

La tabaquera de don Ramazzo estaba otra vez en su sitio.

—Mejor dicho —añadió Leli—, las que han vuelto a ponerla encima de la mesa han sido las señoras de la limpieza.

—¿Y tú dónde la habías dejado?

—Metida entre la tarima y la pared. Las señoras, al mover la tarima, la han encontrado.

—Pero hoy no tenemos Religión.

—Mejor.

—¿Qué le has hecho?

—Le he metido una mezcla.

—¿De qué?

—De guindilla y pimienta negra muy molidas.

—Pero ¡entonces se dará cuenta por el olor!

—No, he dejado bastante tabaco.

Mientras, habían ido llegando los demás. Después entró el profesor Di Donato y se sentó.

—¿Qué es esto?

—La tabaquera de don Ramazzo —dijo Trifella al momento.

—Ve a llamar a Ingrassia.

Trifella salió y volvió con él. Di Donato cogió la tabaquera y se la tendió.

—Désela a don Ramazzo.

—Por lo visto, la han encontrado las señoras de la limpieza —comentó el bedel.

Al cabo de dos horas se produjo una especie de cataclismo. Del pasillo llegaban voces exaltadas, una o dos maldiciones de Ingrassia, pasos de gente que corría, puertas que se cerraban de golpe. Nosotros, que estábamos haciendo Lengua, aguzamos el oído para entender lo que pasaba.

—Ve a ver qué sucede —le dijo el profesor a Trifella.

El primero de la clase volvió al cabo de cinco minutos.

—Se están llevando a don Ramazzo al hospital.

—¿Por qué?

—Mientras daba clase en segundo B, ha tomado un poco de tabaco, se ha puesto a estornudar y no puede parar. Se ahoga.

—Sigamos con la clase —dijo el profesor.

—Ahí va el primero —me dijo Leli en voz baja.

Lo miré desconcertado.

—¿Y quién es el segundo?

—La segunda —me corrigió.

—La próxima clase —dijo la profesora Zarcuto— la haremos en el laboratorio. El judío Di Porto, como tiene que estar siempre de cara a la pared, no podrá ver los experimentos que haré, así que es mejor que no asista.

—Pero, si luego me pregunta por esas clases, ¿cómo voy a contestar? —le preguntó Leli a la pared.

—Espabílate.

El laboratorio del colegio estaba montado en una especie de sótano. Era una sala grande repleta de instrumental y de estantes, con una sola ventana alta, al nivel del patio, de esas que no se pueden abrir del todo. Tenía un cristal esmerilado y nunca se cerraba.

En la primera práctica del laboratorio nos lo pasamos muy bien. La Zarcuto nos enseñó un cono doble que, colocado en un tobogán, no bajaba, sino que subía, y también cómo, dentro de un tubo de cristal sin aire, una hoja y una piedra llegaban al fondo a la vez porque caían a la misma velocidad.

—Qué pena que no te haya dejado venir a clase —le dije a Leli—. Ha sido muy interesante.

Leli se echó a reír.

—Pero si sí que he ido.

—¿Cómo?

—Me he tumbado en el suelo y he mirado por la ventana. Vosotros no me veíais, pero yo me he enterado de todo. Lo he hecho porque lo que quiere la Zarcuto es putearme preguntándome por lo que ha explicado en el laboratorio. Pero voy a ser yo el que la putee a ella.

3

El padre Ramazzo volvió a darnos clase a la semana siguiente. Lo primero que notamos fue que había cambiado de tabaquera: ahora llevaba una de plata con la tapa llena de flores y hojas grabadas.

—¡Qué tabaquera tan bonita! —exclamó Trifella, que siempre tenía una lisonja a mano.

—La de madera debí de dejármela en clase cuando me llevaron al hospital, porque no la encuentro —explicó el cura.

Sin duda, los médicos le habían explicado el motivo de los terribles estornudos con los que había creído que se moría, pero estaba claro que no había denunciado el asunto delante del director, porque si no a esas alturas Mattaliano ya habría abierto una investigación. Abrir investigaciones era su pasión.

Era casi seguro que el padre Ramazzo sospechaba que había sido Leli quien le había gastado la bromita de la guindilla, se adivinaba por la forma aviesa en que lo miraba sin parar, pero no podía hacer nada, no podía acusarlo sin pruebas.

—Ése ha deducido que he sido yo y está buscando la forma de hacérmelo pagar —me dijo mi amigo.

—¿Qué vas a hacer?

—Estoy pensando que quizá la mejor defensa sea un ataque.

Sin embargo, Leli no tuvo tiempo de atacar antes a don Ramazzo.

Una mañana, mientras estábamos en clase de Francés, entró el director seguido del cura.

Mattaliano tenía cara de muy pocos amigos, pero don Ramazzo lucía una sonrisa de tiburón.

—Profesor Di Donato, le ruego que me disculpe, pero la clase se suspende momentáneamente.

Di Donato lo miró indignado, se levantó ofendidísimo, recogió el registro y salió dejando la puerta abierta.

—Trifella, ve a cerrar.

Luego el director, cada vez más rabioso, subió al estrado, pero no se sentó.

—Di Porto, en pie.

Leli se levantó.

—Esta mañana, para salir de casa, ¿qué te has puesto?

¿Qué pregunta era ésa? ¿A qué venía? Hasta Leli, que siempre conseguía mantener la sangre fría, parecía atónito.

—El impermeable.

—¿Dónde está?

—En el pasillo.

Antes de entrar en el aula, los abrigos, los impermeables, las bufandas y los gorros se dejaban en los colgadores que había en el pasillo.

—Ve a por él.

Leli salió y volvió con el impermeable, viejo y maltrecho. Lo aguantaba con el brazo extendido, sin saber dónde ponerlo.

—¿Es éste? —preguntó el director a don Ramazzo.

El cura dijo que sí con la cabeza.

—Déjalo encima de la mesa y vuelve a tu sitio. Pero quédate en pie.

Al pasar por delante de mí, Leli me miró con gesto interrogativo. Me encogí de hombros.

Nadie entendía a qué venía aquel numerito.

—Hace poco rato —empezó el director—, al llegar por el pasillo, don Ramazzo se ha percatado de que este impermeable se había caído al suelo. Se ha inclinado para recogerlo y ha visto que de uno de los bolsillos asomaba una tabaquera. Ésta.

Y le hizo un gesto al cura, que sacó la mano del bolsillo para enseñar la tabaquera que aseguraba haber perdido.

—Don Ramazzo recuerda perfectamente que, cuando se lo llevaron al hospital, dejó la tabaquera encima de la mesa. Alguien de segundo B debió de cogerla y entregársela al alumno Di Porto. —Y entonces,

dirigiéndose a Leli, preguntó—: ¿Qué pretendías hacer con ella? ¿Volver a llenarla de guindillas y pimienta negra?

En un instante comprendí que todo aquello era una trola como una catedral que se había inventado el cura para vengarse de Leli. Me puse a sudar al pensar que para mi amigo sería dificilísimo escabullirse de aquella trampa. Decidí acudir en su ayuda.

Me levanté de golpe. El director me miró extrañado.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo ha podido saber don Ramazzo que el impermeable era de Di Porto?

—¿Y tú quién eres? ¿Su abogado defensor? —preguntó el director con ironía.

Y se volvió para mirar a don Ramazzo. Incluso a Mattaliano le quedó claro que mi pregunta había puesto en un aprieto al cura, que, pillado con el paso cambiado, empezó a balbucear:

—Pues… Pues… Alguna vez se lo he visto…

—Es mío —lo interrumpió Leli.

Me senté. Lo que acababa de decir mi amigo me daba rabia, pero, si quería que lo expulsaran del colegio, era problema suyo.

—Mi madre —añadió— le cosió una tarjeta con mi nombre en el cuello.

El director agarró el impermeable. Era cierto, la tarjeta existía y se la enseñó a toda la clase. El padre Ramazzo respiró aliviado.

—Muy bien —continuó el director—, ¿por qué tenías la tabaquera de don Ramazzo en el bolsillo?

—Ése es el problema —dijo Leli—. Los bolsillos de mi impermeable son falsos. Ni siquiera se puede meter la mano.

El director hizo la prueba y no logró meter ni la punta de los dedos.

Boquiabierto, miró de nuevo al cura como para pedirle explicaciones.

Don Ramazzo, mientras, se había puesto colorado como una sandía.

—Yo lo único que sé es que…

Y una vez más Leli le echó un cabo para que no se ahogara:

—Probablemente, la tabaquera ya estaba ahí desde hacía un tiempo cuando mi impermeable se ha caído encima.

—¡Eso! Seguro que ha sucedido así —dijo Ramazzo aferrándose al cabo.

—Muy bien, mejor. El incidente queda cerrado —concluyó el director, que de repente parecía con muchas ganas de salir del aula—. Trifella, avisa al profesor Di Donato de que puede proseguir con la clase.

Don Ramazzo no volvió a pisar nuestra aula.

Después de quince días sin clase de Religión, en su lugar apareció el padre Michele Lauricella. Sesentón y pelirrojo, tenía una tripa tan grande que para entrar por la puerta se ponía de lado.

Se sentó, abrió el registro y empezó a pasar lista. Pronto llegó el turno de Leli.

—¿Di Porto?

—¡Presente!

—Quédate de pie.

—¡Uf, qué lata! —dijo mi amigo entre dientes—. ¿Ya empezamos otra vez?

—¿Tú eres el chico judío?

—Sí.

—¿En casa tu madre prepara la tarta de Pésaj?

—Sí.

—La próxima vez que haga una, ¿me traerás un buen pedazo?

—Le pido que haga una —contestó Leli.

Los demás nos quedamos bastante sorprendidos.

—Las religiones dividen, pero la mesa une —nos explicó el cura.

Luego llegó la época del Carnaval y el colegio pareció transformarse en un campo de batalla, debido a los muchos petardos, truenos y tracas que estallaban continuamente. Hubo dos o tres heridos leves, sobre todo entre las filas de los que tiraban los petardos, que les estallaban entre las manos.

Los primeros de la clase no lo pasaron bien durante aquellos días, estaban en el punto de mira. En cuanto ponían un pie en el colegio, parecía que andaban por un campo minado, ya que por todas partes se veían rodeados de destellos y explosiones. Un trueno, lanzado con mano segura, fue a dar en la boina de Trifella y se la incendió. Los bedeles hacían todo lo posible para sorprender a los bribones, pero no lograron coger ni a uno. El director pasó clase por clase a amenazar con suspensos en actitud y asignaturas varias, sin obtener el menor resultado. Por su parte, la profesora Zarcuto nos anunció que en la última clase antes de las vacaciones de Carnaval haría un experimento muy delicado para el que era necesaria concentración absoluta.

—Por suerte —dijo—, aquí abajo las explosiones llegan muy amortiguadas. En caso contrario, no me habría animado a hacerlo.

—¿Puede contarnos de qué se trata? —preguntó Trifella con la cara de quien siempre siente hambre de más deberes.

—¿Tienes el libro?

—Sí, claro.

—El experimento está explicado en la página treinta y dos.

Por descontado, a todos nos picó la curiosidad y fuimos a ver la página en cuestión.

Y lo mismo hizo también Leli, que no dejaba de asistir, escondido detrás de la ventana, a las prácticas de laboratorio de la Zarcuto.

Y llegó el día del experimento.

Hacia la mitad de la clase, la profesora fue a abrir un armario, sacó un frasco que contenía una sustancia que parecía gaseosa y, con los mismísimos gestos que un cura al decir misa, la colocó encima de la mesa. Después volvió sobre sus pasos, sacó del armario un tubito de cristal y lo dejó al lado del frasco.

En la mesa había ya una botella llena de agua y un vaso vacío. Los había llevado el bedel al principio de la hora.

La clase entera contenía la respiración.

—En este frasco hay ácido clorhídrico —anunció la profesora—. Y

este tubito de cristal que tengo en la mano se llama pipeta. El experimento consiste en transformar en agua y sal el ácido clorhídrico. Bastará con que me meta en la boca un poco de agua y, mediante la pipeta, la trasvase al frasco que lo contiene. Como no os costará entender, tengo que ir con cuidado y soplar, porque si aspirase me bebería el ácido.

—¿Hay peligro de muerte? —preguntó, cómo no, Trifella, que estaba nervioso.

La Zarcuto sonrió.

—De muerte no, pero podría quemarme. Por eso os ruego que os quedéis quietos durante el experimento y que no hagáis ruidos repentinos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó la clase a coro.

La profesora se sentó. Echó en el vaso tres dedos de agua, se lo llevó a la boca, lo vació y lo dejó en la mesa. Se le habían hinchado las mejillas, pero nadie se atrevió siquiera a sonreír. Luego se llevó la pipeta a los labios. Y entonces acercó el frasco.

Antes de trasvasar el agua soplando, levantó la vista y nos miró como pidiendo silencio absoluto una vez más y acto seguido metió la pipeta en el ácido.

Apenas había empezado a soplar cuando una explosión tremenda nos dejó sordos a todos. Las puertas de dos o tres armaritos se abrieron de par en par, se oyó ruido de cristales rotos. Y saltamos todos del pupitre, con un grito de miedo, de lo absortos que estábamos contemplando el experimento.

Desde fuera, alguien había tirado un petardo dentro del laboratorio. Enseguida me dije que habría sido Leli.

Y entonces se oyó la voz de Trifella:

—¡La profesora! ¡Dios mío, la profesora!

La Zarcuto, con las dos manos aferradas a la garganta, estaba haciendo una especie de bailecito. Agitaba una pierna hacia aquí y la otra hacia allá, descompuesta, y de vez en cuando daba vueltas sobre sí misma como una peonza. Se le había puesto la cara morada, no podía respirar. Y a continuación, de golpe y porrazo, se desplomó sin sentido.

Mientras media clase se quedaba paralizada del susto, la otra mitad corrió en busca de ayuda. Yo salí en cabeza y me llevé una sorpresa enorme al ver a Leli en el pasillo hablando con el bedel.

Entonces, ¿no había sido él?

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—La profesora Zarcuto se encuentra muy mal —le dije al bedel mientras me alcanzaban los demás.

El hombre salió corriendo hacia el aula y mis compañeros lo siguieron.

—Ha estallado un petardo mientras la Zarcuto… —empecé a contarle a Leli.

—¿De verdad? —me dijo.

El tono no me convenció. Lo miré a los ojos. Me aguantó la mirada con una leve sonrisa.

4

Naturalmente, el director abrió una investigación de inmediato. Sin embargo, Leli quedó descartado nada más empezar, porque el bedel Ingrassia declaró que, cuando aparecí yo para decirle que la Zarcuto se encontraba mal, él ya llevaba un par de minutos discutiendo con el alumno Di Porto. E incluso refirió el diálogo que había mantenido con él:

—¿Adónde vas?

—Al retrete.

—Espera a la pausa.

—Pero, si no puedo estar en clase, ¿para qué voy a esperar a la pausa?

—Al retrete se va en la pausa o con el permiso de los profesores.

—Pero ¿cómo voy a pedir permiso si no estoy en clase?

Y en ese momento había llegado yo.

Aquel petardo de gran tamaño, por consiguiente, lo había echado dentro del laboratorio algún otro alumno.

Al salir del colegio, Leli me preguntó si podía acompañarme a coger el coche de línea.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté.

—Era un petardo con mecha —me contestó—. He comprado el que la tenía más larga.

La Zarcuto volvió al colegio al cabo de diez días, pero no se atrevió a hacer más prácticas en el laboratorio. Cuando entregaron el boletín de las notas, en el de Leli la asignatura Materias Científicas aparecía en blanco.

Al cabo de dos días, mientras estábamos en clase de la Zarcuto, se abrió la puerta y apareció el director con un hombre vestido con un

uniforme fascista impoluto. Tenía un aire de jerarca acostumbrado al mando, sobrecogía. Hizo el saludo romano y luego se cuadró con las manos en los costados.

—Es mi padre —me explicó Leli, jovial.

—Profesora Zarcuto —dijo el director—, ¿es cierto o no que el alumno Di Porto, como afirmó usted en el claustro de profesores, está tan mal preparado que no puede ni siquiera recibir nota?

—Como no ha asistido ni a una sola de las prácticas de laboratorio, estoy plenamente convencida de que...

—Pero ¿lo ha examinado o no?

—No me ha parecido que...

—¡Exijo —dijo el hombre con una voz clavada a la de Mussolini e igual de autoritaria— que se examine a mi hijo inmediatamente! No es admisible que en la nueva escuela creada por la revolución fascista un joven quede...

—Muy bien, muy bien —contestó el director—. ¡Profesora Zarcuto, hágale un examen oral!

La Zarcuto se había quedado morada, como aquel día que se había asfixiado con el ácido en la boca, pero se vio obligada a llamar a Leli al estrado.

El examen oral duró aproximadamente media hora. Mi amigo no falló una sola respuesta.

Cuando la Zarcuto dijo que ya estaba bien, la clase estalló en un aplauso.

El padre de Leli, sin decir palabra, volvió a hacer el saludo romano haciendo chocar los tacones de los zapatos y salió seguido del director, que trataba de disculparse.

—¿Por qué no hacemos los deberes juntos? —me propuso Leli un día.

—¿Cómo? Si yo, en cuanto acaban las clases, corro a coger el coche de línea de Vigàta, que sale a la una y media.

—Pues avisas a tu madre de que vas a volver en el de las cinco y media y ya está. Almuerzas en casa, hacemos los deberes de las tres a

las cinco y luego te vas a Vigàta.

—¿Tu padre comería con nosotros?

—Claro.

Me quedé dudando.

Aquel hombre que hablaba como Mussolini me daba mucha impresión. Pero Leli insistió. Mi madre me dio permiso. Sin embargo, cuando salimos de clase y nos fuimos hacia la estación, no me vi con ánimo. Y se lo dije a mi amigo.

—¿Y eso? —me preguntó.

—Tu padre… No te ofendas, Leli… Pero tu padre…

—¿No lo dirás por cómo se presentó delante de la Zarcuto?

—Sí.

Leli bajó la voz. Se me acercó casi hasta rozarme la nariz con la suya.

—¿Sabes mantener un secreto?

—Claro.

—Júramelo.

—Que me parta un rayo si digo nada.

—Fue todo una farsa.

—¿El qué?

—A mi padre de vez en cuando le hace gracia imitar a Mussolini. Lo hace de maravilla.

—Ya, pero el uniforme…

—¡Qué uniforme ni qué uniforme! No es suyo. Se puso el del subjefe de estación, que, como su mujer no está, se lo había dado a mi madre para que se lo lavara y planchara. Papá lo vio en casa y tuvo esa ocurrencia.

Me quedé estupefacto.

—O sea, ¿que no es fascista?

—¡No, hombre!

No me podía creer lo que acababa de oír. ¿De verdad existía un hombre capaz de una cosa así?

—Bienvenido a nuestra casa —me dijo el jefe de estación en cuanto me vio entrar.

Su verdadera voz se parecía a la de mi padre. Me acarició el pelo.

—Siéntate.

A saber por qué, de repente me sentí orgulloso de sentarme a la mesa con ellos.

Tras la humillación que había sufrido delante de toda la clase, la Zarcuto se vio obligada, por orden del director, a dejar que Leli volviera a sentarse en el pupitre, a mi lado.

Parecía que por fin se había solucionado todo.

Así acabó el año escolar 1937-1938. Aprobamos los dos. Durante el verano no nos vimos, ya que Leli se fue a pasar las vacaciones a Calabria, al pueblo de montaña donde había nacido su padre y donde vivían sus abuelos. Intentó enseñármelo en un mapa poniendo el dedo encima de una zona que se llamaba Sila, pero el nombre del pueblo no salía, debían de ser cuatro casas.

Cuando, pasadas las vacaciones, reabrió el colegio, Leli y yo cogimos sitio en el mismo pupitre. Los profesores eran los mismos. Y en la primera clase con la Zarcuto nos quedó claro que no sólo no había cambiado de opinión sobre Leli, sino que además había recuperado la actitud prepotente que durante un tiempo se había visto obligada a dejar de lado. De hecho, en cuanto se sentó en su silla del estrado sacó una revista y nos la enseñó.

—Esta revista se llama *La Defensa de la Raza*. Todos los días, antes de empezar la clase, os leeré un artículo para que sepáis hasta qué punto la raza judía es un pozo de infamia y de degeneración.

Mientras la Zarcuto leía un texto que decía que la raza italiana no debía dejarse contaminar por la hebrea, Leli, casi para buscar consuelo, me puso una mano en la rodilla. Y lo mismo hice yo. Nos quedamos así hasta que la profesora terminó el artículo.

—Mi padre está muy preocupado —me dijo Leli un día.

—¿Y eso?

—Por lo visto, Mussolini está haciendo una ley que va a ser nuestro fin.

Al sentarnos a comer, se lo pregunté a mi padre:

—¿Es verdad que Mussolini está haciendo una ley contra los judíos?

No esperaba una reacción tan violenta por su parte.

—¡Sí que es verdad! ¡El muy hijo de la gran puta de Mussolini se ha dejado convencer por su amigacho Hitler! ¡Los judíos son exactamente iguales que nosotros! ¡Qué coño va a haber diferencias! Pero no, ¡se sacan de la manga esa gilipollez mayúscula de la raza, que es una estupidez supina que se han inventado los nazis, una gente con la que es mejor no tener nada que ver!

Papá había soltado una buena ristra de palabras soeces, pero esa vez mamá no lo reprendió.

Hacia finales de noviembre, la profesora Zarcuto se presentó en clase y abrió la revista de siempre por las páginas centrales, que estaban llenas de dibujos.

—Estas ilustraciones muestran de forma eficaz las medidas tomadas por el Consejo de Ministros con respecto a los judíos. Os lo leo. A partir de ahora esa gente no podrá hacer el servicio militar, ejercer la función de tutor, ser propietaria de empresas vinculadas a la defensa nacional, poseer terrenos o construcciones o tener criados arios. Asimismo, no podrá haber judíos en la administración militar o civil, en el partido, en las instituciones provinciales y municipales, en las instituciones paraestatales, en los bancos, en las aseguradoras o en los colegios. Eso quiere decir, alumno Di Porto, que tu padre no podrá trabajar en ninguna parte y que yo por fin voy a dejar de tener que soportar la visión de tu horrenda cara de judío.

Al salir de clase, Leli me acompañó al coche de línea, pero no pudimos hablar de nada. Al final, en el momento de despedirnos, le pregunté:

—¿Mañana vienes al colegio?

—No lo sé.

Cuando el coche de línea arrancó, me di la vuelta. Leli estaba allí quieto, se despedía con el brazo levantado, agitando la mano. Al día siguiente no fue al colegio. Al acabar las clases, salí disparado hacia la estación. Llamé a la puerta de la vivienda, pero no salió nadie a abrir. Le pregunté a un trabajador ferroviario y me dijo que el jefe de estación se había marchado con su familia esa misma mañana, pero no sabía a dónde.

No volví a saber nada de Leli.

Aquel momento en el que mi amigo se despidió de mí fue una imagen que me acompañó desde entonces y durante muchos años. Y nunca se descoloría, porque las noticias que empezaron a circular justo después del final de la guerra sobre las matanzas de millones y millones de judíos en los campos de exterminio alemanes siempre la mantenían viva. Y una vez que en un cine vi una excavadora que apartaba centenares de cadáveres en unos de esos campos cerré los ojos por el miedo absurdo a reconocer a Leli en uno de esos títeres de piel y huesos que parecía imposible que un día hubieran sido hombres y mujeres.

Sin embargo, a veces me daba ánimos.

«No —me decía—. Leli seguro que se reveló, que intentó escapar. Y quizá le pegaron un tiro. Mejor eso que morir de hambre día tras día en uno de esos campos.»

Luego, como quizá era normal, aquella imagen empezó a desvanecerse. Y ya no la recuerdo.

Cuarenta y dos años después, al entrar una tarde en un teatro en el que se representaba una comedia que dirigía yo, la cajera me señaló a un hombre sentado en una butaca.

—Ese señor hace media hora que lo espera.

Era de mi edad e iba vestido con elegancia. Me acerqué.

—¿Quería hablar conmigo?

El hombre se levantó.

—¿Es usted Andrea Camilleri, apodado Nenè, nacido en Porto Empedocle?

Tenía un acento extranjero.

—Sí. ¿Usted quién es?

—Soy Samuele di Porto, apodado Leli.

Nos quedamos petrificados.

Éramos incapaces de movernos.

Nos mirábamos a los ojos y vimos pasar el uno en las pupilas del otro la sorpresa, la conmoción, la felicidad.

Nos sentamos casi al mismo tiempo porque teníamos las piernas de plastilina y no nos aguantábamos de pie.

Luego Leli me puso una mano en la rodilla y lo mismo hice yo.

La triple vida de Michele Sparacino

1

Michele Sparacino vio la luz a las doce en punto de la noche entre el 3 y el 4 de enero de 1898.

Lo de ver la luz, en este caso concreto, no es más que una forma de hablar, ya que, dejando a un lado el hecho de que era noche cerrada, en el cuarto en el que vivía la familia Sparacino, formada por el padre, la madre y los seis hijos a los que entonces se sumaba Michele, lo único que emitía un tenue resplandor era una vela encajada en el cuello de una botella.

Sin embargo, tanto la madre en cuestión, la señora Ersilia, como la hija mayor, Tonina, de catorce años, pudieron apañárselas una vez más, eso sí, por su cuenta, ya que Nanà, el cabeza de familia, se había dormido borracho como una cuba, igual que todas las noches, y los demás hijos no sirvieron de ninguna ayuda.

Michele provocó un primer problema a la sociedad cuando su padre fue a inscribirlo en el registro civil.

—¿Cuándo nació el chiquillo? —preguntó el empleado.

—Dice mi mujer que a las doce en punto de la noche entre el 3 y el 4.

—¿En casa tienen un despertador, un reloj?

—No, señor.

—Pues, entonces, ¿cómo sabe que fue a las doce en punto?

—Ni idea.

—¿Y qué pongo? ¿El 3 o el 4?

—Ni idea.

—Pues pongo el 3.

Nanà lo pensó un momento mientras el otro mojaba la pluma en el tintero.

—Perdone, pero ¿por qué quiere hacerme al niño un día más viejo?

—Yo no quiero hacerle nada a nadie. Decídase: ¿el 3 o el 4?

—Ni idea.

—Pues pongo el 4.

Nanà volvió a hablar mientras el otro metía otra vez la pluma en el tintero:

—Mire usted, ¿no podríamos dejarlo para mañana? Así lo hablo con mi señora.

El empleado lanzó por los aires la pluma, que al caer manchó de tinta una hoja del libro. Se puso a soltar maldiciones como un poseso. Nanà regresó a casa enfadado con Ersilia.

—Anda que el ridículo que he hecho por tu culpa... ¿Qué tenía que decirle al del registro? ¿El 3 o el 4?

—Mejor el 4.

A la mañana siguiente, Nanà se presentó de nuevo en el registro civil.

—Buenos días. Mi señora me ha contado que, en el momento de nacer mi hijo, el reloj del ayuntamiento dio las doce de la noche. Total, que, como podemos elegir, hemos decidido que nació el 4.

El empleado no dijo nada, pero escribió un tres en el libro. Y Nanà, que conocía los números hasta el diez, se puso hecho una furia.

—¡Le he dicho que el 4!

—Amigo mío, el reloj del ayuntamiento adelanta diez minutos largos, así que...

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Es que tengo esto.

Sacó del bolsillo del chaleco un reloj de dimensiones considerables que llevaba dibujado en la tapa un tren humeante.

—Esto —prosiguió el empleado— es un reloj de los Ferrocarriles del Estado. No se retrasa ni un segundo.

Esa misma noche, Nanà pagó una ronda a los amigos de la taberna de Bonsignore para celebrar el nacimiento de Michele. Un varón, aunque llegara después de seis hijos más, siempre era cosa buena. Y en ésas que contó la historia que le había sucedido en el registro. En un momento dado, Oreste Pilocco preguntó:

—¿Tú estás seguro de que el reloj del ayuntamiento adelanta diez minutos?

—Yo no estoy seguro de nada. Lo que pasa es que, cuando el empleado me ha enseñado el reloj, faltaban diez minutos para la media, mientras que el reloj del ayuntamiento ya la estaba dando.

—¿Ahora qué hora es? —insistió Oreste.

—Queda media hora para las doce —le contestó Bonsignore.

Entonces Oreste se bebió dos vasos de vino más y a las doce menos cuatro, después de despedirse de sus amigos, salió hacia el puerto.

El paquebote Vigàta-Lampedusa estaba a punto de zarpar. Su hora de salida era las doce en punto.

Al cabo de un rato, Oreste oyó sonar las doce campanadas del reloj del ayuntamiento, pero el barco de vapor no se movió. Tuvieron que pasar diez minutos hasta que emitiera un largo silbido de sirena e iniciara la maniobra de desatraque. Tenía razón el empleado del registro: aquel reloj adelantaba diez minutos.

Cinco años antes, Oreste Pilocco había cumplido año y medio de condena por incitar a los trabajadores portuarios a participar en las huelgas de las Ligas Sicilianas y estaba fichado como «subversivo peligroso». Aquella noche durmió dos horas y luego se dirigió al enorme depósito de carretas del marqués Giannertoni, situado fuera del pueblo, cerca del cementerio.

Dentro del depósito había doscientas carretas y doscientas mulas.

En cuanto el reloj del ayuntamiento daba las tres de la madrugada, los doscientos carreteros empezaban a aparejar las carretas y salían hacia la mina Trabonella para cargar el azufre extraído y llevarlo a los depósitos del puerto.

A las tres Oreste vio entrar a los carreteros. Y poco después, a y cuarto, cuando las primeras carretas estaban preparadas para salir, se subió de un salto a una ya aparejada y dijo a voz en grito:

—¡Escuchadme bien todos! ¡El reloj del ayuntamiento adelanta diez minutos!

Pasado el primer momento de sorpresa, uno de los carreteros preguntó:

—Y eso, a nosotros, ¿qué diantres nos importa?

—¡Pues claro que os importa! Pensad un poquito. Si os ponéis a trabajar cuando el reloj da las tres, estáis empezando diez minutos antes de lo que toca. ¡Y eso quiere decir que cada seis días le regaláis una hora de trabajo al patrón! ¡En un mes le estáis regalando cuatro horas! ¡Al cabo de tres meses, habéis trabajado un día entero sin que os lo reconozcan ni os lo paguen!

—¡Joder! ¡Es verdad! —dijo alguien.

Satisfecho con el resultado, Oreste bajó de la carreta y fue a acostarse.

Se montó la de padre y muy señor mío.

Los carreteros le exigieron al marqués el pago de la jornada de más, con atrasos a partir de la última vez que se había revisado el reloj, es decir, cinco años antes. El marqués se negó. Entonces los carreteros fueron a la huelga.

Por solidaridad con los carreteros, también fueron a la huelga los mineros.

Y, por solidaridad con los mineros, se sumaron a la huelga los cargadores, esto es, los que se echaban el azufre a la espalda y lo transportaban hasta los barcos.

Y además se pusieron en huelga todos los que, en Vigàta, empezaban a trabajar al dictado del dichoso reloj: los panaderos, los basureros, los maestros de primaria, todos los empleados municipales y unos cuantos más... Se armó, en definitiva, un follón considerable.

De Palermo mandaron a Vigàta a toda prisa a un periodista para ver qué estaba sucediendo. Después de preguntar a diestro y siniestro, el hombre no consiguió entender nada de nada y acabó confundiendo la gimnasia con la magnesia. Y, así, escribió un artículo en el que le echaba la culpa de todo aquel jaleo «al conocido agitador subversivo Michele Sparacino».

Todo aquello dio lugar, por otro lado, a una sutil cuestión legal que ocupó a distintos abogados de renombre.

Resultaba que cuatro años antes el barón Giuggiù Malatesta había tenido un hijo llegado al mundo a las cinco y cinco de la mañana. Estaba presente en el momento del alumbramiento el notario Carmelo Lòllaro, ya que aquel nacimiento era un asunto de lo más delicado.

El testamento del barón Malatesta padre estipulaba que, en caso de que su primogénito, el susodicho Giuggiù, no hubiera tenido descendencia del sexo masculino antes de las cinco de la mañana del 15 de marzo de 1894, su parte de la herencia pasaría al segundogénito, esto es, su hermano Attilio. Y había sido el propio Attilio quien había mandado al notario Lòllaro al lugar de los hechos, por miedo a que Giuggiù se la diera con queso. Ahora bien, para determinar que la criatura había nacido después de las cinco, el notario se había basado en la hora del reloj del ayuntamiento. Y, dado que en aquel momento el encargado del registro civil no era el que se hallaba en posesión del reloj de los Ferrocarriles del Estado, el hijo de Giuggiù había quedado inscrito como nacido a las cinco y cinco. Y Giuggiù Malatesta había perdido la herencia. No obstante, cuando se supo que el reloj adelantaba diez minutos, el abogado de Giuggiù Malatesta presentó un recurso, solicitando la devolución de la herencia, puesto que el niño había nacido, en realidad, cinco minutos antes de las cinco. El abogado de Attilio Malatesta presentó un contrarrecurso, argumentando que nadie podía asegurar que cuatro años antes el reloj del ayuntamiento ya adelantase diez minutos. ¿Y si en realidad esos diez minutos el reloj los había ido sumando progresivamente en los cinco años posteriores a la revisión?

Además, en paralelo recordaba que, en caso de que se admitiera el recurso de la parte contraria, el despiporre sería fenomenal, ya que daría pie a que se impugnaran todas las actividades de los últimos cinco años.

Mientras tanto, para acabar con la huelga, el marqués Giannertoni llegó a un acuerdo con los carreteros según el cual les concedía la mitad de lo que pedían. Y, al mismo tiempo, su abogado demandó al ayuntamiento.

En cuestión de menos de quince días, el Ayuntamiento de Vigàta recibió doce peticiones, por el momento amistosas, de indemnización por daños y perjuicios, aunque con la amenaza correspondiente de que, en caso de negativa, se pasaría a cursar la correspondiente demanda.

Antes de presentar su dimisión, el alcalde hizo dos cosas.

La primera fue pedir una cifra que quitaba el hipo a la empresa que tenía el contrato de mantenimiento del reloj.

Y la segunda fue despedir al empleado del registro civil por «perturbar el orden público».

El mismo periodista de Palermo pidió que se lo explicaran todo, no entendió nada y escribió un artículo con un titular que rezaba: «Más desórdenes sociales provocados en Vigàta por el conocido agitador Michele Sparacino.»

Estaba a punto de volver a la capital cuando recibió un telegrama de su director: «Urge entrevista Sparacino.»

El periodista, que se llamaba Liborio Sparuto, empezó a preguntar dónde podía encontrarse el tal Sparacino, pero ninguna de las personas a las que interrogó sabía, sinceramente, nada de él.

Entonces escribió otro artículo en el que contaba que la población de Vigàta en pleno defendía a Sparacino levantando a su alrededor un muro de *omertà*. El director del periódico, fuera de sí, mandó un segundo telegrama: «Considérese despedido si no consigue entrevista.» ¿Qué podía hacer el pobre Sparuto? No tenía otra más que escribir la entrevista.

En ella contaba que dos hombres misteriosos lo habían llevado a una cueva con los ojos vendados. Una vez allí le habían quitado la venda y lo habían dejado solo. Dentro de la cueva había visto un jergón, una lámpara de petróleo, una mesa y dos sillas. En una pared había una pintada que decía: ¡muerte a los patrones! Tras una espera de cinco

minutos, había llegado Sparacino, armado con dos escopetas recortadas. Sparuto lo describía como un muchacho de menos de veinte años con una mirada torva que daba miedo. La entrevista había sido breve. Sparacino había dicho que no tenía tiempo que perder con la prensa, que lo guiaba solamente una idea clara: la muerte de todos los patrones y la igualdad entre los hombres. Y que con ese objetivo pensaba luchar, pasando a hierro y fuego la provincia entera hasta la muerte, a la que no temía, puesto que no creía en Dios. Al final del texto, el periodista hacía un único comentario: «De un hombre así sólo puede esperarse un gran daño para todo el mundo.»

Al gobernador civil de Montelusa, a cuya provincia pertenecía Vigàta, estuvo a punto de darle un síncope cuando leyó el periódico. Dio orden de detener de inmediato a Sparacino. Y también de que el periodista Sparuto no se moviera del pueblo, ya que era el único que podía reconocer al terrible subversivo.

Por descontado, la famosa cueva no apareció por mucho que durante tres días se peinara todo el territorio de los alrededores de Vigàta centímetro a centímetro. Los carabineros, ya puestos, detuvieron a tres fugitivos, si bien ninguno de ellos conocía de nada al peligroso subversivo. El artículo que escribió Sparuto iba encabezado por el siguiente titular: «Sparacino el escurridizo.»

En las elecciones salieron ganadores, por primera vez, los socialistas. Y Sparuto escribió que Sparacino había entregado el Ayuntamiento de Vigàta a la izquierda.

Mientras, Michele Sparacino mamaba la leche materna y crecía a ojos vistas. Sin duda, sería un muchacho fuerte y apuesto.

2

Habían sido tiempos difíciles para Sicilia. Y no sólo para Sicilia.

En 1894 se había producido la proclamación del estado de sitio, que en la práctica significaba que más de tres personas no podían ponerse a hablar juntas y que, si pillaban a alguien por la calle después del anochecer, lo mataban como a un perro. Cuatro años después, es decir, cuando Michele Sparacino acababa de nacer, el general Bava Beccaris había tenido la brillante idea de disparar a cañonazo limpio a los trabajadores de Milán.

Dos años más tarde, un anarquista llamado Bresci había asesinado al rey Humberto.

La noticia del regicidio impresionó mucho a los nobles y a la gente distinguida de Vigàta, y para empezar se decidió celebrar en la iglesia una misa solemne por el alma bendita de su majestad.

Una delegación, formada por el marqués Pecoraro en representación de los nobles y por el *dottori* Filippazzo en representación de la gente de bien, se dirigió a la iglesia principal del pueblo para hablar con el párroco, don Talentino, y acordar el precio, la hora y el día.

—¡Quítenselo de la cabeza! —exclamó don Talentino con determinación nada más oír lo que pretendían los dos señores.

—¿Por qué? —preguntó el marqués, atónito.

—¡Porque lo digo yo! —contestó el padre Talentino, que no era aficionado a las ceremonias.

—Pero ¡bueno! ¡Tiene que darnos una explicación!

—¡Pues se la doy! ¡Para empezar, porque los Saboya nos hicieron una gran putada con aquella gilipollez de Porta Pia! ¡Y, para continuar, porque nos han robado tierras, casas y dinero! ¡Vamos a dejarlo, que si no me pongo a blasfemar! ¡Por mí, como si a vuestro reyecito le arden los cuernos en las llamas del infierno *in saecula saeculorum*!

Acto seguido, la delegación se dirigió a la Iglesia de San José, donde

estaba de párroco don Agazio Lomonte, que era sobrino de uno que había estado en Aspromonte con Calibarbo.

—¡Ni hablar del peluquín!

—¿Y eso por qué? —preguntó en esa ocasión el *dottori* Filippazzo.

—¡Esos bellacos de los Saboya le dispararon a Garibaldi, que les había entregado media Italia! ¡Menudos cabrones! Nada, en esta iglesia no se dicen misas por los Saboya.

Quedaba la Iglesia de la Virgen María, la más antigua, que se caía a pedazos por fuera y por dentro. Tenía por feligreses a gente miserable y su párroco, don Alicuzzo, a veces celebraba la misa medio borracho. No era muy digna para un rey, pero no quedaba otra.

Como dentro de la iglesia no cabían todos los que en principio iban a acudir, ambas partes acordaron que don Alicuzzo celebrara la misa delante del portón abierto del templo, de modo que la gente pudiera oírla desde la plaza, en la que cabían unas cuatrocientas personas y en la que se colocarían sillas para la ocasión. El domingo siguiente, a las doce, cinco minutos después de que don Alicuzzo, borracho como una cuba, empezara a oficiar, asomó por los tejados de las casas que rodeaban la plaza una decena de hombres con la cara cubierta, todos ellos pertrechados con una palangana. A una señal, los diez hombres metieron una mano en la palangana correspondiente, cogieron algo y lo lanzaron sobre la gente sentada en las sillas.

Los primeros diez asistentes alcanzados por aquel lanzamiento inicial se dieron cuenta al momento, más por el olor que por la sustancia, de que se trataba de mierda humana.

En la desbandada que se produjo a continuación, cinco feligreses, tres mujeres y dos hombres, acabaron pisoteados por la multitud, de modo que hubo que llevarlos al hospital de Montelusa.

En esa ocasión mandaron a Vigàta a dos periodistas. El ya conocido Sparuto de Palermo y Giovanni Fecarotta de Catania. El primero tituló su artículo «Ultraje vergonzoso de Sparacino». El segundo, «Apresar a Sparacino tiene que ser una cuestión de honor».

Y así, dada la situación, cada vez que el gobernador civil o el jefe superior de la policía oía nombrar a un anarquista, un bakuninista o un subversivo, que era como llamaban a quienes demandaban justicia social, empezaba a babear y a echar humo por las narices.

En Sicilia habían detenido a una decena de hombres, pero no habían logrado meter entre rejas a Michele Sparacino simplemente porque no conseguían dar con él, pese a que hacían todo lo posible. Era una situación insostenible para quienes debían hacer respetar la ley.

Además, el periodista Fecarotta publicaba un día de cada tres artículos con titulares como «Las autoridades, claramente impotentes ante Sparacino» o «¿Qué hacen el gobernador civil y el jefe superior de policía de Vigàta? ¿Están dormidos?».

El día 10 del mes de septiembre del año 1905, el gobernador civil de Montelusa convocó de urgencia a Sparuto. En un enfrentamiento armado, los carabineros habían matado a cuatro bandoleros. Habían identificado a tres, pero no al cuarto. Y había surgido la duda de que pudiera tratarse del mismísimo Michele Sparacino. El único que podía confirmar su identidad era el periodista, puesto que le había visto la cara con motivo de la famosa entrevista.

Una vez delante del cadáver del desconocido, Sparuto, que estaba ya hasta los mismísimos de tener que mantener aquel embuste, decidió pillar al vuelo la oportunidad para pasar página y declaró que no cabía la menor duda: el muerto era Michele Sparacino.

Y así, en el artículo que redactó, describió el cuerpo con todo lujo de detalles, asegurando que en mitad del pecho presentaba una vieja herida de arma de fuego en forma de rosa, «rastro de las sanguinarias empresas de tan temible agitador».

El gobernador civil apenas tuvo dos días de respiro. Acababa de felicitar al ejército por la espléndida operación cuando se presentó a verlo la marquesa Ardelia Nunnaccaro Stampanaro, cuya hermana era dama de la corte de la reina, de modo que contaba con tratamiento de respeto. La marquesa, mujer autoritaria y parca en palabras, preguntó

por el paradero del cadáver de Michele Sparacino. El gobernador civil le contestó que lo habían enterrado la víspera, después de que el periodista lo hubiera reconocido.

—Sáquelo de inmediato —ordenó la marquesa.

—¿Pretende que lo exhumemos? —preguntó él, atónito.

—No sé si esa palabra significa lo que quiero decir. Yo lo que pretendo es ver el cadáver. ¿Está claro?

—Pero ¿por...? ¿Por qué?

—Quiero verlo y basta —dijo ella, levantándose ya para marcharse sin despedirse siquiera.

A la mañana siguiente se lo mostraron.

Y la marquesa reconoció de inmediato en el muerto a un sobrino suyo, Carmelino, secuestrado tres años antes por los bandoleros. La cicatriz en forma de rosa era resultado de una antigua operación quirúrgica, y no de una herida de arma de fuego.

En consecuencia, los carabineros habían matado a un inocente prisionero de los bandoleros. Se habían cubierto todos de gloria.

Aquello supuso el fin de la carrera del capitán del ejército que había dirigido la operación. Por su parte, el periodista Sparuto reconoció su error, por haberse visto «engañado», según escribió, «debido a un parecido asombroso».

El periodista Fecarotta, al que no habían convocado el día de la identificación del muerto porque no conocía a Sparacino, se molestó y escribió un artículo contra su colega titulado «Los efectos del mal periodismo». En él llegaba a decir, en pocas palabras, que tal vez Sparuto era cómplice de Sparacino y había corroborado el error aposta para permitir que el otro perpetuara sus nefandas empresas con toda la tranquilidad del mundo.

Indignado, Sparuto desafió a un duelo al periodista catanés. Con pistolas.

En el campo, a Sparuto y a Fecarotta les temblaban tanto las manos que parecía que tuvieran la fiebre terciana. El disparo del primero se perdió entre los árboles; el del segundo alcanzó por debajo de la rodilla a uno de sus padrinos, que se desplomó cuan largo era entre gritos de

dolor. El duelo se suspendió.

En los años posteriores no volvió a oírse hablar de Sparacino. Unos decían que había huido a Malta y otros que a Túnez.

La gente había empezado a olvidarse de él cuando Carmelita, la hija del honorable señor Trimarco, político catanés amigo de importantes personajes romanos, se casó con el marqués Filiberto della Mela, propietario de tres minas de azufre.

A fin de hacerle un regalo a su yerno, el honorable Trimarco obtuvo del ferrocarril un importante descuento para el azufre que recorría la línea Caltanissetta-Catania, mientras que la línea Caltanissetta-Vigàta sufrió un ligero aumento de precio, lo cual, en resumidas cuentas, significaba prácticamente la ruina para los comerciantes de azufre vigateses, puesto que todo el comercio se trasladaría a Catania.

Se convocó entonces una huelga general en la que participaron tanto ricos comerciantes como pobres carreteros y cargadores. Celebrada la huelga, una delegación partió hacia Roma y fue recibida por el ministro, el cual aseguró que consideraría la situación. Y así, al cabo de una semana, eliminó el aumento previsto para la Caltanissetta-Vigàta, aunque también redujo un poco más el coste de la otra línea.

En consecuencia, comerciantes y carreteros protestaron con más ahínco. Decidieron celebrar una gran asamblea pública para acordar el siguiente paso. El gobernador civil no la autorizó, la gente se reunió de todos modos, intervinieron los carabineros, la gente los recibió a pedradas, los carabineros dispararon y mataron a un hombre, pero poco después se vieron obligados a salir por piernas hacia el cuartel de la barahúnda que se desencadenó.

Dominados por la rabia, más de mil vigateses se plantaron en Montelusa, arrollaron a los carabineros de guardia en la Delegación del Gobierno, echaron abajo las puertas, entraron en el edificio y le prendieron fuego.

Como era evidente que tarde o temprano pasaría algo gordo en Vigàta, Sparuto y Fecarotta habían llegado con antelación. El primero,

que pretendía disipar cualquier sospecha de complicidad con Sparacino, escribió que había sido precisamente éste quien había incitado a la multitud a liarse a pedradas con los carabineros y luego la había guiado en el asalto a la Delegación del Gobierno.

No sólo lo había reconocido el periodista, sino que Sparacino también lo había reconocido a él y, de hecho, le había hecho «una mueca horripilante».

Aunque variaba en algún que otro detalle, el artículo de Fecarotta confirmaba a grandes rasgos lo que decía el de su colega.

Lo que estaba sucediendo en Vigàta no impidió que se aprobara el descuento del precio de la línea Caltanissetta-Catania.

Y el hecho más espectacular sucedió el día que salió de Caltanissetta el primer tren cargado de azufre con destino a Catania.

Los carabineros y la policía escoltaron las carretas que fueron de las minas del marqués Della Mela a la estación, en cuyo andén de carga había una hilera de carabineros que se perdía en el infinito. El tren partió sin incidencias.

A menos de cinco kilómetros de la estación, mientras pasaban por un tramo de campo despejado, el maquinista Brucculeri se percató de que había un objeto extraño en la vía, de modo que le pidió a Spiridiuni, el ayudante fogonero, que mirase también. Llegaron a la conclusión de que se trataba del tronco de un árbol de grandes dimensiones. Entre maldiciones, Brucculeri detuvo el tren y bajó con Spiridiuni, que iba a su lado.

—¿Cómo lo quitamos de ahí? —preguntó el maquinista, dubitativo.

El ayudante no tuvo tiempo de contestar antes de que salieran a la carrera, de una especie de bosquecillo, seis hombres a caballo con la cara tapada y armados con fusiles. Tanto Brucculeri como Spiridiuni se hincaron de rodillas y levantaron los brazos.

—¡Por el amor de Dios, no nos maten! ¡Somos padres de familia!

Los hombres ni siquiera contestaron. Desmontaron y con una cuerda larga los ataron a los dos al mismo árbol antes de dirigirse hacia el

tren.

En cuestión de media hora incendiaron tres vagones.

El maquinista y su ayudante fueron liberados al cabo de una hora. Cuando los carabineros los interrogaron, aseguraron que el jefe de aquellos individuos se llamaba Michele, porque así habían oído que lo llamaban sus compañeros. Los carabineros encontraron, en las inmediaciones de los vagones de mercancías incendiados, una navaja con las iniciales M. S. grabadas.

Ya no cabía duda alguna. Alguien mencionó que aquello podía referirse a Mario Smecca, Massimo Sciortino o una larga retahíla de nombres. No hubo nada que hacer. «Cría fama y échate a dormir», se dice en Sicilia. Y así el periodista Maurizio Lavaccara, que había sustituido a Sparuto, escribió un artículo titulado «¡Michele Sparacino vuelve a escena!».

3

En la época en que se produjeron esos hechos, Michele Sparacino tenía ya diez años y hacía cuatro que trabajaba en el campo de sol a sol para tratar de ayudar a su familia en la medida de lo posible.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, en 1914, llamaron a filas a sus tres hermanos mayores: Matteo, Gerlando y Luzzo. En 1916, le tocó también al propio Michele, que ya había cumplido los dieciocho, pasar el reconocimiento médico militar. Se presentó en capitanía y lo mandaron desvestirse junto con un centenar de muchachos de su edad. En un momento dado, se encontró delante de una mesa cubierta de papeles tras la cual había un viejo subteniente con unas gafas como culos de botella.

—¿Tú cómo te llamas?

—Michele Sparacino.

El subteniente rebuscó entre las hojas que tenía delante, sacó una y la leyó pegando la nariz al papel.

—¡Joder! —exclamó de repente.

Se levantó de la silla de un brinco y fue a enseñarle la hoja a un capitán, que se quedó mirándola. Al cabo de menos de cinco minutos, dos militares que lo apuntaban con sendos fusiles ordenaron al joven Michele que se vistiera.

—¡En el frente, en primera línea, se te pasará tanto ardor rebelde! —le dijo a la cara el capitán, enfadado. Y luego, volviéndose hacia los soldados, ordenó—: ¡Llévenselo!

Cinco días después, sin comerlo ni beberlo, Michele Sparacino se encontraba en una trinchera del Carso, repleta de muertos y de barro, mientras los austríacos le disparaban a diestro y siniestro.

«¿Qué cojones le he hecho yo a esta gente?», se preguntaba, atónito

todavía por lo que le estaba sucediendo.

Y con lo de «esta gente» no se refería sólo a los austríacos.

Pasó ocho meses en primera línea de fuego y durante todo ese tiempo sus padres no tuvieron noticias suyas. En cambio, sus tres hermanos mandaban tarjetas postales militares en las que contaban que se encontraban bien. Los señores Sparacino le pedían a un vecino que les leyera esas postales llegadas del frente, puesto que no habían ido al colegio; y, por su parte, los hermanos Sparacino le pedían a algún compañero que se las escribiera, puesto que ellos tampoco habían ido al colegio.

En realidad, Michele les mandaba una postal a sus padres todas las semanas, pero no les llegaba porque la censura militar la retenía.

Cuando Biancacci, el compañero que sabía leer y escribir, le preguntaba qué quería que pusiera, Michele contestaba que tenía que poner la verdad, es decir, que la guerra era horripilante. Y, así, todas sus postales acababan pareciéndose: «Queridos padres esto es un disparar continuo y se matan todos como perros yo me paso el día constipado y espero que esta asquerosidad de la guerra acabe pronto vuestro hijo Michele.»

A la decimosegunda postal, el encargado de la censura señaló al soldado Michele Sparacino como «peligroso derrotista», lo cual llegó a oídos del capitán Filippoti, que era el comandante de la compañía a la que pertenecía el interfecto.

Un día en que estaba medio desfallecido de frío y de hambre porque no habían podido distribuir el rancho debido a los cañonazos del enemigo, Michele notó que alguien le daba un golpecito en un hombro con la punta de una fusta. Levantó los ojos. Tenía delante al capitán Filippoti, que lo miraba con cara de pocos amigos. Iba acompañado del teniente Pintacuda, un hijo de puta de primera categoría, voluntario, odiado por la unidad en pleno porque no tenía consideración ni por los

moribundos.

—¡Firmes! —dijo el teniente con una voz ensordecedora.

Michele se levantó y se puso firme.

—¿Eres Michele Sparacino? —preguntó el capitán.

—Sí, señor.

—¿Eres el que antes de ayer se quejó del rancho?

—Sí, señor. Había gusanos.

—¡No había gusanos, gilipollas! ¡Eran espaguetis!

—Yo nunca he visto que los espaguetis se movieran.

El capitán perdió los papeles.

—¡Eres un derrotista asqueroso! ¡Un subversivo repugnante! ¡Te tenemos bien calado! ¡Cuidadito con lo que haces y lo que dices! ¡Eres un instigador nato! ¡Al más mínimo error, te plantas delante del pelotón de fusilamiento! ¿Está claro, granuja? ¡Teniente!

—¡Sí, señor!

—¡Llévese a este elemento ahora mismísimo al Observatorio Beta!

Michele, que tenía ya un frío mortal, se quedó helado.

Y es que sabía lo que era el Observatorio Beta. Que lo mandaran allí equivalía, sin la menor duda, a una condena a muerte.

—Vamos —ordenó Pintacuda.

Avanzaron un centenar de metros por la trinchera hasta que el teniente le señaló una escalerita de madera.

—Sube. Saldrás a una plataforma elevada. Eso es el observatorio. Hay unos prismáticos y una trompeta. Si ves que el enemigo prepara un ataque, tocas la trompeta. Espero que te peguen un tiro en la frente dentro de nada.

¿Por qué cojones se la tenía jurada todo el mundo? Michele subió y en cuanto estuvo a ras de tierra vio delante de sí cinco o seis cadáveres amontonados. Siguió subiendo y llegó a una plataforma en la que había una especie de garita cerrada con tablones por delante y por los lados.

Dentro había un muerto, el compañero al que habían enviado antes que a él. Para poder entrar, Michele tuvo que sacar el cadáver y echarlo encima de los demás. Había una aspillera por la que, con ayuda de los prismáticos, se divisaba la trinchera enemiga.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que, gracias a su excelente vista, no le hacían falta los prismáticos.

Estaba claro que en la trinchera enemiga había un francotirador muy bueno que lograba alcanzar en plena frente a los soldados italianos. Se sentó en cuclillas y se puso a pensar, ya que tenía la firme intención de salir de aquélla. Allí seguía pensando cuando dejó de llover y asomó el sol, que dio de lleno en la garita. Y eso fue precisamente lo que le dio la idea. Cogió los prismáticos, los dejó en la aspillera y volvió a ponerse en cuclillas. No había pasado ni un minuto cuando un disparo de mosquetón pasó un centímetro por encima de los prismáticos y fue a perderse en el hueco que había en lugar de pared trasera.

¡Así pues, el francotirador se guiaba por el reflejo de las lentes de los prismáticos cuando los alcanzaba la luz del sol!

Levantó un brazo, los agarró, los dejó en el suelo, se levantó y se asomó a mirar por la aspillera. No le disparó nadie. Sin el reflejo de los prismáticos, el francotirador no podía percatarse de su presencia.

Al cabo de dos días, alguien le gritó desde la trinchera que tocaba relevo. No esperaban que contestara, estaban convencidos de que ya era cadáver. Y prácticamente lo era, puesto que nadie se había visto capaz de subir a llevarle el rancho. Le explicó el asunto de los prismáticos al compañero que vio aparecer y luego bajó a la trinchera a tiempo para llenar la gábata. Esa vez le dio igual que los espaguetis se movieran y se los comió.

Cuando el capitán Filippoti se enteró, volvió a enloquecer de rabia y lo mandó llamar.

—¿Por qué no estás muerto?

—Pues no tengo ni idea.

—¡Yo sí! ¡Estás conchabado con el enemigo! ¡Teniente!

—¡Sí, señor! —dijo Pintacuda.

—¡Póngale los grilletes!

No había acabado la frase cuando se desencadenó el fin del mundo. Los austríacos abrieron un violento fuego de artillería y luego atacaron,

aunque no lograron alcanzar la trinchera y tuvieron que batirse en retirada.

Entonces se dio la orden de contraatacar.

Mientras avanzaban hacia el enemigo, Michele Sparacino tropezó con un muerto y acabó estampándose de cara contra el suelo.

Con la caída, se le disparó el mosquetón. La bala se abrió camino por voluntad propia hasta topar con la nuca del capitán Filippoti y matarlo.

En cuanto volvió a meterse en la trinchera, lo asaltaron los gritos de loco del teniente Pintacuda, el cual, mirándolo con los ojos fuera de las órbitas, lo apuntaba con la pistola.

—¡Asesino! ¡Te he visto con estos ojos dispararle al capitán Filippoti! —le chilló—. ¡Voy a proceder a una ejecución sumaria!

El sargento Mariano Cubeddu se le plantó delante, diciendo:

—¡No haga tonterías, mi teniente!

Al final consiguió convencerlo. Y a Michele Sparacino lo mandaron a la fortaleza de Verona para ponerlo en manos de un tribunal de guerra.

El periódico de Verona publicó la noticia, que recogió a su vez el de Palermo. Era apenas un breve de cinco líneas, pero bastó para que el periodista Lavaccara se levantase de la silla de un respingo nada más verlo. Casi ni se creía aquella oportunidad de escribir un artículo titulado «¡Michele Sparacino sigue en sus trece!».

Lo leyeron hasta sus colegas del periódico veronés, que le pidieron una especie de relato de la vida y milagros del susodicho. Y Lavaccara hizo una exposición detallada que empezaba con la primera hazaña conocida de Sparacino; es decir, se remontaba a 1898.

Por descontado, el artículo también llegó a manos del general Carlo Alberto Torres, que presidía el tribunal de guerra, así como a las del coronel Berti-Torrone, a cargo de la acusación, y las del comandante Santonostaso, que debía ocuparse de la defensa del acusado, si bien todavía no había tenido tiempo de ir a verlo y hablar con él.

Y todos se convencieron de que el pelotón de fusilamiento era lo mínimo que se merecía el soldado Michele Sparacino.

Finalmente, el comandante Santonostaso fue a ver a Michele a su celda, ya que quedaban apenas diez días para que se iniciara el juicio.

Llevó consigo una veintena de tarjetas postales que le había entregado la censura, así como varios artículos de Lavaccara.

Mandó que abrieran la puerta de la celda, entró, echó un vistazo al reo y volvió a salir. El soldado carcelero lo miró intrigado.

—Se ha equivocado de celda. No es Sparacino.

—Pero, comandante...

—¡Le digo que se ha equivocado!

El soldado fue a llamar a su superior, que confirmó que el muchacho de aquella celda era Michele Sparacino. El comandante no quiso volver a entrar y se fue a ver al coronel Berti-Torrone.

—Perdona, pero ese Michele Sparacino no puede ser el mismo del que habla el periodista siciliano.

—¿Por qué no?

—Pues porque el nuestro tiene veinte años o poco más, mientras que el Sparacino subversivo como mínimo habría cumplido los cuarenta. Para mí que se trata de un caso de homonimia.

—No te olvides de que le pegó un tiro a su capitán.

—Quería decirte que el sargento Mariano Cubeddu ha pedido audiencia y ha contado, en nombre de su unidad, otra versión de los hechos.

—¿Cuál?

—Dice que fue un accidente.

—¿Qué cojones quieres que me interese lo que diga un sargento cualquiera?

—Bueno, a ver, el sargento Mariano Cubeddu es uno de los pocos que han obtenido la medalla de oro en vida.

El coronel Berti-Torrone fue a informar del asunto al general Carlo Alberto Torres.

—¡Pues me trae sin cuidado! ¡Lo fusilo igual! —replicó el general.

—Perdone el atrevimiento, mi general. No me corresponde recordarle

cuántos focos de rebelión surgen a diario entre nuestras tropas. Al sargento Cubeddu se le tiene mucha estima y se lo escucha mucho. Me parece que sería un error...

—Está bien —interrumpió el general, que tenía una decena de fusilamientos palmarios entre manos, por lo que podía renunciar a uno—. Haced correr la voz de que el soldado Sparacino ha sido absuelto en la instrucción y mandadlo a primerísima línea. Espero que lo dejen tieso nada más llegar.

Al cabo de tres días, Michele se encontró en un lugar llamado Caporetto.

Cuando llegó, todos sus compañeros estaban ya convencidos de que había matado a su capitán y era tan hábil que había hecho creer a todo el mundo que había sido de un disparo accidental.

4

Esa misma noche, el teniente Pintacuda lo mandó con el cabo Galati y el soldado Vallarino a cortar la alambrada de la trinchera enemiga, pero los austríacos los oyeron en cuanto empezaron y una ráfaga de ametralladora se llevó por delante a Galati y a Vallarino.

Michele volvió sobre sus pasos todavía con el cortaalambres en la mano.

—No puedo hacerlo solo.

Entonces el teniente Pintacuda ordenó a los soldados Stefanucci y Nandigò que lo acompañaran.

Otra ráfaga y se repitió la misma historia.

Sparacino volvió sobre sus pasos y dijo que necesitaba a dos hombres más. El teniente Pintacuda dio orden a los soldados Marrone y Vitaliano de que fueran con él.

Sin embargo, ninguno de los dos quiso moverse. Y Marrone incluso se puso bien firme y replicó:

—¡Vaya usted, mi teniente!

Pintacuda desenfundó la pistola y se puso a dar voces:

—¡Esto es un motín! ¡Voy a acabar con vosotros!

Entonces Sparacino, para quitar hierro al asunto, le dijo al teniente:

—No se preocupe, ya voy yo solo.

Al oírlo, el teniente Pintacuda se puso a echar espumarajos por la boca.

—Tienes claro que no te van a matar, ¿eh, canalla? ¡Ésa es la prueba evidente de que estás conchabado con el enemigo! ¿Cómo consigues que te reconozcan? ¿Eh, traidor?

Y ya estaba a punto de dispararle cuando el sargento Cubeddu le dio un manotazo en el brazo y le tiró la pistola al suelo.

No llevaba ni tres días en la trinchera, sin un minuto de paz, sin poder cerrar los ojos ni cinco minutos debido al estruendo de los cañonazos, comiendo muy de vez en cuando, cuando de repente llegó la orden de batirse en retirada. La primera fase del repliegue se produjo de forma bastante ordenada, puesto que la compañía a la que pertenecía Michele llegó casi al completo a un pueblecito de la retaguardia.

El teniente Pintacuda, ofendido en su honor de militar porque sus hombres no se habían hecho matar en masa en lugar de huir del enemigo, solicitó audiencia de inmediato.

Y, en cuanto pudo, le contó lo siguiente al general al mando:

—La compañía ha flaqueado por la superioridad numérica y la intensidad del fuego del enemigo, eso es innegable, pero sobre todo porque el espíritu combativo, el amor a la patria y el sentido del deber se han visto corrompidos e inutilizados de un modo taimado por los actos y las palabras derrotistas del sargento Mariano Cubeddu, que ha renegado de su glorioso pasado de combatiente, en virtud del cual se le había otorgado el reconocimiento supremo, la medalla de oro, y sobre todo por el soldado Michele Sparacino, un auténtico y reconocido subversivo, un agitador y un derrotista.

En definitiva, pedía autorización para ponerle los grilletes a Sparacino y posteriormente fusilarlo, dado que el sargento Cubeddu había muerto durante la retirada.

Por descontado, el general al mando se la concedió.

Así, el teniente Pintacuda, feliz de poderse vengar por fin del soldado Sparacino, que tantas veces lo había puesto en ridículo, envió a un cabo y dos soldados a arrestarlo.

Sin embargo, por mucho que lo buscaron no dieron con él.

Les preguntaron a sus compañeros dónde lo habían visto por última vez y recibieron respuestas incongruentes unas con otras. Luego, cuando lo informaron de la desaparición, el teniente Pintacuda no tuvo la menor duda.

Michele Sparacino había desertado aprovechando la confusión de la retirada. Se repetía la misma historia: «Cría fama y échate a dormir.»

Así pues, el general al mando inscribió el nombre de Michele en una

lista de desertores a los que, en caso de encontrarlos, había que fusilar en el acto, sin juicio de por medio. Y esos nombres se mandaban incluso a los respectivos pueblos de origen de los interfectos, de modo que, si se presentaban en su casa, los encarcelaban y los «pasaban por las armas».

Ni que decir tiene que, cuando el periodista Lavaccara vio el nombre de Michele Sparacino en la lista que llegó a Sicilia, escribió un artículo furibundo con el siguiente titular: «Desertor tenía que ser.»

Y, a todo esto, ¿qué se había hecho del soldado Sparacino?

En la noche cerrada en que se produjo la retirada, Michele empezó a arrastrarse hacia el interior de la trinchera para poder ponerse en pie y echar a correr, pero justo en ese momento lo alcanzó en el cuello una esquirla de metralla.

Tuvo suerte, puesto que fue una herida superficial, pero le hizo perder mucha sangre y mucho tiempo antes de lograr taparla con un jirón de camisa. Y no se percató de que el metal había cortado en dos la cadena que llevaba al cuello y de la que colgaba la chapa de identificación.

Fuera de la trinchera, no encontró a ninguno de sus compañeros y echó a andar en dirección contraria al punto donde más arreciaba el bombardeo enemigo.

Sin embargo, a cada paso que daba se sentía más cansado y confundido.

Llevaba días sin comer y la sangre perdida hacía el resto. Al cabo de una hora ya no podía con su alma. Se tumbó detrás de una mata de hierba silvestre y se durmió casi al instante.

Un tiempo después, no sabía cuánto, abrió los ojos porque le pareció que llovía. A su lado alguien hablaba en alemán.

Entonces se dio cuenta de que no llovía, sino que un soldado enemigo se le estaba meando encima creyendo que era un cadáver. No se movió para que siguieran considerándolo muerto. Total, ¿qué más daba?

Al cabo de un rato, los alemanes se marcharon.

Entonces Michele echó a andar otra vez hasta que se encontró el camino cortado por un gran río.

No sabía nadar, así que no se atrevió a meterse en el agua. Y, además, no habría sobrevivido aunque hubiera sabido, ya que el río iba muy cargado debido a las lluvias y la corriente era muy fuerte.

Volvió a tumbarse en el suelo, porque estaba muerto de cansancio, y esperó.

Con la primera luz del alba vio que a unos cincuenta metros había una especie de puente de madera medio derruido.

Había un silencio extraño, nadie pegaba ni un tiro. Se levantó, se dirigió al puente, subió y al segundo paso que dio una bala disparada por un centinela italiano, que lo había tomado por un soldado enemigo, lo alcanzó en mitad de la frente y lo lanzó, ya muerto, al río.

Y así termina la historia de la doble vida de Michele Sparacino.

Teniendo en cuenta cómo había sido su existencia, no podía acabar de otro modo: una vez más, la última, lo habían confundido con otro.

Sí, sé perfectamente que el título habla de una triple vida. Aunque, la verdad, llegado a este punto tengo la tentación de cambiarlo y no escribir una sola línea más.

Y es que me asalta una duda: ¿puede seguir llamándose vida a lo que le sucede a un hombre después de muerto?

No, no me refiero a cosas como la supervivencia en el más allá o la inmortalidad del alma, sino simplemente a lo que puede seguir pasándole a un hombre, en esta tierra, incluso después de muerto. O, mejor dicho: no a un hombre, sino al cuerpo de un hombre. ¿Queda claro? Y en esta tierra, repito. En definitiva, ¿todo lo que se le haga a su cadáver forma parte de su antigua vida o no?

Quizá la única solución sea la siguiente: yo cuento la historia de todos modos y ustedes tienen libertad absoluta para no creérsela. ¿Les parece bien?

El cuerpo de Michele Sparacino cayó en las aguas del río y se hundió hasta el fondo de inmediato por el peso de la mochila. La corriente empezó a hacerle dar vueltas como una peonza y de vez en cuando lo mandaba a estamparse contra alguna piedra en la que rebotaba para seguir rodando. En cambio, cuando se topaba con otro cadáver, los que rebotaban eran los dos, uno hacia un lado y el otro hacia el contrario.

Y en ese rodar continuo Michele iba perdiendo cada vez alguna cosa: el casco, la mochila, las bandas de las piernas…

Cuando, al cabo de días y más días, llegó a la desembocadura, fue a dar contra una red que habían colocado aposta para impedir que centenares de cadáveres terminaran en mar abierto.

De allí lo rescató una unidad especial que dividía a los muertos en dos categorías: aquellos que se podían identificar gracias a la chapa o algún otro documento, que se colocaban a un lado, y aquellos a los que era imposible dar nombre, que se colocaban al otro.

Michele Sparacino acabó entre estos últimos.

Algunos años después, todos los cadáveres de soldados sin identificar se agruparon en un único cementerio.

Estaba cubierto por entero de cruces sin nombre.

Después, transcurridos aún más años, en el cementerio de cruces sin nombre y sin flores llevadas por parientes o novias o esposas, desierto de visitas el Día de Todos los Santos y salvado del abandono tan sólo por los cuidados del guardián, que había perdido a un hijo en la guerra, se organizó de repente un buen barullo.

De una decena de coches largos y negros bajaron generales con uniforme de gala, hombres de chaqué, un cardenal y señoras enjoyadas con velo largo y negro en la cabeza.

Echaron a andar en silencio entre las hileras de tumbas y entonces una de las señoras con velo, que iba en cabeza, señaló una cruz al azar

y dijo:

—Ésta.

La caja de madera basta en la que se encontraba el cadáver de Michele Sparacino se cambió por otra que quitaba el hipo, toda ella de ébano macizo tallado y con una gran cruz de oro, mientras los presentes se cuadraban y una banda tocaba marchas militares sin parar.

Después de la bendición del cardenal, el nuevo féretro se cargó en un camión militar repleto de banderas que circuló a paso lento de pueblo en pueblo.

Y, como la historia hace rodar a los hombres y las cosas con más ferocidad que el agua del río que hacía rodar los cadáveres, al mando de la escolta de honor iba el antiguo teniente Pintacuda, convertido en capitán por méritos de guerra.

En todos los pueblos por los que pasaba lo esperaban la banda municipal y las autoridades, así como las unidades del ejército, que presentaban armas mientras sonaban las campanas de la iglesia y alguna anciana se arrodillaba llorando en plena calle y lo llamaba:

—Hijo mío, hijo mío…

Puesto que, claro, no sabían cómo se llamaba aquel pobre soldado desconocido.

Se llamaba Michele Sparacino.

Cuando por fin llegó a Roma, lo aguardaba hasta el rey, y la inmensa plaza era toda ella un mar de silencio y de cabezas, y el féretro se introdujo en una especie de tumba de mármol en lo alto de una escalinata de mármol que ascendía hasta un palacio de mármol. Y al periodista Lavaccara, enviado especial a la capital para la ceremonia, se le ocurrió una forma de empezar el artículo que debía enviar a su periódico: «Hoy nos habría gustado tener delante a los traidores, a los cobardes, a los renegados, a los desertores como Michele Sparacino, para obligarlos a arrodillarse ante el sagrado altar…»

Las cuatro Navidades de Tridicino

1

A Tridicino le pusieron ese nombre porque fue el hijo número *tridici* de Tano Sghembari y Tana Pillitteri.

Claro que en realidad era hijo único, puesto que se había quedado sin hermano alguno: los otros doce, varones y hembras, se habían ido muriendo uno tras otro durante una terrible epidemia de cólera.

Tano tenía una barca de vela que se había comprado con el dinero que le había dejado en herencia un tío suyo y con la que iba a faenar, tarea en la que le echaba una mano su mujer, Tana. Y así salía adelante, vendiendo lo que conseguía sacar del agua con la red. Como los hermanos que lo habían precedido, Tridicino nació precisamente en la barca, ya que su madre se puso de parto estando a bordo, a seis millas del cabo Russello, la mañana del 15 de mayo de 1810.

En cuanto Tana dio a luz, Tano cogió al chiquillo y lo limpió metiéndolo en el agua del mar. Al sacarlo un momento después, su hijo tenía el cuerpo completamente enredado en algas, casi como si el mar hubiera querido reconocerlo como una criatura que le pertenecía.

Y sin salir de la barca Tridicino mamó la leche materna, creció, aprendió a ponerse de pie, pasó las enfermedades que tienen todos los niños, se curó y a los seis años ya era tan fuerte y trabajador que podía ayudar a su padre con las maniobras de la vela.

Cuando cumplió diez, su madre decidió dejar de salir al mar, puesto que Tano ya tenía un buen ayudante, y así ella podía permitirse por fin llorar a los hijos que se le habían muerto. Tana se dedicó a ser ama de casa de manera que sus dos hombres, al volver de la faena, encontraran todos los días algo caliente de comer.

Tridicino era una especie de pez, capaz de pasar más de cinco minutos seguidos debajo del agua sin subir a tomar aire y de llegar a una

profundidad enorme en un abrir y cerrar de ojos.

Se lo pasaba divinamente agarrando con las manos unos pulpos tan grandes como él y arrancándolos de las rocas a las que se aferraban con todos los tentáculos. Y luego, de vez en cuando, se ponía a jugar con los delfines que seguían a la barca.

Tenía también otra particularidad.

A los dieciséis años conocía a la perfección los cambios de tiempo y el comportamiento de los vientos y las corrientes, mejor incluso que un marinero con cincuenta años de experiencia.

De hecho, muchas veces los demás pescadores acudían a él para pedirle consejo.

—Tridicì, ¿mañana qué hacemos? ¿Salimos?

Él miraba el mar, el cielo, el movimiento de las nubes y el del agua y luego sentenciaba:

—Salid temprano, porque a media mañana se levantará una borrasca fuerte.

Y a media mañana, puntual, se desencadenaba una borrasca.

Una vez en la que el padre de Tridicino no había podido ir a faenar porque tenía la gripe, Japichino Scozzari, que era el marinero más viejo y más experto de Vigàta y no tenía hijos ni nietos, lo invitó a su barca.

—¿Te vienes conmigo, Tridicì?

—Me perdonará, *zù* Japichì, pero no me parece buena idea salir. Se prepara un tiempo de perros.

—Ya sé que no es buena idea ir a faenar, Tridicì, pero lo que quiero hacer yo no es eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué quiere hacer?

—Si tenemos suerte, te enseño la única cosa del mar que aún no conoces.

—¿Quiere que aprenda su arte?

—Sí. Eres digno.

—Me apunto —contestó Tridicino.

Sintió al mismo tiempo felicidad y miedo. Se decía que el *zù*

Japichino era el único marinero de toda la costa que poseía, al parecer, el arte y el valor de plantarse delante de una *dragunara*, como llamaban a las terribles trombas marinas, y de cortarla asestando un solo golpe.

Estaba claro que, al no tener herederos, quería transmitirle a él el secreto que pocas personas conocían en el mundo.

Era un arte antiguo y confidencial que no estaba escrito en ningún libro marino, que se transmitía oralmente, de generación en generación, y que Japichino había aprendido de su padre, Nunzio, que a su vez lo conocía gracias al suyo, Malino, y así se remontaba la cosa hasta la noche de los tiempos, cuando se perdía el nombre de quien había descubierto cómo se cortaba la *dragunara*.

Sin embargo, Tridicino también tenía miedo, porque enfrentarse a la *dragunara* casi siempre significaba que el hombre moría ahogado y la barca quedaba completamente destrozada.

Ya en una ocasión había visto una a lo lejos y no lo había olvidado.

Era como un embudo colosal que funcionaba al revés que uno normal: en lugar de hacer bajar el agua, la chupaba del mar para mandarla al cielo. Era alta como un edificio de cinco plantas, con la parte estrecha clavada en el mar y la ancha abierta entre las nubes como una gigantesca flor marina, y absorbía todo lo que se le ponía por delante y luego, haciéndolo girar velozmente por su interior, lo llevaba hasta la máxima altura y desde allí lo lanzaba lejos, como cuando alguien escupe en una peonza.

¡Y qué estruendo tan espantoso montaba! Cien pares de toros furiosos que bufaran todos a la vez habrían armado menos jaleo.

Con viento fuerte de popa, avanzaban a una velocidad estupenda, pero resultaba difícil gobernar la vela.

A medida que la costa se convertía en una línea cada vez más oscura entre el cielo y el mar, las olas se volvían cada vez más altas y violentas. Eran como puñetazos en la panza de la embarcación, que los acusaba hasta tal punto que la tablazón se quejaba como una criatura dolorida.

El ojo experto del *zù* Japichino fue el primero en ver a gran distancia la *dragunara*, una especie de humo negro que se recortaba sobre el gris homogéneo del aire y el agua.

—¡Ahí está! —gritó.

Tridicino miró en la dirección que indicaba Japichino y la divisó.

Era como una bestia salvaje, una mala bestia potente y espantosa que se abalanzaba hacia ellos volando y amenazándolos con una especie de sacudidas de aire que retumbaban y recordaban la voz del juicio universal.

Dominado por el miedo, Tridicino agarró de inmediato el timón con ambas manos y trató de cambiar de rumbo.

—¡No! ¡No! ¡Derechitos hacia la *dragunara*!

La voz del *zù* Japichino, tan potente, apenas le llegó a los oídos, devorada por aquella bestia feroz.

Tridicino obedeció, a pesar de que temblaba ya de pies a cabeza, sintiendo que se apoderaba de él el frío de la muerte.

Al cabo de un momento, Japichino, que parecía volver a ser un chaval, arrió la vela, agarró los remos y empezó a remar a la desesperada hacia el pico-bomba del animal que sobresalía del agua.

Cuando la proa estuvo a dos metros de la *dragunara,* se puso en pie, quieto, inmóvil, con un remo en la mano que sostenía bien alto por encima de la cabeza como una lanza, y luego, diciendo algo que Tridicino no entendió, lo clavó con ambas manos y con toda la fuerza de la que fue capaz en un punto concreto del pico-bomba, a unos dos metros de altura sobre la superficie del agua en ebullición.

De repente, allí donde había penetrado la punta del remo, se abrió una especie de desgarro, como si fuera un tejido, y fue haciéndose más ancho, de modo que el interior del cuerpo de la *dragunara* se mostró por un instante como mallas de una red en espiral que iban cediendo una tras otra, y luego aquel cuerpo de monstruo fue perdiendo forma, consistencia y fuerza, quedó reducido a una masa gigantesca de agua que se derramó con violencia sobre la barquita hasta llenarla por completo y hacer caer a los dos hombres al mar.

—¿Has visto cómo se hace? —preguntó Japichino mientras volvían a la orilla.

—Sí, *zù* Japichì, pero ¿cómo ha sabido cuál era el punto exacto en el que clavar el remo?

—La cabeza de la *dragunara* es igual que la de cualquier otra bestia. Si tiene hasta ojos. Hay que atizarle en uno de los dos ojos, que son como dos agujeros enormes. Si no aciertas, te vas a la mierda: la *dragunara* te aferra y no hay salvación.

—Me ha parecido, aunque a lo mejor me equivoco, que también ha dicho algo que no he entendido.

—No te equivocas. Eso es el conjuro secreto. Tienes que decirlo a media voz mientras te preparas con el remo.

—¿Puede revelármelo?

—Claro. Pero antes tienes que jurarme que no se lo dirás a ningún ser viviente de la tierra.

—Se lo juro.

El *zù* Japichino se rió.

—No basta.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—Un juramento solemne al que, una vez hecho, no se puede renunciar, por la vida y por la muerte.

—No lo conozco.

—Repite conmigo.

El *zù* Japichino se levantó. Tridicino también. El *zù* Japichino se puso una mano en el corazón. Tridicino lo imitó.

Y entonces el viejo dijo:

> Almas de los hombres muertos en la mar,
> miradnos con atención para atestiguar:
> que muera solo, infame y desesperado
> si traiciono la palabra que he dado.

Tridicino lo repitió.

—Ahora voy a revelarte el conjuro.

—No —dijo Tridicino.

El *zù* Japichino lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que nunca tendré el mismo valor que usted frente a la *dragunara* —fue su firme respuesta.

—Antes del momento, nunca sabes si tienes el valor de hacer algo. Y cuando estás en situación te viene o no te viene. Sólo en ese preciso momento comprendes de qué pasta estás hecho.

Tridicino reflexionó un poco. Y llegó a la conclusión de que el *zù* Japichino tenía razón.

—Muy bien.

—Acércate, que te lo digo al oído. Recuerda que ni la mar tiene que oírlo.

Tridicino tenía un solo amigo, pescador también, que se llamaba Cosimo Imparato.

Se veían delante de la iglesia el domingo por la mañana y se iban a beber una copa de vino juntos.

Cosimo había perdido a su padre en el mar, con lo que habían quedado a su cargo su madre y una hermana, 'Ngilina, a la que Tridicino ni siquiera conocía, porque las dos mujeres nunca salían de casa.

Cosimo no tenía barca propia, sino que trabajaba en una de las de don Sarino Sciabica, que nunca había sido santo de la devoción de Tridicino: contaba con seis bous que le daban sus buenos beneficios y, como todos los ricos, era un hombre prepotente.

2

Una tarde, al volver de la pesca, Tano dijo que no se encontraba bien. Fue a acostarse y a la mañana siguiente su mujer se lo encontró muerto en la cama. Y así fue como Tridicino, con sus dieciocho años apenas cumplidos, pasó a ser el cabeza de familia.

Llegó la Nochebuena y, justo cuando las barcas acababan de volver a puerto, Paolino Siragusa, que estaba a cargo de uno de los seis bous de don Sarino, pero que era también el jefe reconocido de toda la cuadrilla, preguntó como siempre:

—Tridicì, ¿mañana salimos?

—Yo mañana no me movería —fue la respuesta.

—¿Por qué?

—Va a haber temporal.

—Bueno, pues mañana todos libres —les dijo Siragusa a sus hombres.

Don Sarino, que acababa de llegar al muelle en ese preciso momento, oyó las palabras del jefe de cuadrilla y con mucha frialdad dijo:

—Mañana salís igual.

—Pero ¿no ha oído a Tridicino decir que…? —empezó a replicar Paolino.

—En mis barcas no manda Tridicino. Y vosotros tenéis que hacer lo que yo os diga.

—Es que mañana no sólo va a haber mala mar, sino que además es Navidad.

—Navidad o no, mañana salís. —Don Sarino hizo una pausa antes de añadir—: Puedo hacer una concesión y dejar que volváis a mediodía, así coméis con la familia.

Y sin despedirse de nadie les dio la espalda y se alejó.

Paolino Siragusa se encogió de hombros, resignado.

A las ocho de la mañana del día siguiente, cuando hacía tres horas que los bous de don Sarino habían salido, el mar estaba ya tan picado que las olas se encabritaban sobre el brazo del puerto y pasaban de un lado a otro. Caminar contra el viento costaba esfuerzo.

Cuando quedaba poco para la una, unas veinte mujeres vestidas de negro y con un pañuelo en la cabeza empezaron a reunirse en la punta del muelle de levante, allí donde estaba el faro.

En su mayoría oteaban el horizonte en silencio con los ojos como platos, aunque algunas tenían el rosario en la mano y rezaban sin palabras, moviendo sólo los labios.

Eran las esposas, las madres, las hermanas y las hijas de las tripulaciones de los bous de don Sarino Sciabica, que esperaban su regreso, y cuanto más tiempo pasaba, más se les enflaquecía el rostro, como si la preocupación se les comiera la carne.

En un momento dado se presentó también el *zù* Japichino para ofrecer unas palabras de consuelo.

—No os preocupéis, que Paolino Siragusa se conoce el mar como la palma de su mano.

A las dos de la tarde aún no se veía a lo lejos ni un solo bou de regreso.

Las mujeres se habían puesto ya a llorar en silencio. El propio *zù* Japichino sacudía la cabeza desconsolado.

Llegó a la carrera Tridicino seguido de una decena de marineros de las barcas que no habían salido.

Se llevó a un lado al *zù* Japichino.

—¿Usted cómo lo ve?

Una vez más, Japichino sacudió la cabeza desconsolado.

—Lo veo mal, Tridicì.

—Yo también.

Estuvieron un tiempo en silencio y luego el *zù* Japichino preguntó:

—¿Tú te ves con ánimo de salir a echarles una mano?

—Yo sí, pero los demás hombres no —contestó Tridicino—. La mar está demasiado embravecida y el viento es demasiado fuerte, tienen razón los que dicen que el naufragio está asegurado.

En ese preciso momento llegaron dos mujeres, una mayor y la otra joven, que Tridicino no conocía.

Iban abrazadas, tenían los ojos fuera de las órbitas del miedo, y los labios cerrados y temblorosos, y no decían nada.

—¿Quiénes son?

El *zù* Japichino lo miró.

—La madre y la hermana de Cosimo Imparato, tu amigo.

Entonces, de sopetón, una voz de vieja empezó recitar una letanía que se oyó con claridad, a pesar de que el viento la agarraba y se la llevaba lejos, y es que la conocían de memoria. Era la plegaria última por quienes en mitad del agua enfurecida miraban a la muerte a la cara:

Oh, gran Dios que mandas en la mar,
hoy todos te queremos rezar.
Dinos que pronto se va a calmar
y esta tormenta haz ya terminar,
que las criaturas que quiere ahogar
tus hijos son y han ido a faenar…

Y las demás mujeres llorosas respondían a coro.

Tridicino ya no pudo aguantar más, dio media vuelta y salió corriendo hacia su barca.

La continuación de la historia la contó, aquella misma noche, Paolino Siragusa en la taberna de Gnazio Bonocore:

> Llevábamos tres horas en la mar cuando me he dado cuenta de que era imposible llegar al bajío de Fiacca, que era donde don Sarino nos había mandado ir a faenar.
>
> El viento cambiaba sin parar, las corrientes iban ahora en una dirección y ahora en otra, avanzabas cien metros con mucho esfuerzo y al cabo de un instante perdías cincuenta.

Además, aunque llegáramos al bajío, no tenía sentido echar las redes, porque la corriente submarina era demasiado fuerte.

La única solución era volver enseguida a puerto antes de que el temporal arreciase aún más.

Les he dado la orden a todos los bous, que lo estaban deseando y han hecho la maniobra justo después que yo.

No habíamos recorrido ni cinco millas cuando ha pasado algo extraño.

El viento ha amainado de golpe, a nuestro alrededor se han calmado las olas y nos hemos quedado con una bonanza imprevista.

Claro que a lo lejos veíamos que la tempestad continuaba con la misma rabia y que rodeaba por completo el pedacito de mar en el que estaban nuestros bous uno pegado al otro y en el que reinaba una calma chicha impresionante. He pensado en un huevo frito: nosotros éramos la yema en mitad de toda la clara, que era la tempestad.

Estábamos calados hasta los huesos y teníamos mucho frío.

El rugido del mar era fuerte, pero a nosotros nos llegaba lejano.

Pasquali Straziota me ha preguntado desde otro bou:

—Paolì, ¿qué hacemos?

—¿Qué quieres que hagamos? No podemos tirar de remos, es mucha distancia. Además, ¿qué sentido tiene volver a meternos de lleno en la tempestad? Vamos a esperar a ver qué pasa.

Pero estábamos todos nerviosos, la cosa era rarísima, en los treinta y cinco años que hace que salgo a la mar jamás había visto nada parecido. Era impresionante y he visto claro que no podía durar, que era momentáneo, que seguro que la tempestad acabaría zampándose también ese pedazo de mar.

De golpe y porrazo hemos notado que hacía calor.

No, no era el siroco ni el simún, no era el viento del desierto, no, no había ni pizca de viento. El calor salía de la

mar.

Me he agachado y he metido una mano en el agua.

Se había calentado, como si alguien le estuviera dando fuego con un hornillo. Del susto se me ha rizado el pelo de la cabeza.

¿Qué estaba pasando? Nadie sabía dar una explicación.

Al cabo de dos horas, no sólo se nos había secado la ropa, sino que unos cuantos pescadores incluso se habían quitado la camisa y se habían quedado a pecho descubierto, casi como si fuera verano.

La tempestad seguía rodeándonos. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, un gran golpe de viento se ha llevado por delante el calor y la bonanza, las barcas han vuelto a encontrarse suspendidas en lo alto de una ola gigantesca, el rugido del temporal nos ha ensordecido y ha vuelto a empezar el tiovivo mortífero. Manteníamos el control lo mejor que se podía, pero la mar estaba todavía más furiosa que antes.

En ese momento ha sido cuando he visto que se formaba la primera *dragunara* a unos trescientos metros de nuestra proa.

Íbamos a estrellarnos contra ella, porque estaba clavada en un sitio fijo y daba vueltas sobre sí misma igualita que una peonza, ganando cada vez más fuerza.

He virado a la derecha y de pronto se ha formado otra delante de la proa.

Resumiendo, nuestros pobres bous se han encontrado rodeados por cuatro *dragunare*, cuatro setas venenosas nacidas en apenas instantes, cuatro columnas del templo del demonio que de un momento a otro iban a abalanzarse sobre nosotros.

Estaba muerto de miedo, y lo mismo todas las tripulaciones, aunque aún alcanzaba a pensar un poco.

Como estaban fijas, me he dicho, quizá conseguiríamos pasar entre dos de ellas.

No había acabado de tener la idea cuando las cuatro *dragunare* han empezado a moverse hacia nosotros a la

velocidad del rayo, casi como si hubiera corrido la voz entre ellas, provocando un estruendo de montañas al desmoronarse.

Estábamos muertos, ya no había nada que hacer. Mudos, nos mirábamos unos a otros, pálidos como cadáveres.

Entonces he oído la voz de Cosimo Imparato, alterada y sorprendida, que gritaba:

—¡Una vela! —Y al instante ha repetido, casi como si él mismo no pudiera creerse lo que veía—: ¡Una vela! —Y luego —: ¡Es la barca de Tridicino!

He levantado la vista. La he reconocido yo también, era la suya. Pero, en lugar de ponerme contento, he sentido una angustia en el pecho.

¿Cómo iba a ayudarnos?

¿Qué podía hacer, pobrecillo, él solo contra cuatro *dragunare*?

Nada. Había venido a morir con nosotros.

Y le he dado las gracias por ello, bajando la cabeza, arrodillándome y rezando también por él.

Al cabo de un momento he oído otra vez la voz triunfal y desconcertada de Cosimo.

—¡Ha cortado la *dragunara*!

No me lo creía. ¿Cómo era posible? Aún no sabía que el *zù* Japichino le había enseñado su arte.

Me he puesto en pie.

¡Era cierto! ¡Había habido un milagro!

Tridicino había cortado una *dragunara* que le estaba cayendo encima transformada en toneladas de agua, pero él aguantaba y daba gritos:

—¡Venid hacia aquí!

Y mientras giraba la vela.

En un instante, todos los bous nos hemos precipitado hacia el pasaje abierto por la *dragunara* abatida y nos hemos encontrado fuera de la trayectoria convergente de las otras tres, que han ido a estamparse unas contra otras y a destruirse

con una furia tal que el propio cielo ha temblado de una punta a otra.

El mar tempestuoso, una vez nos hemos visto salvados del peligro de las *dragunare*, nos ha parecido cosa de risa.

Y ésa fue la primera Navidad de Tridicino.

—¡Bravo! ¿Has visto cómo te salió de perlas cuando llegó el momento? —le dijo el *zù* Japichino a Tridicino al día siguiente.

—Sí, pero...

—Dime.

—Pasé mucho miedo.

—Es natural. ¿Qué te crees? Yo siempre he pasado miedo delante de una *dragunara*.

—Sí —replicó el joven, avergonzado—, pero no hasta llegar a mearse en los calzoncillos como me pasó a mí.

El *zù* Japichino se echó a reír y Tridicino se molestó.

—No, no me río porque te mearas encima —explicó *zù* Japichino—, sino porque ahora sé de qué pasta estás hecho. Y aprende algo más, Tridicì: cuanto más miedo pasa el hombre, más valor tiene.

3

Tres meses después de la batalla contra las cuatro *dragunare*, Tridicino se ennovió con ’Ngilina, la hermana de Cosimo.

No se ennovió porque fuera lo normal que, al llegar a cierta edad, un muchacho se buscara a una buena mujer que le diera hijos, sino porque se había enamorado de ’Ngilina en el acto aquel día que la había visto llorar al pie del faro.

De hecho, para ser exactos, habían sido precisamente esas lágrimas las que lo habían empujado a correr en ayuda de los pescadores.

Más adelante se casaron y ’Ngilina resultó ser una buena ama de casa, amorosa y sincera, que hablaba poco y trabajaba mucho, y que siempre lo tenía todo limpio y ordenado.

Y, a todo esto, tenía una fijación: le gustaban las conchas y las más hermosas que le llevaba Tridicino las tenía expuestas en una hilera encima del cantarano.

Naturalmente, su hermano Cosimo, que era buen pescador, aceptó encantado la invitación de su cuñado de dejar de trabajar a las órdenes de Sarino y salir a faenar con él.

Y entonces, un buen día, Tridicino tuvo una idea.

Fue a la papelería y compró un cuaderno de papel cuadriculado, un lápiz indeleble, un lápiz azul y rojo, una goma de borrar y una brújula que sabía utilizar aunque nunca había tocado una.

A él le bastaban el sol y las estrellas, como le había enseñado su padre, Tano.

Cuando volvía de faenar, se sentaba a la mesa de la cocina con el cuaderno, los lápices, la goma, la brújula y un calendario en el que salían las fases lunares.

Pasaba horas enteras trazando líneas de color en las hojas del cuaderno, borrándolas y volviéndolas a trazar.

—¿Se puede saber qué estudias? —le preguntaban ’Ngilina y Cosimo.

Él sonreía y no decía nada.

Cuando ya llevaba un mes dibuja que dibujarás y se le había acabado el primer cuaderno, con lo que había tenido que comprarse un segundo, una noche durante la cena Tridicino le dijo a Cosimo:

—Mañana por la mañana saldremos una hora después que las demás barcas.

—¿Y eso?

—No quiero que vean qué rumbo tomamos. No puede enterarse nadie.

Cosimo se sorprendió.

—¿Quieres ir a un punto distinto de donde vamos siempre?

—Sí.

—¿Y eso? —volvió a preguntar.

—En una mañana entera de trabajo, cuando la suerte nos acompaña, sacamos dos redes, ¿es verdad o no?

—Es verdad.

—Pues estoy convencido de que hay una forma de pescar más.

—¿Cuál?

—Hace tiempo que creo que los peces no se mueven por el mar a la buena de Dios, sino que siguen rutas concretas que les marcan no sólo las corrientes, sino también las fases de la luna y las mareas. ¿Cómo puede ser, me preguntaba, que cuando las corrientes son débiles el pescado sea escaso? He hecho una especie de calendario, espero haber conseguido entender cuándo y adónde se mueven.

—¿Y si te equivocas?

—Paciencia. Sólo habremos perdido tiempo y dinero.

—¿Me lo explicas para que lo entienda yo también?

—Claro. He calculado que frente a la costa de Vigàta tenemos dos corrientes permanentes y cuatro de marea que cambian de dirección cada seis horas y cuarto en función de las fases de la luna. Al cabo de unas tres horas, una corriente de marea alcanza su velocidad máxima y en ese momento es cuando se encuentra la mayor cantidad de peces. Luego la velocidad empieza a bajar y los peces la abandonan.

Al día siguiente salieron una hora más tarde, sí, pero volvieron con la

barca tan cargada de pescado que igualaron el de todos los bous de don Sarino.

Y a partir de aquel momento todo empezó a irles mejor.

Una vez a la semana, ’Ngilina podía comprar carne. Y los domingos salían a pasear por el pueblo vestidos con elegancia.

Un día de viento que también era Nochebuena, Tridicino fue a resguardarse detrás de la roca de Mannarà y arrió la vela para descansar un poco.

Había salido a faenar solo porque Cosimo se había hecho daño en una pierna.

Se tumbó en el fondo y se puso a mirar las nubes, que iban cambiando de forma en el cielo y ahora parecían un olivo, ahora un gato a punto de saltar y ahora un caballo al galope.

Mientras estaba así, le pareció oír una música. Como si alguien, allí cerca, tocara una flauta de caña.

Sin embargo, como no era posible porque no había barcas en las inmediaciones, se dijo que se habría equivocado.

Pero luego, al cabo de un rato, el sonido se repitió. Esa vez más fuerte y más claro. Entonces Tridicino se incorporó y miró a su alrededor.

Sólo estaban la barca, la roca y él.

Mientras seguía mirando, oyó una vez más el sonido y comprendió que procedía del otro lado de la roca, de modo que bajó de la barca de un salto, subió hasta la cima de la roca y se puso boca abajo a mirar con atención.

No había nadie, pero encima de la roca se fijó en una concha enorme, del doble de tamaño que la cabeza de un hombre, de rayas amarillas y marrones, la más hermosa que había visto en la vida.

La música procedía de ella; cuando un golpe de viento le daba de lado de una forma determinada y entraba, daba vueltas por dentro y producía esa especie de notas que cambiaban de sonido a medida que el aire, tras recorrerla entera, salía de nuevo.

Se quedó escuchándola un rato, sorprendido y fascinado.

Pero sobre todo pensando en la alegría que le entraría a su mujer

cuando la llevara a casa.

De haber estado en su mano, le habría regalado a ’Ngilina todo lo mejor del mundo, pero no era más que un pobre pescador y el dinero que ganaba alcanzaba para la comida y la ropa, sí, pero desde luego no para comprar cosas de oro o piedras preciosas. De todos modos, esa concha majestuosa sería un regalo de Navidad fantástico. No podía dejarla escapar.

Alargó los brazos todo lo que pudo para agarrarla, pero no la alcanzaba, sólo llegó a rozarla con la punta de los dedos, así que tuvo que echar todo el cuerpo hacia delante.

Y en ese momento perdió el equilibrio y empezó a resbalar con la barriga contra la roca y cabeza abajo.

Hizo lo que pudo para aferrarse a algo, pero las manos no cogían nada, únicamente se encontraban con algo verde y viscoso, una especie de musgo empapado y jabonoso que formaba como una falda de color en torno a toda la roca.

Al caer fue a dar contra la concha, que acabó en el mar, se llenó de agua y se hundió con él para desaparecer en un instante.

Tridicino volvió a la superficie al momento, tomó una bocanada de aire, comprendió que el agua se había tragado la concha y se sumergió de nuevo.

Tenía que recuperarla a toda costa.

Era un día claro de sol y la luz llegaba hasta una decena de metros, pero por mucho que miraba no consiguió distinguir la concha, debía de haberse hundido aún más, hasta ir a posarse en el fondo.

¿Y el fondo a cuántos metros estaba? No consiguió calcularlo.

Salió otra vez, se llenó los pulmones de aire y se sumergió.

Después de la zona de agua iluminada por la luz del día, llegó a la parte en la que el mar se volvía gris oscuro casi como el cielo al ocultarse el sol y siguió descendiendo, hasta que notó que no podía seguir, que tenía que salir cuanto antes, porque el aire que le quedaba en los pulmones apenas le bastaría para llegar a la superficie.

Y en ese preciso instante vislumbró, encima de un saliente de la pared de la roca, que seguía descendiendo hasta perderse en la

oscuridad absoluta, el amarillo y el marrón de la concha.

Una decena de metros más abajo.

Calculó, desalentado, que le resultaría imposible llegar hasta esa profundidad.

No tenía más remedio que renunciar, a pesar de que eso le resultaba demoledor.

Subió notando que los pulmones le iban a explotar y el aire fresco que le entró en el pecho le provocó unas punzadas dolorosas como puñaladas feroces.

Se quedó flotando, haciendo el muerto, sin fuerzas para dar una sola brazada.

Y sintió que de repente era más pobre, porque había perdido una riqueza, la visión de los ojos de ’Ngilina resplandecientes de felicidad al ver la maravilla de aquella concha, que sería suya para siempre.

No, no podía renunciar.

El regalo que quería hacerle a su mujer sería sin duda algo precioso si lo obtenía jugándose la vida.

Volvió a sumergirse manteniéndose pegado a la pared. Y a medida que iba descendiendo surgían por sorpresa de la roca unas algas gruesas como cuerdas que trataban de retenerlo aferrándole con violencia las piernas y los brazos, de modo que al liberarse perdía tiempo, fuerza y resistencia.

Era como si el mar quisiera defender la concha, pero Tridicino no tenía la menor intención de resignarse; veía ante sí la imagen de los ojos de ’Ngilina rebosantes de alegría y eso le daba ánimo.

Cuando aún quedaban cinco metros para llegar a la concha, vio en la pared un agujero negro enorme, sin duda la entrada de una gruta submarina, de la que salía un pulpo gigantesco y espantoso con unos tentáculos el doble de largos que él.

«Tú y yo nos las vemos otro día», le dijo a la bestia con el pensamiento.

Fue mucho más rápido que él, agarró la concha y, aferrándola con una mano, inició el ascenso.

Sin embargo, de ese modo únicamente podía emplear un brazo para

ir empujándose hacia la superficie y tardaría más.

Eso no lo había tenido en cuenta.

Y no sólo eso, sino que tenía que apartarse de la pared, porque de nuevo las algas trataban de retenerlo, esa vez aún con más fuerza que antes, aprovechando su debilidad, para obligarlo a soltar la concha.

Cuando del gris pasó al mar azul celeste, con la sensación de haber tardado una eternidad, levantó la vista para ver cuándo quedaba hasta llegar a la superficie.

A una decena de metros había una especie de losa de luz cegadora: era el sol reflejado en el agua.

Encima de esa losa estaba el aire tan anhelado, tan ansiado.

Se dijo que quizá no lo conseguiría. Que quizá aquella losa cubriría su tumba marina.

El brazo con el que se impulsaba le parecía ya pesado como una rama de árbol muerto, con cada latido del corazón le llegaban a los oídos unos dolorosos martillazos y le daba la impresión de tener en lugar de los pulmones dos balones a punto de reventar.

Comprendió que, si soltaba la concha, nadando con los dos brazos llegaría más deprisa, pero, si renunciaba al regalo de 'Ngilina, todo aquel esfuerzo habría sido inútil, una pérdida de tiempo.

Y entonces, sin saber cómo lo había logrado, se dio cuenta de que había salido a la superficie.

Se dejó llevar hasta la roca por la corriente y pasó un buen rato sin poder moverse, con los ojos cerrados. Entre él y un ahogado no había ninguna diferencia.

Al cabo de un rato notó algo caliente en la boca. Abrió los ojos, miró. Le estaba sangrando la nariz.

Y una gota que había adquirido la forma de una rosa había caído sobre la concha.

4

Cuando se sintió con más fuerzas, subió a la barca y se dirigió hacia el puerto.

Mientras navegaba, cogió la concha y se puso a limpiarla en el mar.

Quería borrar la mancha de sangre en forma de rosa.

Sin embargo, por mucho que la restregaba con un pedazo de piedra pómez, la mancha no se iba e incluso parecía que siempre hubiese estado ahí. Al final tiró la toalla.

—Mira qué regalo te he traído —dijo Tridicino dejando encima de la mesa de la cocina la concha envuelta en un pedazo de tela.

’Ngilina la destapó con delicadeza y nada más verla se puso a dar saltos de alegría.

—¡Virgen santa, qué belleza! ¡Y esta rosa parece pintada!

Acto seguido abrazó a su marido con mucha fuerza y le dijo:

—Yo también tengo un regalo de Navidad para ti.

—¿Dónde está?

—Búscalo —contestó ’Ngilina entre risas.

Sin perder el tiempo, Tridicino se puso a mirar debajo de la cama, encima del cantarano, debajo del mueble de la despensa y entre las casitas del belén, pero no encontró nada.

—Me rindo —dijo por fin—. Dímelo tú.

—Yo no te lo digo —respondió ’Ngilina riendo aún más.

Tridicino trató de aferrarla y ella se escabulló. Él la siguió hasta el dormitorio y allí por fin la agarró, pero en lugar de preguntarle dónde estaba el regalo la besó. ’Ngilina le devolvió el beso.

Más tarde, mientras estaban tumbados en la cama y Tridicino tenía la cabeza apoyada en el vientre de ’Ngilina, volvió a la carga:

—¿Me dices dónde tienes escondido el regalo?

—Debajo de tu cabeza —dijo ella, echándose a reír otra vez.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó él, desconcertado.

—Quiere decir que estoy esperando. —Y antes de que Tridicino pudiera replicar añadió—: Escucha la concha.

Fuera, en el balcón, la concha emitía un sonido distinto al que había oído en la roca, era una música alegre de fiesta.

Y ésa fue la segunda Navidad de Tridicino.

Cuando nació la criatura y vieron que era un varón, decidieron llamarlo Tano, como el padre de Tridicino.

El mismo día del bautizo del chiquillo, Cosimo les anunció a su hermana y a su cuñado que se había ennoviado con una muchacha que se llamaba 'Ntonia. Nada más enterarse de la noticia, Tridicino se dio cuenta de que lo que ganaban faenando no bastaría para todos y que había que buscar un sistema para que entrara más dinero en casa, pero por más que se esforzaba no se le ocurría ninguna idea.

Una mañana de mal tiempo en la que no se podían sacar las barcas, Tridicino daba vueltas por casa cuando oyó una melodía procedente de la concha.

Guiado por el sonido, fue a abrir el balcón. 'Ngilina la había puesto allí fuera, encima de una caja de madera, envuelta en un pedazo de red para que el viento no la sacudiera.

—Su música me hace compañía —le explicó ella más tarde—. Y, cuando tú sales a faenar, es como si tu voz me hablara.

El sonido de la concha le recordó la promesa hecha un año antes al pulpo gigante que había asomado por la entrada de la gruta vista en la pared submarina de la roca de Mannarà. Le había prometido que se verían las caras otro día y tenía que cumplir su palabra.

Eso sí, a la roca tenía que ir solo: aquél era un tema personal entre la bestia y él.

Así pues, cuando la mañana de Nochebuena Cosimo no pudo salir a faenar porque tenía unos asuntos que solucionar, Tridicino puso rumbo a la roca de Mannarà.

Antes de meterse en el agua sin más que los calzoncillos, pasó un buen rato respirando, tratando de que con cada inspiración le entrara un poco más de aire en los pulmones.

En cuanto se sintió preparado, se puso entre los dientes el cuchillo que siempre llevaba en la barca para lo que hiciera falta, se enrolló en la cintura una cuerda que tapó con un pedazo de tela blanca y se echó al agua. Esa vez, sin embargo, ante la primera alga que salió de la pared para aferrarlo y detenerlo en su descenso contestó agarrando el cuchillo y cortándola de un solo tajo. A partir de ese momento, casi como si se hubieran asustado, las demás algas no se movieron. Y así pudo bajar mucho más deprisa que la vez anterior.

Al llegar a la altura de la entrada de la gruta submarina, no se metió de inmediato por miedo a que el pulpo gigante lo estuviera esperando en la oscuridad.

Dedicó unos momentos a pasar y volver a pasar por delante de la entrada, con la esperanza de que la bestia saliera atraída por el blanco de la tela, ya que sabía que para un pulpo cualquier cosa blanca es como una tela roja para un toro. Luego, viendo que no pasaba nada, se dijo que el animal habría salido a buscar comida y por lo tanto él podía entrar en la gruta. Lo hizo y se encontró en la oscuridad más absoluta. Por mucho que intentara que se le acostumbrara la vista, sólo veía negritud. Estar allí era perder el tiempo. Iba ya a salir cuando le pareció distinguir un brillo pálido y lejano.

¿De dónde salía aquella luz? La curiosidad fue más fuerte que el peligro que corría nadando a ciegas. Decidió dirigirse hacia aquel resplandor y mientras avanzaba se percató de que la gruta iba ascendiendo por el interior de la roca. Luego, de repente, se encontró con la cabeza fuera del agua y los pies tocando el fondo. Avanzó tres pasos más, subiendo todavía, y llegó a una playa diminuta hecha no de arena, sino de miles de pedazos de conchas molidas, en la que se veía bastante.

La luz procedía de un agujero de unos treinta centímetros de ancho, una especie de fumarola excavada por la propia naturaleza en la piedra misma: salía del techo de la gruta y llegaba hasta lo alto de la roca. Y

en ese momento vio, colocadas en un rincón de la playita, dos tinajas antiguas, negras, aunque con dibujos de figuras blancas. Se le aceleró el corazón, quizá había encontrado el tesoro de los piratas del que hablaba todo el mundo y aquellas dos tinajas estuvieran repletas de monedas de oro. Agarró una y se llevó al instante la desilusión de notarla vacía. Tampoco había nada en la otra. De todos modos, decidió llevárselas: serían un buen regalo de Navidad para 'Ngilina. Una vez fuera de la gruta no vio ni rastro del pulpo y se dijo que tal vez había renunciado al duelo. Así pues, podía volver derechito a la barca.

A la mañana siguiente, día de Navidad, cuando Tridicino había salido para comprar dulces para el postre, 'Ngilina cogió las dos tinajas y las sacó de casa, a la calle, para dejarlas en el suelo al lado de la puerta, de modo que se secaran al sol. Y se quedó mirándolas.

En una aparecía una hermosa mujer desnuda tumbada en una especie de cama. Tenía un gran cisne entre las piernas y quedaba claro que estaba haciendo cosas feas con el animal mientras que a su alrededor otras mujeres vestidas con sábanas encendían incienso o preparaban alimentos. En la otra se veía el feroz combate de unos guerreros, algunos desnudos y con el pito al aire y los otros con armadura, y había muertos con la cabeza cortada y cadáveres desventrados.

No, aquellas dos tinajas no eran para tener en casa. A 'Ngilina la primera le daba vergüenza; la segunda, miedo. Mientras pensaba cómo decírselo a su marido, a su espalda una voz dijo:

—Perdone, señora, pero ¿estas ánforas están en venta?

Se volvió. Quien había hablado era don Sciaverio Cosentino, un señor que hacía de intérprete para los ingleses que iban a visitar los templos de Montelusa. De hecho, a su lado había un señor vestido como se vestían todos los ingleses.

—Sí —contestó sin pensarlo ni un momento.

Así fue como el bienestar entró en aquella casa. Y ésa fue la tercera Navidad de Tridicino.

Gracias al dinero del inglés, que era mucho, Tridicino pudo regalarle su barca a Cosimo para que se independizara, mientras que él se compró otra, bien grande, en la que puso de jefe de cuadrilla a Paolino Siragusa, el cual no quería seguir a las órdenes de don Sarino, y encargó una tercera, explicando a don Manueli Bordò, el mejor ebanista de todo Vigàta, cómo tenía que hacérsela.

Don Manueli le entregó una obra maestra, una barca algo más estrecha de lo habitual y algo más larga, ligera pero espaciosa, y tan veloz que parecía volar por encima del agua.

A la hija que llegó dos años después de Tano le pusieron Brigida, el nombre de la madre de ’Ngilina, que había muerto. El segundo varón se llamó Stillario, igual que el abuelo de Tridicino.

Un día a Stillario, que no había cumplido el año, le entró una fiebre fuerte con tos. Y ’Ngilina quiso que el chiquillo durmiera con ellos en la cama grande.

Una noche, Tridicino se despertó con el llanto de su mujer. El niño tosía.

—¿Qué pasa?

—Escucha la concha.

Tridicino la escuchó y se quedó helado. Hacía un ruido tan quejumbroso que encogía el alma.

Stillario murió al cabo de dos días.

Pasaron los años.

A Tano lo hicieron estudiar. Habían ahorrado para mandarlo al colegio y cuando lo terminó quiso hacer la carrera militar y acabó siendo oficial en barcos de guerra.

Brigida, por su parte, se ennovió a los dieciséis años con Liborio Stella, un buen muchacho cuyo padre tenía dos bous, y dos años después se casaron.

Stefano, el primer hijo de Brigida, también nació en el mar.

Como a los tres años ya sabía nadar, todo el mundo se dijo que sería

un nuevo Tridicino. Y, en efecto, al cumplir los diez años se emperró en seguirlo:

—Quiero ir en la barca del abuelo.

Subió a la barca de Tridicino y ya no quiso bajarse. Tanto insistió por activa y por pasiva que obtuvo permiso para quedarse a comer y dormir en casa de los abuelos.

«La vida es como la resaca: un día trae hasta la orilla un hilo de algas y al día siguiente se lo lleva», se dijo un día Tridicino.

Y al cabo de un instante pensó otra cosa: ahora que le habían traído ese gran regalo, ¿qué se llevarían a cambio las olas de la resaca?

La respuesta a esa pregunta llegó seis años después, cuando al volver con Stefano de faenar se encontró a 'Ngilina desplomada en el suelo de la cocina, incapaz de hablar y agonizante. El médico la mandó al hospital de Montelusa, pero no pudieron hacer nada.

Tridicino quiso que dentro del ataúd metieran la concha musical. Le haría compañía.

Con la muerte de 'Ngilina, Tridicino comprendió que había llegado a la vejez. Y se le pasaron las ganas de salir a faenar. Le dio su hermosa barca a Stefano, que ya sabía tanto del mar como él.

Pasaba los días en el muelle mirando las barcas que entraban y salían del puerto.

«¿Qué clase de vida llevo yo ahora?», se preguntaba con frecuencia.

Una vita inútil, una vida a medias. Y es que la mitad de su existencia se había acabado ya con la muerte de 'Ngilina. Se sentía como esos peces que al cortarlos por la mitad seguían moviéndose durante un rato a pesar de estar muertos.

La mañana de la que se conocería como la cuarta Navidad de Tridicino, el anciano se despertó y comprendió lo que tenía que hacer. Pidió prestado un caique, zarpó y, a base de remar, al cabo de cuatro horas de insistir llegó a la roca de Mannarà. Se desnudó hasta quedarse

en calzoncillos, se ató una cuerda a las caderas, la tapó con una tela blanca y se puso un cuchillo entre los dientes.

¿Seguiría vivo aquel pulpo gigante? Deseó con todas sus fuerzas que fuera la bestia quien venciera el duelo. En realidad, sabía que, una vez descendiera hasta las profundidades, ya no podría volver a salir a la superficie, era demasiado viejo y tenía los pulmones muy enfermos.

Iba a tirarse al agua cuando se quedó paralizado. Se oía una música. ¿Era posible que en la roca hubiera otra concha que sonara exactamente igual que la que le había regalado a 'Ngilina hacía tantísimos años?

Desde la barca trepó hasta lo alto de la roca, se tumbó y miró. No había ninguna concha, debía de haberse confundido.

Al principio no vio nada.

Luego, al mirar mejor, se percató de que dentro de un agujero de la roca había, en efecto, una concha idéntica a la suya, aunque algo más pequeña, con una mancha roja en forma de rosa en el centro.

—Muy bien, 'Ngilì —dijo Tridicino con voz temblorosa.

Volvió a la barca y empezó a remar en dirección al puerto. Y mientras remaba pensó en todo lo que le quedaba todavía por hacer. Para empezar, enseñarle a Stefano cómo se cortaba una *dragunara*.

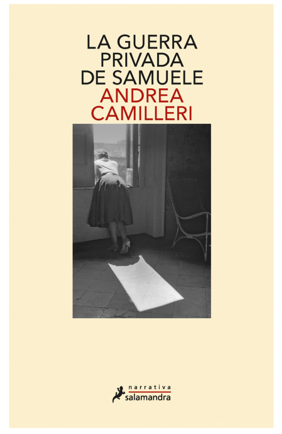
Nota

Este volumen comprende dos relatos inéditos, «La prueba» y «La guerra privada de Samuele, apodado Leli».

Los otros cuatro se escribieron en distintas épocas y se publicaron entre 2008 y 2016: «La triple vida de Michele Sparacino» junto con el periódico *Corriere della Sera* en 2008 y en la editorial Rizzoli en 2009; «El hombre es fuerte» en la antología *Articolo 1. Racconti sul lavoro* de la editorial Sellerio en 2009; «El homenaje» junto con el *Corriere della Sera* en 2011 y en Rizzoli en 2015, y «Las cuatro Navidades de Tridicino» en la antología *Storie di Natale* de Sellerio en 2016.

Para los amantes del mejor Camilleri.

Seis historias sobre Vigàta, inteligentes y divertidas, que diseccionan la Italia moderna



Los seis relatos reunidos en este volumen son una nueva muestra de la capacidad inagotable de Andrea Camilleri para ahondar, con su fino ingenio y su imaginación desbordante, en los recovecos más absurdos del alma humana. Concebidas a partir de evocaciones literarias y vestigios del pasado del autor, estas historias perfectas y muy logradas suponen una magnífica oportunidad para saborear la estrambótica realidad de la Italia de ayer y de hoy a través del pequeño mundo de Vigàta.

La crítica ha dicho:

«Seis micronovelas, novelas bonsáis sabrosas e irresistibles.» *La Repubblica*

«Aquí están todos los elementos que hicieron del escritor uno de los más amados de la literatura italiana: la capacidad de hablar de tragedias y traiciones con humor y ligereza, con la sabiduría dolorosa de los personajes que la vida ha puesto a prueba.» *Corriere della Sera*

Andrea Camilleri nació en 1925 en Porto Empedocle, provincia de Agrigento, Sicilia, y murió en Roma en 2019. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión e impartió clases en la Academia de Arte Dramático y en el Centro Experimental de Cine. En 1994 creó el personaje de Salvo Montalbano, el entrañable comisario siciliano protagonista de una serie que en la actualidad consta de treinta y cuatro entregas. También publicó otras tantas novelas de tema histórico, y todas sus obras ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri, traducido a treinta y seis idiomas y con más de treinta millones de ejemplares vendidos, es uno de los escritores más leídos de Europa. En 2014 fue galardonado con el IX Premio Pepe Carvalho.



Título original: *La guerra privata di Samuele e altre storie di Vigàta*

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-19456-49-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Índice